

LAS PRIMERAS "REPRESALIAS" DE LOS ALIADOS

Con alma grande y actitud hermosa
acudiendo en auxilio, apresurados,
de los necesitados,
[illegible] justicia poderosa.



LIPTON
COSECHEROS DE TE CAFE Y CACAO CEYLAN
PROVEEDORES DE TE
POR MANDATO ESPECIAL
DE SU MAJESTAD
EL REY DE INGLATERRA.
TÉ EXTRA FINO. MEZCLADO
PROVENIENTE DE LOS PAISES QUE PRODUCEN LOS MEJORES TES
CALIDAD Nº 1
¼ lb = 115 GRAMOS
CALIDAD Nº 1
TÉ LIPTON
El único
cuyo tipo no ha variado
y cuya calidad no ha
desmejorado.
Hoy más que nunca:
"EL MEJOR QUE LA
TIERRA PRODUCE"
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

COMENTARIOS

El que en la Argentina
es el más grumete que hay en la marina,
puede que cuanto antes
vaya a Londres, y haga que los ciudadanos
de la gran metrópoli digan:
—¡Qué arrogantes
son los almirantes
sudamericanos!

* * *

—Con temblor hasta en los huesos
a Holanda el kaiser se fué.
—¿A la tierra de los quesos?
—Eso mismo.
—Bueno, ¿y qué?
—Que, como a menudo suele
decirse, en esa nación
dirán: "Está obscuro y huele
a kaiser".
—Y con razón.

* * *

—Ya tanto Botafogo me fastidia—
dice Gómez.—Y no hablo por envidia.
¡Que corre mucho! Bueno.
Mas, en ese terreno,
tengo algo que decir. Yo no me ahogo
en poca agua, jamás. Pero que Ugarte
llegue a gritar: "¡Que van a interpelarte!"
y corro mucho más que Botafogo.

* * *

En un documento firmado por el Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores, figura la palabra "concretación".

Nos "concretacionamos" a hacerlo constar.

* * *

Un joven elegante
ruega:—¡Dios mío!
De archiduques cargados
vendrán los buques.
Haz ¡oh, Señor! que pesquen
un buen resfrío;
¡a ver cómo estornudan
los archiduques!

* * *

En La Plata congregado
un público numeroso,
Crotto se creyó un coloso,
pues Crotto fué "ovacionado".
Cosa tan extraordinaria
hace que el Gobernador
se sienta hoy dueño y señor
en su ínsula Barataria,
y que, fuera de su quicio,
empiece el hombre a decir:
—¡Ahora ya pueden venir
a pedirme un armisticio!

* * *

Yendo por la Avenida,
a cierto tipo bochinchero y guapo,
la nariz le rompieron de un sopapo.
Y aunque la paz por nadie es discutida,
el pobre diablo, que se ve tan feo,
gime con voz extraña y dolorida:
—Ya ni en la paz de las narices creo.

* * *

—Después de un año de luchar
por cobrar algo, cobraré.
—¡Caramba! Tú puedes gritar
"Le jour de gloire est arrivé".

* * *

"Resistencia.—Una parte de los abastecedores parece que pretende resistir la orden de desalojamiento..."

Insistimos en que tal cosa sucede en Resistencia.

Alguna vez había de triunfar la lógica en las denominaciones geográficas.

* * *

Se va a Europa don Pancho, que es hombre cuerdo
y cuida a maravilla sus intereses.
Y su esposa le dice:
—Cuando regreses,
¿traerás un submarino como recuerdo?

* * *

También hay en la paz ocultos dramas
que nadie sospechaba. El otro día
al redactor de "El Eco de las Damas"
se le ha roto la bomba que tenía
para inflar telegramas.

* * *

El canciller va a escribir,
defendiendo su política,
una hoja, un folleto, un libro,
que será cosa magnífica
por los conceptos profundos,
por las frases sibilinas.
Tomad vuestras precauciones,
"¡la tempesta s'avvicina!"

* * *

—Calígula era un gran emperador.
Y un día hizo a un caballo senador
Yo sé de una manera positiva
que no era a Botafogo superior—
grita un señor y añade con dolor:
—¡Lástima que Calígula no viva!

* * *

"Mucama de adentro, se ofrece, desea poca familia."

Este aviso va a inspirar otro que diga:
"Familia modesta, desea poca mucama."

* * *

Habla una solterona
haciendo más visajes que una mona:
—Si su pueblo destierra
a algún monarca y el monarca viene
y me hace su mujer ¡qué duda tiene!
bendeciré la guerra.
(Algunas solteronas, hoy en día,
son de una exuberante fantasía.)

* * *

—Me gustaría ser Wilson, ahora que va a ir a Europa,—declara Barroetaveña.

—¿Y para qué?—le preguntan.

—Para felicitar personalmente al kaiser.

Correo sin estampilla

A. J. S.—Buenos Aires.—
Tu primo te dedica ese relato
que nos hace decir, sin conocerte:
¡Oh, que triste es la suerte
de la que tiene un primo literato!

G. M. S.—Buenos Aires.—
A la paz un ripioso contumaz
desafinando canta.
¡Que cante hasta quedarse sin garganta
y que nos deje en paz!

H. del B.—Buenos Aires.—
«Este es mi deber; amar y obedecer
Son dos símbolos eternos en la vida
Que a mi maestra por el dolor rendida
Le debo el saber con espléndido placer.»

¿Qué saber le debe usted? ¿El saber disparatar? Es imposible que su maestra le haya enseñado eso.

Chingolo.—Buenos Aires.—
Ante una mucama que sirve a una dama
celosa y odiosa,
«Chingolo» se irrita, «Chingolo» se inflama
y escribe una cosa
muy sosa y borrosa
que llama epigrama.

J. M. S.—Buenos Aires.—
Ya que está a averiguarlo decidido,
pregúntele a Galdós quien era Miquis
y si inventó tal vez el apellido
para aconsonantar con bolsheviquis.

L. Y.—Buenos Aires.—
«...porque los ojos le hablan
en pro de su gentileza,
de su amor, de su belleza
y de la dicha que labran.

Hablan y *labran* aspiran a ser consonantes, sin conseguirlo.

Publio Valerio.—Buenos Aires.—
Donde menos se piensa
salta el plagiario;
lo cual no tiene nada
de extraordinario.

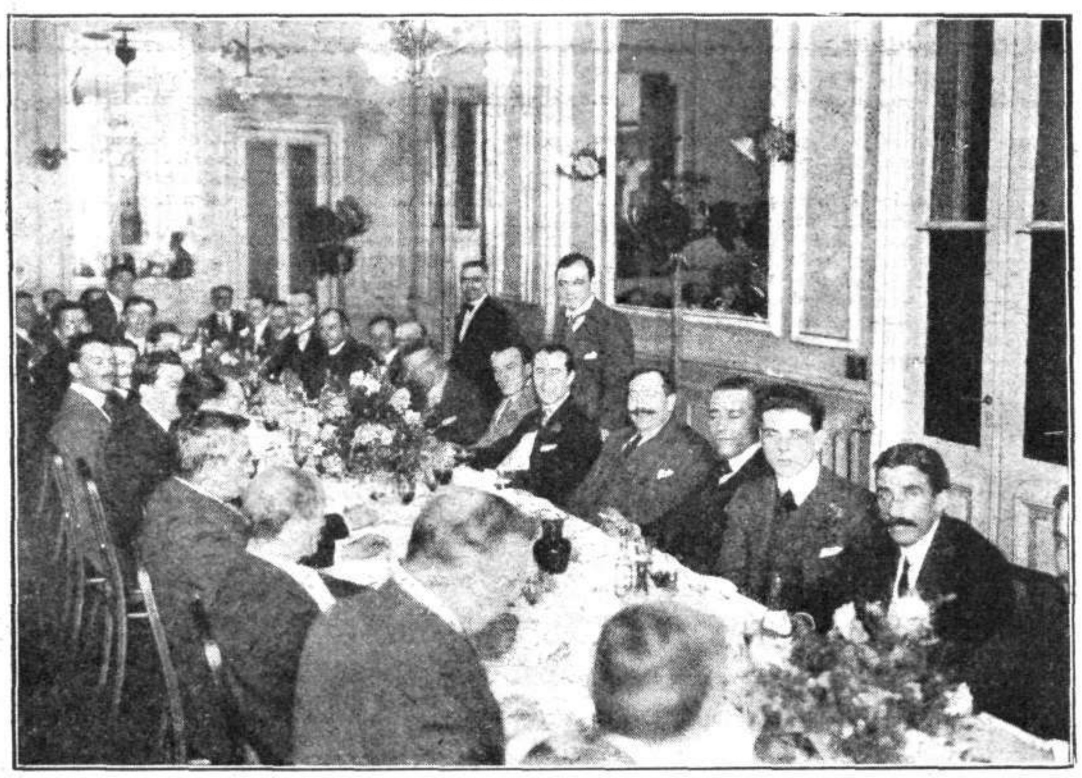
Júpiter.—Buenos Aires.—
¡Qué mal mides los endecasílabos, olímpico dios!

J. B. R.—Rosario.— Póngalo.

J. de la C.—Rosario.— No.

M. R.—Rosario.— No recordamos el «verso» que dice usted habernos enviado.

Demostración



Banquete ofrecido por los empleados del Departamento Nacional de Higiene, al doctor Albornoz, con motivo de su nombramiento para fiscal en la Paz, provincia de Entre Rios.

Fundación de una logia masónica norteamericana

Solemne acto de la fundación de la primer logia de la Masonería Norteamericana en la América del Sud. — La ceremonia se efectuó en la sede de la Logia Argentina, habiéndose elegido presidente y altos dignatarios.

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1404. — **¿A qué grado de adelanto habían llegado los indios huarpes, en el Perú, cuando les sorprendió la conquista española?**

José Juárez. — Concepción.

Para dar una idea del alto grado de civilización que había alcanzado este pueblo, extractamos de la obra del sabio Ameghino lo referente a ello.

"Irrigaban sus caminos con agua que traían por muy bien trabajados canales desde lejanas provincias, entre otros, uno que atravesaba el Contisuyú, tenía más de cuatrocientas millas de largo. Tenían lagos que les servían de reservatorios de las aguas que, cuando escaseaba la lluvia, ellos distribuían por medio de canales.

Conocían el uso de los abonos y puede decirse que habían hecho de él una verdadera ciencia. Aplicaban el guano a diferentes cultivos, mientras nosotros hace pocos años que lo aprovechamos.

Las islas guaníferas eran equitativamente repartidas, y el que se atrevía a dar la muerte a las aves que daban tan precioso producto, era también castigado con la muerte. A otros cultivos les aplicaban como abono los peces del Pacífico.

El Inca mismo veneraba la agricultura, saliendo una vez por año a cultivar un campo, cavando la tierra con una especie de azadita de oro, acompañado de todos los grandes dignatarios y empleados. La agricultura era la principal fuente de riqueza del país y de ahí que fuera tenida en tan alta consideración.

Cultivaban el maíz, la papa, el haba la banana, la quina, etc. Usaban como bebida la chicha, mascaban la coca, y hacían uso del tabaco.

La industria pastoricia había hecho grandes adelantos y poseían muchos animales domésticos. La llama (Auchenia), les servía como animal de carga. Los diversos animales del género Auchenia, como ser: la vicuña, la llama, la alpaca y el guanaco, les daban una abundante provisión de lanas. Parece que algunos de estos animales no son más que variedades producidas por el hombre. Cultivaban el algodón y fabricaban tejidos que excitaron la admiración y la envidia de los españoles.

El pueblo peruano, agricultor por excelencia, era sedentario, como lo son los chinos, los japoneses y demás pueblos que se han dado a la agricultura. Vivía en villas y ciudades o en casas aisladas en el campo.

La instrucción era muy considerada, pero constituía el privilegio exclusivo de los príncipes y los nobles (justamente lo contrario de lo que sucede en el día, observa maliciosamente Mantegazza) y más de un hijo del Sol hacía construir su palacio al lado del colegio, especie de Universidad de aquella época, para estar más cerca de las fuentes del saber.

La música, la aritmética, la astronomía, la poesía, la medicina y hasta la filosofía y el arte dramático, eran cultivados por los hijos del Sol. Los hombres que sobresalían en las artes o las ciencias se llamaban amautas.

Sus astrónomos habían descubierto la revolución de la tierra y sabían que se cumplía en un año. Habían determinado el mes lunar; contaban un año de doce lunas, conocían los solsticios y habían determinado los equinoccios.

Aparte de la aristocracia no había más que hombres completamente iguales numerados por decenas y por centenas y vigilados por centuriones y decuriones.

Todo joven llegado a la edad de la pubertad, era obsequiado por el gobierno con un terreno que no podía vender y que sólo era aumentable por el número de hijos. Ningún rico, ningún pobre. Quien por enfermedad no podía trabajar, era sustentado a costa de todos. No equivalía esto a una limosna, pues era igual a los demás. Había terrenos reservados para los viejos, las viudas, los enfermos, los huérfanos y los soldados, cultivados con el sudor de todos.

Los incas tenían distribuídos extensos graneros por todas partes del imperio, en los que había grandes provisiones para alimentar al pueblo en los años de carestía.

Conocían el hierro, usaban el plomo, el cobre y un bronce que, según algunos autores, era tan duro como el acero. El oro y la plata eran empleados en cantidades verdaderamente sorprendentes en los objetos de adorno y de lujo.

En el arte de fabricar objetos de barro habían alcanzado una perfección tan grande que, a buen seguro, podían competir con etruscos y romanos.

Construían caminos anchos de veinte pies, a través de ríos, rocas, montañas y precipicios; abrían galerías, construían puentes suspendidos hechos de cuerdas, hacían calzadas o levantaban terraplenes provistos de parapetos de arcilla y plantados de árboles frondosos que daban sombra al pasajero; empedraban el piso y en algunas partes lo cubrían de un cemento bituminoso, más duro que la piedra y superior a nuestro macadam.

De Cuzco, capital del imperio, salían cuatro de esos caminos en dirección del Tuhuantisuyú, los cuatro puntos cardinales.

Los dos grandes caminos que conducían al Chinchasayú podían competir con los mejores trabajos que en su género construyeron los romanos. Uno se dirigía por las llanuras que se extienden a lo largo del Pacífico y otro atravesaba las tierras montañosas del interior. Ambos terminaban en Quito, después de haber recorrido unas dos mil millas de extensión.

A lo largo de los caminos, a distancia de tres a cuatro leguas unos de otros, tenían establecimientos llamados tambos, en los cuales el viajero encontraba en medio del desierto todo lo necesario para su refrigerio y reposo.

Cuando los pueblos de Europa aun no lo conocían, ellos tenían un servicio de posta perfectamente organizado, servido por correos llamados chasquis, apostados de cinco en cinco millas a lo largo de los caminos, y que corriendo a pie se trasmitían los despachos, alcanzando una velocidad de 150 millas por día, es decir mayor que la de muchos países modernos de Europa, donde aun faltan ferrocarriles.

En fin, en su conjunto el imperio de los Incas, en tiempo de la conquista, presentaba un grado de civilización verdaderamente notable desde muchos aspectos.

¿Esta civilización es indígena o importada del otro continente? En este último caso: ¿no es dado identificarla con la de algunos pueblos del viejo mundo?

Si quisiéramos contestar a las precedentes preguntas basándonos en el número más o menos grande de analogías que la civilización peruana presenta con las del viejo mundo, llegaríamos a una de estas dos contestaciones: o es indígena o presenta los elementos no de una, sino de varias civilizaciones del otro continente.

Así, la agricultura había alcanzado la misma perfección y los que se dedicaban a ella gozaban de la misma consideración en China que en Perú. En Cuzco como en Pekín, es un monarca de origen divino, quien una vez por año quería cultivar la tierra con sus propias manos. Pero los chinos son discípulos de Budha y los peruanos adoraban al Sol y a Pachacamac.

Los chinos conocieron el hierro desde la más remota antigüedad y los peruanos fabricaban el bronce como los mejicanos en Occidente y los egipcios en Oriente. Acercábanse también a estos últimos en su sistema de irrigación; así como los egipcios tenían el lago Meris, donde guardaban el sobrante de las aguas del Nilo para cuando éstas fueran necesarias, así también los peruanos tenían lagos para regar sus tierras por medio de canales, cuando había escasez de lluvia.

Por sus equipos, se parecían a los tibetanos, que los han usado más o menos parecidos pero se diferenciaban de los chinos y egipcios en que no tenían los caracteres de los primeros y no conocían los jeroglíficos de los segundos. Por las grandes vías de comunicación que habían construído, sólo son comparables a los romanos, pero éstos nunca tuvieron un servicio postal regular como el de los peruanos. Estos estaban organizados en centurias y decurias como los romanos y como ellos fueron grandes conquistadores; pero su sistema de gobierno fué completamente opuesto.

Algunas de las fachadas de sus monumentos, y particularmente la forma de las puertas, se parecen al arte egipcio, pero nunca se han construído en Perú las pirámides que los egipcios han levantado en el valle del Nilo.

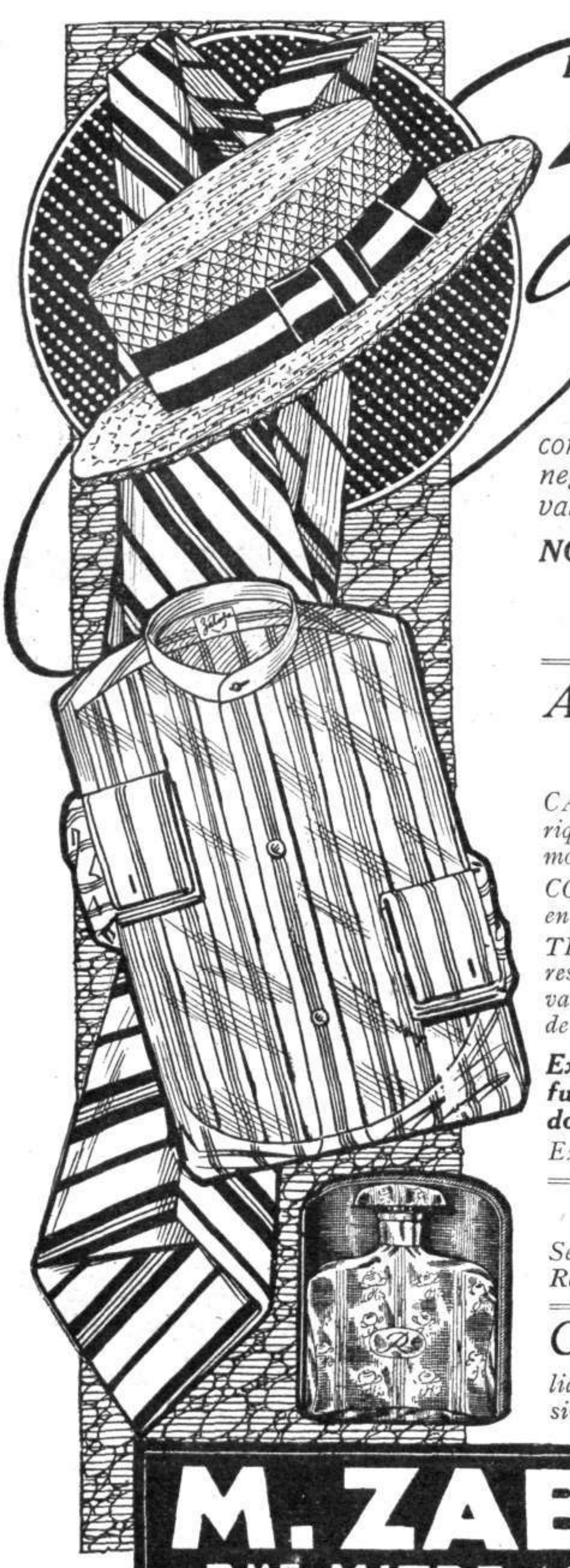
Como los egipcios, los peruanos hacían uso de la balanza, que ningún otro pueblo americano ha conocido, y se servían de los espejos metálicos, que también conocieron los romanos. Muchos objetos de barro peruanos tienen una analogía sorprendente con los de los antiguos etruscos, pero éstos han sido navegantes que han dominado el Mediterráneo, mientras que los peruanos apenas han construído algunas balsas primitivas.

En Europa como en Egipto, los cadáveres se envolvían en telas preciosas y en algunos casos se cubrían de delgadas chapas de oro; pero el arte de embalsamar o momificar, no sólo lo han tenido en común con éstos sino también con los guaches de Canarias y otros pueblos. Los peruanos, en muchos casos, colocaban sus muertos en grandes urnas funerarias y esta costumbre, no sólo la han tenido muchas tribus de América del Sud, sino que en la antigüedad ha sido general en casi todos los pueblos de Europa."


Hasta cuando
cae vencido el cuerpo
exhausto por el sufrimiento físico, doblegado por los dolores y sin energías morales para seguir la lucha, hay todavía remedio. Aun en esos casos que ya parecen desesperados y cuando toda esperanza se creía perdida puede el cuerpo de nuevo recobrar su vitalidad, la mente su equilibrio y el sistema nervioso la fuerzas que le faltan.
IPERBIOTINA MALESCI
ha dado energías vitales a muchas personas que ya se creían permanentemente exhaustas. Ha eliminado muchos dolores que se consideraban imposibles de aliviar. Ha capacitado nuevamente para la lucha a los que se creían vencidos. Haga Vd. la prueba: desde el primer frasco experimentará los efectos de este preparado notable.
VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia
Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

Homenaje póstumo

El señor ingeniero Pedriali, altos empleados del Anglo-Argentino, y amigos del extinto, señor Arturo Frostick. — Ante la tumba, durante el homenaje que le tributaron en ocasión del primer aniversario de su fallecimiento.



Concurrentes a la excursión que el «The Chanclething Club» realizó en las islas del Delta del Paraná.

Los excursionistas divirtiéndose con juegos campestres, entre los cuales descolló el de la cazuela misteriosa.

El chancho, remedio apoterápico



Extrayendo el jugo gástrico de un cerdo.

Repetidos experimentos habían ya demostrado que para curar aquellos casos de insuficiencia gástrica en que la clorhidria natural falta del todo o en gran parte, es panacea eficacísima el jugo gástrico del perro; pero el olor y la excesiva acidez de esta substancia hacíanla de difícil empleo.

No hay, sin embargo, específico ni fórmula que puedan sustituir a este producto natural; la química no ha podido realizar la síntesis del jugo gástrico, y para obtenerlo hay que recurrir a un organismo viviente. Ahora, un médico francés, el doctor Hepp, ha tenido la idea de repetir el experimento sustituyendo el perro por el chancho, y los resultados no han podido ser más satisfactorios. Las razones en que ha fundado la sustitución son muy sencillas: el cerdo es un animal comestible, que no nos repugna; es omnívoro, y tiene por consiguiente una gran potencia asimiladora, y finalmente, su jugo gástrico, apenas un poco ácido, se parece mucho al jugo gástrico humano.

Para recoger la secreción en vivo, el doctor Hepp apela a la exclusión unilateral, con fistulación del estómago, por implantación del esófago sobre la primera parte del duodeno. Esta operación no altera la salud del cerdo, que continúa viviendo como si no dependiese de él la salud de numerosos enfermos. La dispeptina en bruto así obtenida, se filtra con la bujía esterilizada, lo que asegura su conservación durante muy largo tiempo. El enfermo la toma en las comidas, en dosis de dos cucharadas en cerveza o limonada.

Se ha observado que, aun en casos antiguos de deficiencia gástrica, el jugo gástrico del cerdo, o dispeptina Hepp, da excelentes resultados abreviando la digestión normalizando las fermentaciones y despertando el apetito. Por donde resulta que el cerdo, como si no hiciese bastante dándonos su substancioso lomo y sus excelentes jamones, nos va a dar también el jugo gástrico necesario para digerirlos. No cabe obtener mayor utilidad en un animal desde todos puntos de vista.



CARAS Y CARETAS
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
151, CHACABUGO, 155 - BUENOS AIRES
Teléfonos: Dirección: Unión, 598 (Avenida) Administración: Unión, 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:	
Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado	40 »

EN EL INTERIOR:	
Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado	50 »

EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente. — En todas las oficinas de los «Mensajeros de la Capital», se anotan subscripciones y se venden ejemplares. — EL ADMINISTRADOR.





Sumario del número 31 de

PLVS VLTRA

que aparecerá el 30 del corriente.

Portada: Antenor el Santero, óleo de Centurión. — Banquete celebrado en New York, en honor de la oficialidad de los acorazados "Rivadavia" y "Sao Paulo". — Día de niebla. — Los gatos con medallas. — La alegría de la Victoria: Una manifestación en la Avenida de Mayo. — Artistas premiados en el VIII Salón de Arte, dibujo de Alvarez. — El escultor Alberto Lagos, por Enrique Prins. — Tata Tintilay, óleo de Petrone. — La vida cómoda, texto y dibujos de Juan Carlos Huergo. — Bosquejos de la Sierra, por Adolfo Lanús, dibujos de Centurión. — Retrato de la señorita María Justa Pueyrredón, óleo de Cesáreo Bernaldo de Quirós. — Notas de Córdoba: La colección de curiosidades del Padre Cabrera, por Antonio Pérez-Valiente. — Lugares pintorescos: Alrededores de Buenos Aires, fotografía de Abrines. — La montaña, por Goy de Silva, dibujo de Sirio. — Un domingo en las carreras, dibujos de Huergo. — Narciso, por Manuel Aznar, dibujo de Peláez. — El recuerdo a los que fueron, gouache de Alvarez. — Los fabricantes de carbón, por Horacio Quiroga, dibujos de Zavattaro. — Presentación, óleo de V. Thibón de Libián. — Canupta, el hijo del Destino, por Ezequiel Martínez Estrada, dibujo de Bosco. — La silla de viaje, por Antonio Cañamaque, dibujo de Sirio. — Ayer, óleo de Emilia Bertolé. — Páginas femeninas: Crónica, por La Dama Duende. Nieve..., por Margarita Abella Caprile. Recuerdos..., por Oiseau Bleu. Al pasar..., por María Lebem. Enlace María Teresa Pearson Quintana-Martín de Alzaga. — Las regatas internacionales en el Tigre. — Retratos de las señoritas Mercedes Santamarina y Lucía de Bruyn, fotografías de Van Riel. — Tipos de actualidad: El vendedor de banderitas, gouache de Alonso. — Vista general de Guatemala. — Modas.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

PRECIOS DE SUBSCRIPCION EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3.00 m/n.
Semestre	(6 »)	» 6.00 »
Año	(12 »)	» 11.00 »
Número suelto...........		» 1.00 »

EXTERIOR

Año......................	$ oro 5.00
Número suelto............	» » 0.50

Para subscripciones o números sueltos, dirigirse a todos los agentes de «Caras y Caretas», o directamente a la Administración, Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Administración de PLVS VLTRA
Chacabuco, 151/155 - Bs. As. (R. A.)

Adjunto la suma de $...............

por un .... de subscripción a PLVS VLTRA.

Nombre.......................................

Dirección.......................................

(49)

En las siguientes oficinas de los «Mensajeros de la Capital», se anotan subscripciones y se vendeu ejemplares. B. Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; Rivadavia, 2854; Rivadavia 1294.

VENTA PERMANENTE DE NUMEROS SUELTOS EN TODOS LOS KIOSCOS DE LA REPUBLICA







Imponente manifestación realizada por el vecindario al tenerse noticia del triunfo de la causa de la libertad y de la civilización. — El entusiasmo y la simpatía se manifestó de un modo conmovedor; ancianos, mujeres y niños, formaron, entonando cánticos de libertad.

Preparemos al país para bastarse a si mismo

Empezando por la radicación de la industria de las construcciones navales mercantes

La idea de realizar en la Argentina construcciones navales con materiales del país, que se dispone llevar a la práctica la sociedad anónima «Astilleros Escandinavo-Argentinos», ha despertado la mayor simpatía en los suscritos, que firman estas líneas significando su decidido apoyo moral:

Doctor Manuel M. de Iriondo, ex presidente del Banco de la Nación Argentina — Pedro Christophersen, presidente de la Bolsa de Comercio — Atilio S. Barilari, contraalmirante — Fernando D. Guerrico, presidente del directorio local del Ferrocarril del Sud — doctor Leopoldo Melo, senador nacional — doctor Juan Luis Ferrarotti, diputado nacional — Augusto J. Coelho, presidente del Banco Argentino Uruguayo y fundador de la Marina Mercante Argentina — doctor Federico Pinedo — doctor Francisco Moreno — S. A. Manufactura de Tabacos, Piccardo y Cía., Lta. — Pedro Bercetche, de la firma Salaberry & Bercetche — doctor Manuel P. Gonnet — Antonio L. Agrelo — doctor Enrique Ruiz Guiñazú — Pedro Luro e hijos — Alfredo Lanús y Cía. — M. F. Erausquin, presidente de la Compañía Arenera del Vizcaíno — D. Escobar y Cía., armadores — Compañía de Comercio Holandesa de la América del Sud, G. Van der Mey — S. A. Compañía General Comercial J. Riedel — «Skandinavia», Compañía de Reaseguros, A. Johnston—The South American Forest Industry & Shipping Co. Ltd., F. N. V. Brinckman — The Union Trading Co. Ltd., B. H. Tellander.

¡El país necesita buques!

El público se enterará, con satisfacción, de que acaba de constituirse en el país una sociedad anónima para la construcción de buques de alta mar. La Sociedad Anónima «Astilleros Escandinavo-Argentinos» se propone construir tres géneros de embarcaciones, a saber:

1.° buques de mar;
2.° chatas de río; y
3.° yates, lanchas, botes y canoas.

Antes de proseguir, digamos que la nueva Sociedad se constituye con un capital de 2.500.000 $ moneda nacional de curso legal, del cual está totalmente integrada la primera serie, de 250.000 pesos, al momento de lanzarse a la suscripción pública la segunda serie.

De los géneros de embarcaciones arriba indicados, se proyecta construir tres tipos de buques de mar, así:

a) de 1.000 toneladas de carga;
b) de 500 íd. íd.;
c) de 300 íd. íd.;

y de los tipos de chata de río, los dos siguientes:

a) de 200 toneladas de carga;
b) de 100 íd. íd.

La sociedad se propone adquirir el astillero recientemente instalado por la casa iniciadora «The Union Trading Co.», ubicado en Río Luján (frente al canal San Fernando), en el cual se ha comenzado ya la construcción del primer barco. El valor del astillero, con sus instalaciones y materiales, será fijado por tasación.

La casa vendedora garante la suscripción de la primera serie de $ 250.000.— m/n., ofreciéndose ahora a suscripción pública la segunda serie de 2.500 acciones.

La instalación existente permite la construcción de tres pailebotes de 500 toneladas cada uno, por año. Calculándose en la actualidad el costo por tonelada en $ 300.— m/n. y el de venta en $ 430.— m/n., resulta la utilidad siguiente:

Importe de la venta de tres embarcaciones...	$ m/n. 645.000.—
Costo de dichas embarcaciones..	» » 450.000.—
Beneficio bruto........	$ m/n. 195.000.—
A deducir para amortizaciones, etcétera..	» » 30.000.—
Beneficio neto.........	$ m/n. 165.000.—

Lo que equivale a un beneficio del 25½ por ciento sobre un capital social de $ 500.000.— m/n., una vez deducidas las sumas fijadas por el proyecto de Estatutos de la nueva institución para fondo de reserva, Directorio, Síndico, Personal, etc.

Además del astillero, existe el varadero, que está destinado a las construcciones del Río, reparaciones de remolcadores, lanchas, botes, etcétera., de todo lo cual hay constantemente demanda.

Ese varadero podría tener un movimiento anual de 50.000 pesos moneda nacional, dejando un saldo líquido a favor del 25 %.

Conviene aclarar que al colocarse la quilla de los buques, en las construcciones a llevarse a cabo en el astillero, los armadores entregan la cuarta parte del importe del costo. En el caso de los tres pailebotes, por ejemplo, sobre un presupuesto total de $ 450.000, que deben afrontar los constructores, los armadores dejan por concepto de seña o anticipo la suma de $ 112 500 m/n., que equivale a $ 37.500 por cada cuota inicial y por cada barco. Queda así un saldo de 337.500 pesos m/n. a favor de la empresa constructora, a recibirse posteriormente.

Situación geográfica de los astilleros.

Esta suscripción conviene a todos, grandes y pequeños capitalistas, y también a los empleados que puedan comprar siquiera sea una acción.

Es una oferta patriótica y lucrativa.

¡Suscríbase usted!

Directorio provisorio de la Sociedad Anónima «Astilleros Escandinavo-Argentinos»: F. N. V. Brinckman, director general de The South American Forest Industry & Shipping Co. Ltd. — H. Thwaites, contraalmirante — Alberto Gabriel, capitán, representante general de Munson Steamship Line — N. J. Hammer, gerente de la Compañía Argentina de Pesca — Augusto Johnston, director general para la América del Sud de «Skandinavia», compañía de Reaseguros — B. H. Tellander, director general de The Union Trading Company Limited — A. Fr. Tscherning, ingeniero — Gerente de los «Astilleros Escandinavo-Argentinos»: C. Riddel, ingeniero naval.

Señor Director de «The Union Trading Company Ltd.
Chacabuco, 166. — Buenos Aires.

Muy señor....................................

Sírvase usted anotar...... por........... acciones de la Sociedad Anónima «Astilleros Escandinavo-Argentinos» de $ 100.— m/n. (cien pesos moneda nacional de curso legal) cada una. Acompaño....... el 20 % (veinte por ciento) del importe suscripto, en........... comprometiendo........ en pagar el saldo cuando y en la forma que el Directorio resuelva.

(Nombre)..

(Domicilio)..

BIBLIOGRAFÍA

"Juan Cruz Varela; su **vida, sus obras,** su época", por Juan M.ª Gutiérrez. Prólogo de Miguel Cané. Edición de La Cultura Argentina.

"Cartas a las mujeres de España", por G. Martínez Sierra. Edición Renacimiento. — "Estudios de crítica moderna", por Carlos Arturo Torres. — "Todo por él", por A. Martínez Olmedilla. — "Prosas de Soren Kierkegaard", traducción de A. Armando Vasseur. Rep.: Agencia General de Librería y Publicaciones.

"Metodología especial de la Enseñanza Primaria", por Víctor Mercante. Editor: Cabaut y Cía.

"Cómo se hace un pintor", por Enrique Conscience. Edición de La Novela para Todos.

"Verba", por Gabriel Alomar. — "35 años de la vida política de Antonio Maura", recopilación de J. Ruiz Castillo. Biblioteca Nueva. Rep.: Editorial Tor.

"Boletín Bibliográfico de Julio Maver". Mes de Noviembre.

"Prosa política", por Rubén Darío. Editorial Mundo Latino.

"Némesis", por Paul Bourget. Editorial Prometeo.

"Los poetas jóvenes de Méjico", por José de J. Núñez y Domínguez. Editor: Barnet, París.

"El Médico de los Duelos", por Carlos M.ª de Menviel. Prólogo del doctor Carlos Delcasse.

República Zoológica

LA MULA

Es la más testaruda y porfiada
de cuantas hembras la natura cría,
buena por resistente y lo bravía;
pero mala por terca y descastada.

Cuando menos se piensa, la taimada
hace al que se le acerca una sangría,
soltando un par de coces con falsía
al que olvida que es mula la malvada.

En tiempos ya pasados los abades
y los papas gustaban preferirla
sobre toda cualquier cabalgadura.

Mas con el progresar de las edades,
a la mula hemos visto reducirla
a arrastrar los cañones con bravura.

CARLOS DE MONTERO.

FRASES DE CAJAL

El alma moderna es movediza, complicada; atormentada por la duda y acobardada por la consideración de la infinita complicación del mundo y la limitación del entendimiento, pasa perpetuamente del dogmatismo al escepticismo, del materialismo al espiritualismo.

Hay algo más triste que la miseria, y es la soledad mental, la simplicidad y rudeza del alma de nuestros pobres campesinos.

EPIGRAMAS

—¿De dónde vienes, Gaspar?
—Vengo de la cuadra, chico.
—Bien me decía Perico
Que allí debías estar.

TIRSO TEJADA.

Por dormir una noche junto a un charco,
Está con calenturas Pepe Marco;
Y las ranas que allí tienen guarida
No sufren calenturas en su vida.
¡Y aun sostiene el filósofo Quintana
Que el hombre es más perfecto que la rana.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

De buten son dos muchachas
Bien formadas ¡dos querubes!;
No tienen voz; pero es fácil
Que, como tiples, *debuten*.

A. SERRA CUBELLS.

Enfermo que a visitar
Llega el médico Estever,
Bien se puede asegurar
Que no vuelve a padecer...
Ni tampoco a respirar.

LIBORIO PORSET.

Decía yo, de amor loco:
—¡Penar tan poco por tanto!—
Y dije, al perder mi encanto:
—¡Penar tanto por tan poco!—

R. DE CAMPOAMOR.

Si te invitan a cenar,
Procura saber primero
Quién es el que va a pagar.

* * *

Para su traje
sobre medida...

tenemos la colección más variada y novedosa en casimires importados, de óptima calidad y de gran moda, y

POR POCOS DIAS

cotizamos los bajísimos precios siguientes:

Trajes de Saco, *en casimir fantasía, pura lana .... $*	**65**
Trajes de Saco, *en casimir fino, negro, azul o gris, desde $*	**75**
Trajes de Saco, *en gabardinas de lana, desde......... $*	**80**
Trajes de Jacquet, *en casimir negro, gris o fantasía, desde $*	**90**
Trajes, *en brin de hilo, clase muy fina, desde........... $*	**40**

Además REGALAMOS

a todo comprador de un traje, una hermosa cartera de cuero, con el nombre del interesado grabado en oro.

En la sección NIÑOS, OBSEQUIAMOS a nuestros clientes infantiles, con cajas de exquisitos BOMBONES.

CREDITOS en 10 meses — Pida informes

En nuestra sucursal Rosario, también acordamos créditos

Al interior, remitimos CATALOGO GRATIS



Bmé. MITRE, 701

Enlaces



Señorita Sara Rita Casanova, con el señor Julio Oteiza. — C. Casares.



Señorita Pilar Fulquet, con el señor Pablo Elizagoyen. — Azul



Señorita María Nemitznicher, con el señor José German Griman. — C. Casares.



Señorita Estela Gass, con el señor Gregorio Waisbug. — C. Casares.



Señorita Higinia González, con el señor Eusebio González. — Los Toldos.



GRAN CONCURSO

del inimitable

Polvo Grasoso

Brissac.

PARIS

Autorizado por el Superior Gobierno de la Nación

El gran entusiasmo despertado en nuestra distinguida clientela de damas, por este Concurso, se debe no sólo a los valiosos obsequios que ofrecemos a los que acierten o se aproximen a la cantidad de granos de arroz que contiene la caja de Polvo Grasoso Brissac, sino a las cualidades de este exquisito producto, su excelente perfume y condiciones de adherencia e invisibilidad.

La diversidad de obsequios para todos los gustos, desde el primero de un vale por valor de **$ 1.000;** un segundo, **$ 500,** y un tercero, **$ 100,** aparte de otros obsequios de oro y fantasía.

A las personas que no acierten y que hayan enviado la mayor cantidad de soluciones, se les obsequiará: a la primera, con un vale de **$ 100,** a las dos siguientes, con un vale, a cada una, por **$ 50,** y a las cuatro siguientes, con un vale, cada una, por **$ 25.**

Las soluciones pueden remitirse como muestra sin valor, con franqueo de 0.5 centavos.

Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.

CHILE, 1958/72 - U. T., 7260, Libertad

Soliciten en las Tiendas, Perfumerías y Farmacias el folleto explicativo



CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

—¿Tiene usted colocación para mí?

—Usted, ¿qué cargo quiere desempeñar?

—Cualquiera.

—¿Le conviene de jardinero?

—¡Cómo ha de convenirme *dejar dinero!* ¡Lo que necesito es que me lo den!

TARUGO.



—Mirá, Ruperto, esos cochecitos deben ser especiales para matrimonios peleados.

MARCELO T.



—¿Esa es la navaja con que me afeitó antes de ayer?

—Sí.

—Bueno, déme cloroformo.

W. S. ANQUÍN.

—Acusado, ¿tiene usted algo que alegar?

—Señor Presidente, yo quisiera que el tribunal perdonara a mi abogado.

—¿Por qué?

—Por lo mal que me ha defendido.

INDULGENTE.

En una fotografía.

Una señora alarmadísima:

—¡Cómo! ¿Va usted a retratarme con el mismo aparato de que se ha servido para fotografiar a ese vigilante?

SOLER.

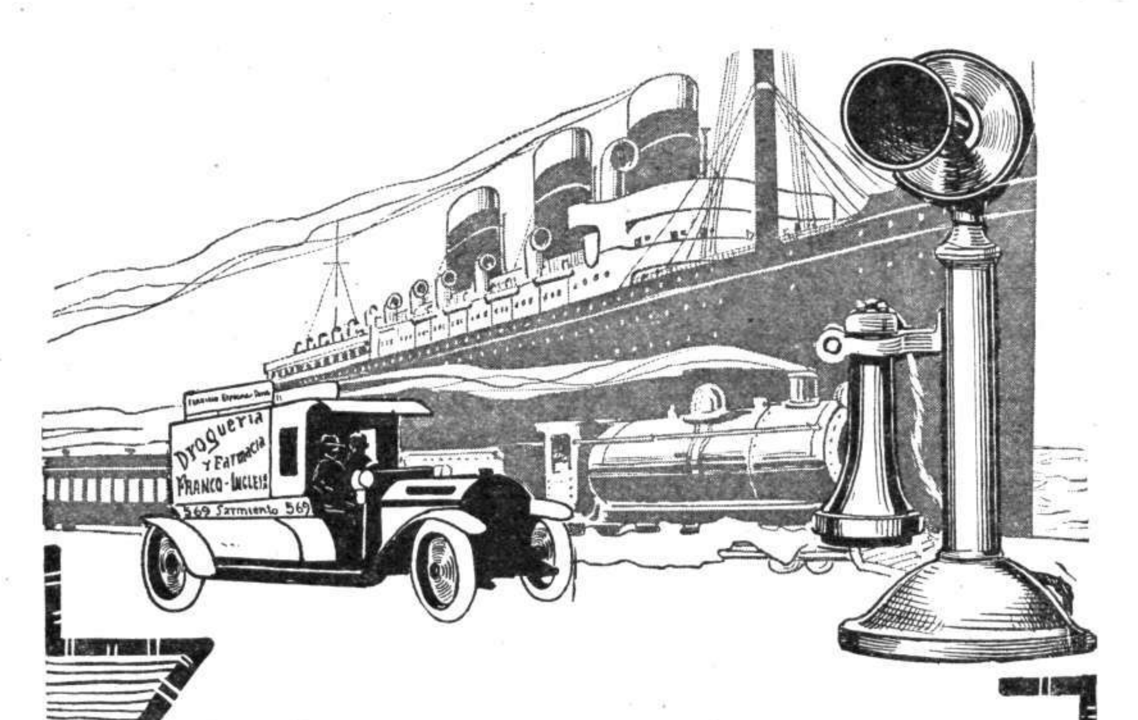


—Señora, ¿me da usted licencia?

—No... Ya ha pedido usted permiso para asistir al entierro de dos madres, cuatro tíos y doce primos.

—Es que debo ir a visitar al recién nacido de mi hermana.

FÁMULA.



Pida comunicación con

Unión Telefónica	**6190** **6191** **6192** **6193**	*Avenida*
Coop. Telefónica,	**3697**	*Central*

y los medicamentos, especialidades, drogas, herboristería, etc., etc., que usted nos pida se los remitimos a su casa.

Son artículos importados directamente por nosotros, sin intermediarios que los encarezcan.

Son frescos, porque cada vapor que llega nos trae nuevas remesas.

Son legítimos, porque compramos en fábrica, y los vendemos a precios relativamente bajos, porque preferimos ganar poco y vender mucho.

300 pedidos diarios por teléfono son enviados a domicilio.

Farmacia Franco-Inglesa

581, Sarmiento, 587 - Buenos Aires

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.° 39.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

PARA LOS NIÑOS

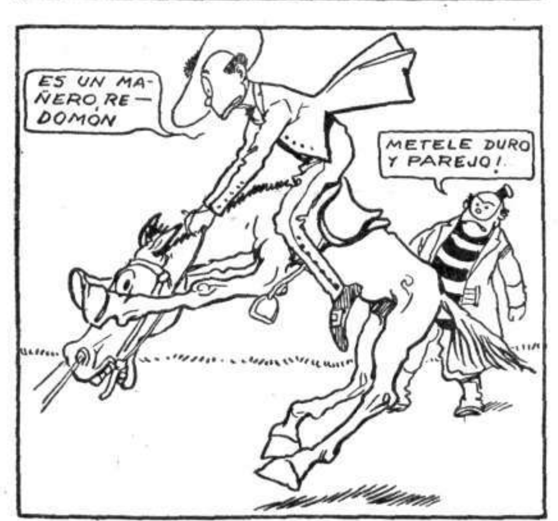


AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRON

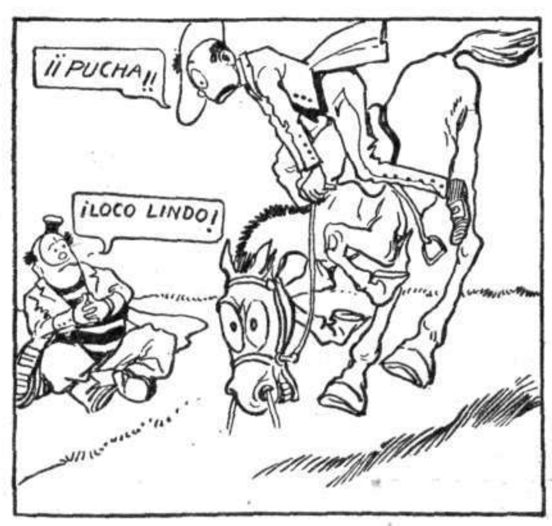




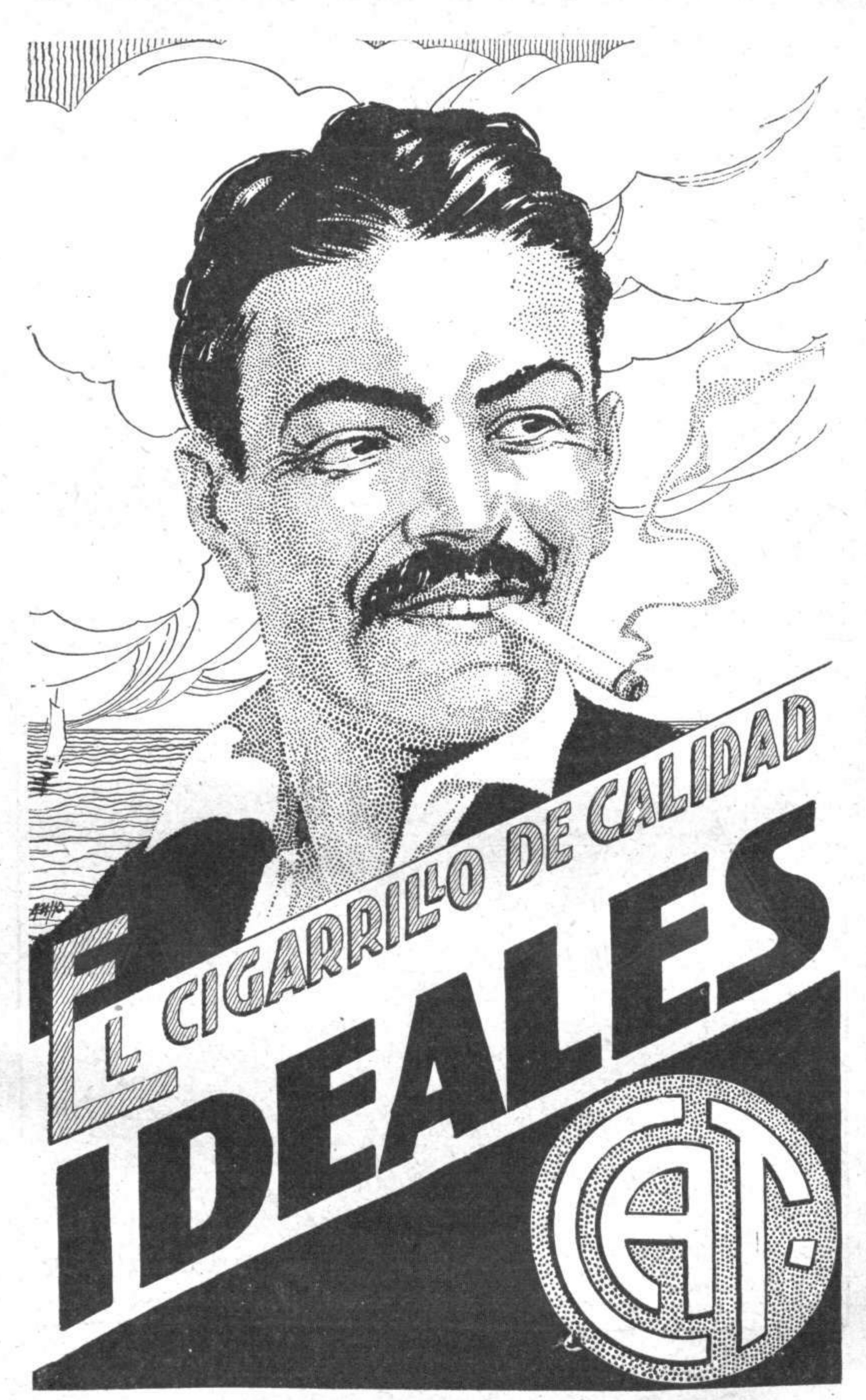










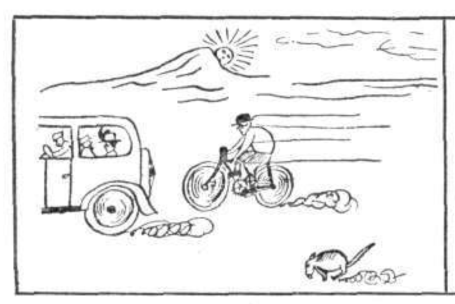

EL CIGARRILLO DE CALIDAD
IDEALES
CAT



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



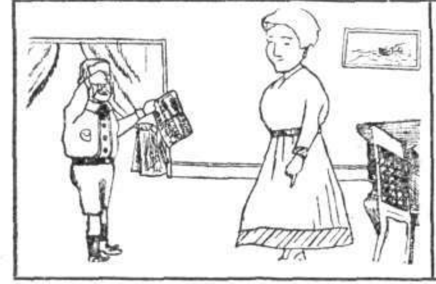
293. — Corriendo detrás del automóvil.
EITEL GLIGO.



294. — Mi hermanito.
LEÓN JOSÉ ALONSO.



295. — Un día de lluvia.
PEDRO NÁPOLITANO.



296. — ¡Mamá!, no ha salido ningún dibujo.
ABILIO BASSETS.



297. — Un mensaje peligroso.
JOSÉ A. RODRÍGUEZ.



298. — Sarita y su muñeca.
CELESTINA DALPOGGIO.


LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS
A PAGAR EN 10 MESES DESDE $50 HASTA $10,000
A LOS MISMOS PRECIOS QUE AL CONTADO
SIN PAGAR INTERES COMISION NI RECARGO ALGUNO
PIDANOS DATOS PERSONALMENTE O POR CORREO
CREDITOS
A. CABEZAS
CALLES SARMIENTO Y S. MARTIN (Bs. As.)

LA INGRATITUD

En una remota aldea de Asia, próxima a la meseta del Tibet, una de las montañas más altas del mundo, pero no lo era lo bastante como para impedir que la oración del trabajo y de la fe subiera a los cielos, habitaba un labrador que, de sol a sol trabajaba sin tregua. Tenía que mantener a su mujer y dos hijitos de corta edad, a quienes amaba entrañablemente. Cuando quería verse sonreir al buen hombre, bastaba con hablarle de aquellas criaturitas que constituían para él el más precioso tesoro. Si se encontraba manejando el arado, arrancando malezas o hundiendo la azada o el pico en la tierra sin cultivo, el recuerdo de aquellos infantes, asaltábale en los momentos más arduos de la fatigosa tarea, y aquel labrador, después de enjugar el sudor que riega las frentes de los laboriosos, de los diligentes, de los útiles, volvía de nuevo al trabajo, feliz por aquella visión de amor, que le hablaba de satisfacciones sencillas y puras.

Además de su cabaña y de una porción de tierra que cultivaba, poseía el labrador un elefante, que lo empleaba en transportar de una parte a otra, los frutos y cereales de su modesta hacienda. Fuera de esas faenas, el elefante descansaba la mayor parte del tiempo, y, algunas veces, servía de cuidador a los niños, cuando éstos se alejaban a cierta distancia de la cabaña, con objeto de saltar y correr por el bosque cercano.

En uno de los viajes que el campesino había realizado a la ciudad, compró a los niños unos collares de piedras muy vistosas, que imitaban con toda exactitud a los rubíes y a las esmeraldas. Los niños estaban contentísimos con aquellos hermosos collares y todos los días los llevaban puestos. Aconteció que una tarde que los niñitos, después de corretear por el bosque, fatigados por el ejercicio, se durmieron ambos sobre las hierbas, uno al lado del otro. Llevaban un buen rato de sueño, cuando dos hombres mal entrazados que pasaban por allí, los apercibieron. Ver aquellas criaturas luciendo magníficos collares, que ellos suponían de piedras preciosas, e intentar robarlos, creyéndolos hijos de algún señor potentado, fué todo uno. Pero el elefante que vigilaba muy cerca de allí, se presentó de improviso y sacudiendo a aquellos malhechores un recio golpe con su larga trompa, los hizo huir despavoridos de aquel sitio, sin que se les ocurriera la idea de herir con sus armas a aquel buen animal. Los niños despertaron, aterrados, por el ruido que se hacía a su alrededor. Su madre, que llegaba instantes después y que al acercarse había contemplado la escena, se precipitó sobre ellos tomándolos en sus brazos. Pasado el primer transporte de júbilo, acarició al elefante, que tan bien se había conducido. Conocedor el campesino de la acción llevada a cabo por el animal, tuvo para él, a partir desde ese día, toda clase de miramientos. Los niños crecieron y, con el andar de los años, olvidaron lo que debían al elefante.

Un día, el mayorcito de ellos se entretuvo en clavar en la trompa de aquel mamífero una cantidad de espinas. Al principio el elefante aguantó pacientemente; pero advirtiendo que el malvado juego se prolongaba, se precipitó sobre una cesta llena de escombros y tomándola con su trompa dolorida por las espinas, la lanzó sobre aquel niño malo. Uno de los escombros hirió al chico en el cráneo, produciendo una herida de consideración. El elefante, obedeciendo a su instinto de venganza, había infligido al niño su condigno castigo. A su vez no sufrió las iras del amo porque el otro niñito relató fielmente lo sucedido.

Un alma inferior olvida a menudo los beneficios que ha recibido.

ADELIA DI CARLO.

De San Isidro



Animado aspecto que presentaba la entrada al embarcadero del club, después de las regatas.

La fiesta se desarrolló con gran brillantez, debido al entusiasmo de los que en ella tomaron parte y del numeroso público que asistió al acto.


4
6
5
The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.
Casa Central:
Florida y Cangallo.
LA fama de las confecciones GATH & CHAVES, cimentada a base de elegancia en el corte, excelencia de materiales y prolijidad de acabado, es ampliamente apreciada por las personas que saben vestir y dan al detalle, la importancia que en realidad tiene. :: :: :: :: :: :: ::
4. — TRAJE COMPLETO, modelo de última moda, confeccionado en rico casimir inglés de lana, variedad de gustos en colores de alta fantasía, a $ 85, 75, 65, 52.50 y .... $ 42.50
6. — TRAJE COMPLETO, de gran moda, prolijamente confeccionado en casimir inglés de fina calidad, gran variedad en colores de alta fantasía, a $ 85, 75, 65, 52.50 y .... $ 42.50
5. — TRAJE COMPLETO, modelo saco cruzado de rigurosa moda, confeccionado en casimir inglés de calidad extra, gustos en colores fantasía, forros de la mejor clase, a $ 70 y .... $ 57.50



Que el

XEREZ-QUINA-RUIZ

es uno de los aperitivos más caros, es muy cierto; pero, también es cierto que es preparado con buen vino Jerez seleccionado y criado especialmente.

Nadie ignora que lo bueno no puede ser de precio inferior.

Le conviene a usted rechazar los sustitutos que le ofrezcan por ser baratos y exigir el verdadero

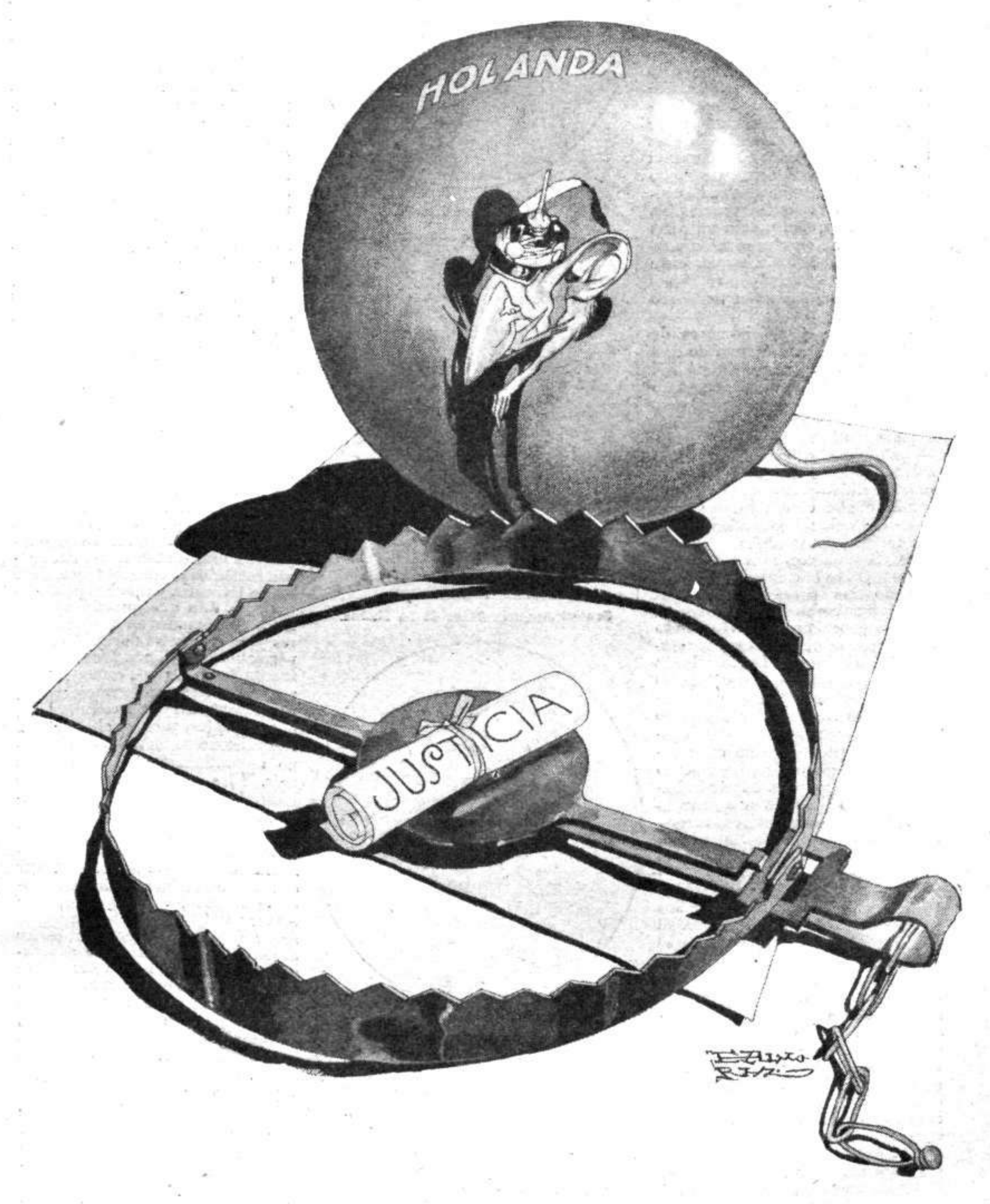
XEREZ-QUINA-RUIZ

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI BUENOS AIRES, 30 DE NOVIEMBRE DE 1918 N.° 1052

PREPARADO

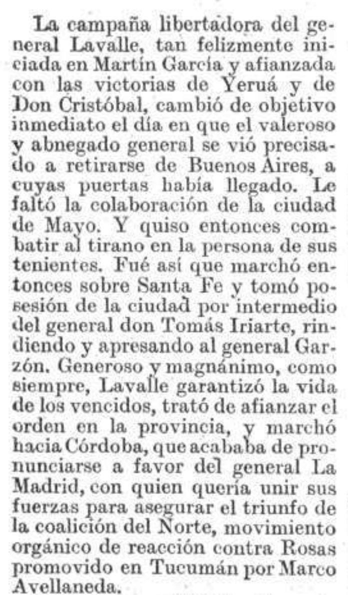


TARDARÁ MÁS O MENOS, PERO CAERÁ.

Dib. de Alvarez.

Batalla del Quebracho

28 de noviembre de 1840



La campaña libertadora del general Lavalle, tan felizmente iniciada en Martín García y afianzada con las victorias de Yeruá y de Don Cristóbal, cambió de objetivo inmediato el día en que el valeroso y abnegado general se vió precisado a retirarse de Buenos Aires, a cuyas puertas había llegado. Le faltó la colaboración de la ciudad de Mayo. Y quiso entonces combatir al tirano en la persona de sus tenientes. Fué así que marchó entonces sobre Santa Fe y tomó posesión de la ciudad por intermedio del general don Tomás Iriarte, rindiendo y apresando al general Garzón. Generoso y magnánimo, como siempre, Lavalle garantizó la vida de los vencidos, trató de afianzar el orden en la provincia, y marchó hacia Córdoba, que acababa de pronunciarse a favor del general La Madrid, con quien quería unir sus fuerzas para asegurar el triunfo de la coalición del Norte, movimiento orgánico de reacción contra Rosas promovido en Tucumán por Marco Avellaneda.

Entretanto, 6.000 hombres de fuerzas rosistas, al mando de don Manuel Oribe, ex presidente del estado Oriental, buscaban contacto con las armas libertadoras para ofrecerles combate aprovechando la superiosidad del número. «Lavalle — ha dicho el comandante Lacasa en su biografía del general — con una habilidad admirable evadía el combate con el objeto de llegar hasta el Quebracho, donde suponía las fuerzas de Córdoba. Retirándose disputó por más de veinte veces a Oribe el campo de batalla. Cuando los tiradores enemigos caían ya sobre nuestros flancos en número considerable, y el ejército de Oribe se acercaba ya por la retaguardia, el general Lavalle hacía alto; desdoblaba las dos columnas que marchaban paralelas y formaba línea de batalla, sirviéndole de base los cuerpos que iban desplegados. Oribe entonces hacía alto también para formar su línea, y cuando se aprestaba ya para iniciar la batalla, Lavalle volvía a doblar la suya, y tomando la primera formación que antes llevaba, seguía la retirada dejando a Oribe burlado una vez más.»

Desgraciadamente el general La Madrid no llegó a incorporar sus fuerzas a las del general Lavalle. El encuentro en el Quebracho no se produjo. Lavalle concurrió con sus fuerzas; pero, La Madrid, no habiendo hallado a Lavalle prefirió, según ha dicho en sus Memorias, marchar al Norte para llamar la atención de Oribe. Entretanto, la batalla se hizo ya inevitable. Y Lavalle, solo una vez más, sin la colaboración de su camarada y compañero de causa, hubo de afrontar al enemigo, como lo hizo cuando llegado frente a la ciudad de Buenos Aires, se encontró sin el apoyo y la cooperación que esperaba. Se combatió todo el día 28 de noviembre. La superioridad evidente del ejército de Oribe hizo su obra. Al caer la tarde las tropas colecticias de Lavalle comenzaron a dispersarse. En medio del combate se destacaba el coronel Aniceto Vega que, cubierto de polvo y de sudor, con espada en mano, rogaba en vano al general Lavalle que se salvara al frente de un puñado de soldados. «Acto continuo el comandante Lacasa recibía orden de decir al coronel Pedro José Díaz «que se salvara a todo trance». Tales fueron las palabras del general. Esto es magnífico. Se dirigió al batallón que en ese momento se retiraba en cuadro entre una lluvia de balas, y llamando al coronel que venía dentro de él, le participó la orden del general en jefe, después de haberlo separado algunas varas de su tropa. La contestación del bizarro coronel Díaz, en ese momento de prueba, fué la siguiente: «Diga usted al general que donde mueren mis soldados, muere su coronel!»



General Juan Lavalle.



General Gregorio Aráoz de La Madrid.



Brigadier General Manuel Oribe.

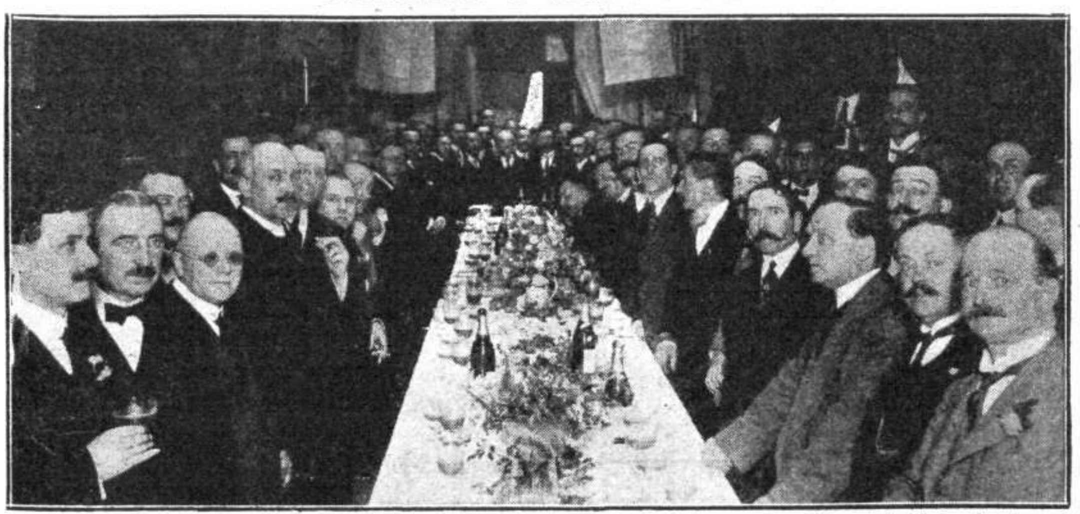
El general Garzón, preso en las filas del ejército de Lavalle, quiso acompañar al bravo general en su desgracia, correspondiendo así a todas las atenciones de que había sido objeto. Lavalle se opuso a ello. Le dió libertad y le pidió que intercediera ante Oribe por la vida de los prisioneros. Fué empeño vano. Hasta Rufino Varela, que acompañó como parlamentario al general Garzón al campo de Oribe, fué ultimado vilmente por los seides del tirano. De la suerte de los prisioneros dan testimonio las constancias de la causa criminal contra Rosas. Fueron llevados a través de los campos. «Y el agotamiento de las fuerzas de aquellos infelices era pagado con la vida. Muchos que cayeron exánimes y que agotaron su energía al ser agujereados con las puntas de las lanzas o bayonetas, fueron degollados allí inmediatamente». Así fueron fusilados el coronel Mons, José María Carranza y muchos prisioneros más. Los que quedaron vivos fueron entregados en Santos Lugares y en el cuartel del Retiro. Allí permanecieron hasta 1842, en que fueron fusilados por orden de Rosas. Eran tres tenientes coroneles, un sargento mayor, tres capitanes, dos tenientes, y cinco ciudadanos. Los prisioneros tomados en el campo de batalla fueron cien veces más. Y los muertos en el campo de la acción alcanzaron a mil quinientos. Así se moría por la libertad.

Después de la batalla, alcanzó al general Lavalle, M. Halley, representante oficial de la Francia. Por el tratado Mackan había terminado el bloqueo, y según el artículo 3.º «se admitía la amistosa interposición de la Francia en favor de los argentinos que habían sido proscriptos desde el 1.º de diciembre de 1828; y se les concedía la reimpatriación sin que fueran molestados por sus opiniones anteriores a todos los que abandonasen la actitud hostil en que estaban contra el gobierno». Según lo reconoce hasta el mismo Saldías, M. Halley fué acompañado del general Mansilla para ofrecer a Lavalle que se acogiera a los beneficios del tratado con la Francia «que dejase las armas y podría residir donde quisiera sino prefería venir a Buenos Aires, donde sería reconocido en su grado y antigüedad, sin perjuicio de ser investido en primera oportunidad con una misión en el extranjero».

¿Cuál fué la respuesta del intachable, del pundonoroso general? La respuesta fué seguir guerreando contra los tiranos hasta el día de su muerte.

M. de Vedia y Mitre.

Celebrando el triunfo aliado



Personal superior, empleados del establecimiento Serra Hnos., y los representantes de la prensa, especialmente invitados al acto, en el lunch con que se festejó el triunfo aliado. Dado los prestigios adquiridos por los señores Serra, y a pesar del carácter íntimo que se quiso dar a la fiesta, ésta constituyó una nota altamente simpática y patriótica.



Grupo de veteranos de la guerra del 70, recibiendo de manos de los dirigentes del Banco Francés y Río de la Plata, el título de 100 francos del «Empréstito de la Libertad», con que la institución citada ha obsequiado a los gloriosos sobrevivientes. La distribución dió lugar a una hermosa y emocionante ceremonia. En el centro, el título del empréstito.

Demostración



Cabecera del banquete ofrecido en el «Plaza Hotel» al doctor Julio Méndez, por su elección para el cargo de decano de la Facultad de Medicina.

Conmemoración de la Victoria



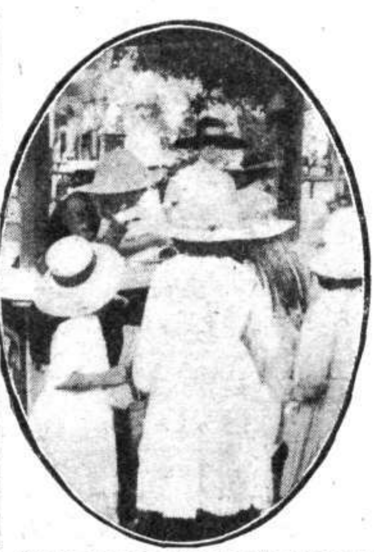
Aspecto general del teatro Romano en el Parque Japonés, ocupado por la colectividad inglesa, durante la «Fiesta Británica» organizada en homenaje a los aliados.



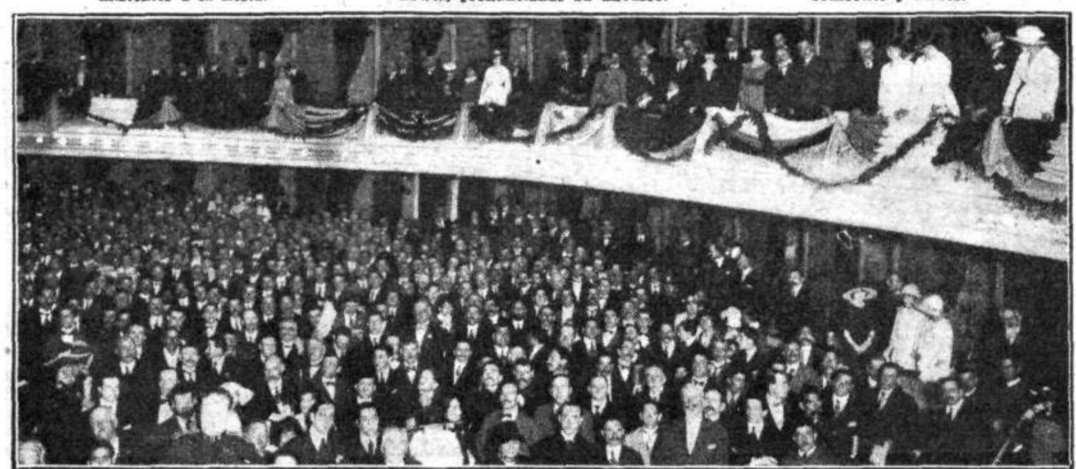
Señoritas distribuyendo globos a los pequeños asistentes a la fiesta.



El ministro de Inglaterra, Mr. Reginald Tower, pronunciando su discurso.



Kioskos donde se obsequió a los niños con bombones y dulces.

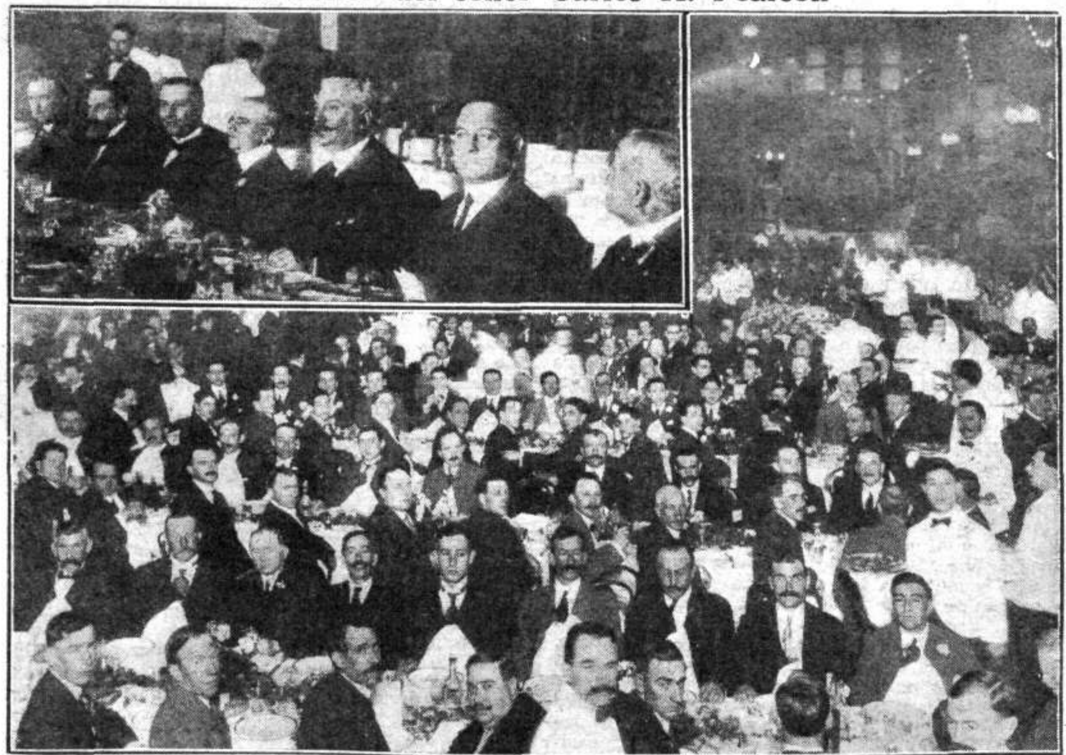


Vista parcial de la concurrencia que asistió al imponente acto, verificado en el Coliseo, bajo los auspicios de la asociación «Progenie de Italia», para honrar el triunfo de las armas peninsulares.

Banquete de la Victoria

Mesa de honor, ocupada por distinguidas personalidades aliadas, que presidió la hermosa fiesta realizada en el teatro Coliseo. —Los comensales que asistieron al banquete, que ha constituído una de las notas más salientes de las llevadas a cabo para celebrar el triunfo de las armas aliadas.

En honor del señor Carlos H. Pearson



Señores: J. P. Newell, Samuel H. Pearson, Carlos Pearson, A. J. Lynch, doctor José A. Frías, ingeniero Atanasio Iturbe y Gabino Cueli, en la cabecera de la mesa del grandioso banquete con que los empleados del Ferrocarril Central Argentino, obsequiaron al gerente de la empresa festejando en la misma ocasión el éxito alcanzado en los campos de batalla de Europa por las fuerzas aliadas. — Vista general del «hall», en cuyas mesas admirablemente distribuídas tomaron colocación cerca de mil personas.

Treinta años de mi vida
por E. Gómez Carrillo

(Continuación)

XI

DIAS DE ANGUSTIA

Durante los primeros días, la ruptura había sido para mí, no una pena, sino una satisfacción de deber filial heroicamente cumplido y sobre todo una afirmación orgullosa de mi independencia y hasta de mi importancia. Más de una vez en los albores de mi idilio, cuando pensaba en el porvenir, sentíame acongojado al figurarme que Edda, tan bella, tan rica, tan distinguida, se cansaría pronto y me abandonaría, riéndose de mis lágrimas, de mis súplicas, de mis desesperaciones, de mis amenazas. Y al ver que no era ella quien me abandonaba, que ella era la que lloraba e imploraba en vano, experimenté un placer miserable y cruel de amor propio halagado. Pero al mismo tiempo había en mi alma otro sentimiento menos bajo, que nacía de mi instinto de libertad, instinto casi salvaje que no he logrado curar nunca, y que, en el transcurso de mi existencia, ha envenenado las más bellas de mis horas, haciéndome sentir de un modo exagerado, casi enfermizo, el peso de todas las cadenas, aunque hayan sido de oro o de flores. «Soy libre — decíame respirando el aire fresco de la primavera — soy libre, no tengo que pensar en las horas, no tengo que ocultar lo que hago, no tengo que mentir». Y cual, si mi pobre amigo, que había sido un espejo de benevolencia, me hubiera tiranizado antes, gozaba de la ilusoria conquista de mi albedrío. Por otra parte, como el ruido causado por nuestra aventura aureolaba mi cabeza con resplandores donjuanescos, yo gozaba en las reuniones burguesas, notando, que las niñas me miraban con admiración y los chicos con envidia.

Pero de pronto el telegrama de despedida que hizo llorar a mi madre, cambió bruscamente el curso de mis sentimientos. En el primer instante hubo en mi pecho un choque sordo, una especie de aturdimiento, algo de confuso y de indefinido que escapaba a mis previsiones. Lo que yo esperaba, no lo sé. Lo que sí sé, es que no había pensado en ver partir a Edda y sobre todo en oirla hablar de una manera trágica. Dudar de su amor, era imposible. Creía que me amaba y que me había amado. ¿Era acaso posible no creerlo?... Sólo que, entre esta certidumbre y la idea de que por mi abandono pudiera pensar en morir, había un abismo al cual mi conciencia se acercaba temblando. «¡Si realmente muriera por mí!» — decíame. Y no me atrevía siquiera a agregar: «¡Si se matara!»... Porque entonces, con mis nociones puras de la existencia y con mis ideales de responsabilidad moral, figurábame que el hombre, que provoca con sus crueldades el suicidio de una mujer, no tenía derecho a sobrevivirla.

La atmósfera de mi casa, contribuía a entristecer mi espíritu. Enterados todos de lo que pasaba, parecían complacerse en rodearme de silencio, como si temieran que cualquier palabra agravase los dolores de mi espíritu. Mi madre mostrábase más afectuosa, más tierna que nunca, y a pesar de su deseo de ocultarme sus preocupaciones, vigilaba mis pasos de una manera algo indiscreta. Mi padre mismo, en medio de su calma habitual y de su habitual franqueza, mirábame con ojos llenos de ternura. Notábase que el niño travieso habíase convertido en una especie de niño prodigio. Las amiguitas de mi hermana Luz bajaban la vista al saludarme y se ruborizaban al oir mi voz. Algo de diabólico y algo de misteriosamente grave, completaba mi leyenda local. Rinconete iba a pasar conmigo los domingos y me decía lo que mis antiguos compañeros pensaban de mí, de mi conquista, de mi gran escándalo... Porque en aquel pueblo pequeño donde todo se sabe y todo se agranda al pasar de boca en boca, la historia de mi idilio metamorfoseábase poco a poco en una novela romántica y patética.

Yo pasaba cual un fantasma entre aquel murmullo admirativo y hostil, rumiando sin descanso las cuatro ideas fijas de mi dolor, de mi sorpresa, de mi arrepentimiento, de mi inquietud. Una vez más, en el espacio de pocos años, el porvenir parecíame cerrado y la existencia inútil. Pero ahora ya no era sólo la vida material, la que me atormentaba. Acostumbrado a creer que no teniendo oficio no podía aspirar a nada honroso, resignábame a volver a ser dependiente en caso necesario. ¡Qué importancia tenía eso!... En cambio mi alma herida, creyéndose herida de muerte, agonizaba en silencio.

«¡Si al menos tuviera un amigo!» — suspiraba, yo cada vez que el peso de mi angustia me hacía sentir la urgencia de las confidencias y de los consuelos fraternales.

El destino colmó este anhelo dándome de pronto un verdadero hermano, inteligente, fuerte, alegre, capaz de aconsejarme, de consolarme, de prestarme alientos para sobreponerme a mis desmayos. Me refiero a mi tío José, hermano de mi madre, casi de la misma edad mía y que hasta entonces había vivido en Europa. Todo me sedujo en él. Sin carrera y sin paciencia para consagrarse a un estudio universitario, tenía una confianza absoluta en la vida. Y como era bravo, atrevido, amigo de intrigas amorosas, conocedor del mundo, agradable en su trato, generoso, afectuoso y ambicioso, desde el primer día en que lo ví le quise de corazón. Luego, en treinta años de intimidad, hemos reñido treinta veces. Pero en el fondo nuestro cariño es siempre el mismo y, de lejos o de cerca, en el curso de existencias paralelas tan agitadas la una cual la otra, cuando él necesita de mí sabe que basta llamarme para que yo acuda con los brazos abiertos.

En aquellos días de mis amarguras, él fué mi consuelo y mi guía. Juntos íbamos, por las tardes, a contemplar la verja cerrada de mi paraíso perdido. Juntos nos paseábamos por las calles, a la hora en que el Ave María del amor convierte cada reja en un altar de comuniones galantes. Juntos nos encerrábamos, después de cenar, en su estancia, para edificar castillos aéreos en las nubes del futuro. Sin la menor idea de que el ambiente de Guatemala podía ser estrecho para nuestros ensueños venideros, nos arreglábamos situaciones magníficas al amparo de la influencia de nuestras familias. Con hipotéticas fianzas de mi padre, comprábamos plantaciones, fundábamos agencias de negocios, creábamos bazares, explotábamos industrias nuevas... Yo tenía metida en la cabeza la idea del comercio menudo y de sus pingües ganancias.

— Alquilamos una tienda en la calle Real — decíale — y pedimos a Barcelona artículos para señoras... Las facturas se pagan a tres meses de plazo, de modo que cuando la primera se venza, ya tendremos lo necesario para cubrirla. Don Angel comenzó así y ya ves la fortuna que ha realizado...

José encontraba mi proyecto muy práctico, pero su codicia volaba más alto que la de un hortera. La perspectiva de pasarse años enteros detrás de un mostrador, no lo halagaba. Tenía prisa.

— Lo más seguro — respondíame — es crear una plantación y luego venderla. En dos años podemos enriquecernos.

Rinconete, a quien aceptábamos en nuestros coloquios los domingos, nos dió cierto día una idea fabulosa y miserable.

— ¿Cuánto podrían ustedes reunir para un negocio seguro? — preguntónos.

Después de hacer muchos cálculos y de escribir muchas cifras, llegamos a convencernos de que, recurriendo a todos nuestros parientes y explicándoles que se trataba de una cosa seria, llegaríamos a disponer de una suma de mil duros.

— Con eso basta —exclamó mi amigo — con eso hay para vivir regiamente... Oíganme bien. ¿Han tenido ustedes necesidad de empeñar algo?... Ya sé que no... Bueno, pues yo sí... Yo he empeñado hasta zapatos de mi padre... Frente a mi casa se encuentra uno de los montepíos más honrados, el de don Joaquín Melo... Por un objeto cualquiera que vale diez pesos, me da cinco y luego sobre esta suma me cobra el seis por ciento mensual. Así, en un año, su capital está duplicado...

Mi tío se echó a reír. ¡Ganar mil duros con mil duros en doce meses de trabajo!... Para eso, mejor no hacer nada. Lo que necesitábamos era algo que nos produjera por lo menos el mil por ciento... Y de nuevo nos expuso su plan quimérico de pedir un terreno al gobierno, sembrar en él maíz y venderlo antes de la cosecha en ochenta o noventa mil pesos...

Por desgracia unas pocas palabras de mi abogado, enemigo de los bellos ideales adolescentes, echaron por tierra nuestras esperanzas:

— Antes de los veintiún años — nos dijo con el código en la mano — no se puede ni comprar, ni vender, ni poseer, ni administrar... No se puede nada, en suma...

Entonces nuestras veladas perdieron algo de su encanto. La ley, la dura ley, había roto el cántaro de nuestra lechera de cuento de hadas. Y después de haber sido millonarios un par de semanas, volvimos a pensar en tener un empleo para hacer algo.

Mi familia, viéndome siempre al lado de José, figuróse que mis tristezas se habían calmado. En realidad durante el día la pena no me atormentaba grandemente. Pero en cuanto regresaba a casa, solo, la sombra blanca de mi amada surgía de entre la sombra para repetirme su desgarradora melopea de amor y de reproches. Parecíame ver sus labios sinuosos, sus ojos dilatados, su pecho palpitante. Y oía decir a mi oído, a una voz muy suave, muy triste, algo irónica, algo despreciativa: «Has sido cobarde, pequeño; te has inclinado ante temores ilusorios; has obedecido a tu madre como un niño... ¡ah! y además has sido injusto, y porque un día de delirio viste mi rostro descompuesto, tuviste vergüenza de amar una mujer vieja... ¡ah! vanidad!... ¡ah cobardía!... ¿Cómo no encontraste valor, pequeño, de comparar lo que yo te ofrecía, y que era mi vida entera, mi alma entera, con tu cariño que era lo único que te pedía... Ten cuidado, pequeño... Todo se paga en este mundo...» Ante aquellos discursos obscuros, mi alma y mi carne estremecíanse, llenándome de vagos presentimientos de futuras desgracias.

Una tarde dije a mi tío:

— Tengo a veces la idea de que Dios ha de castigarme.

— ¿Tú crees en Dios? — preguntóme con aire importante.

— No sólo creía profundamente, ingenuamente, con una fe heredada de mis padres y que por fortuna he conservado siempre, sino que hasta sentía la necesidad física de buscar, a los pies de Jesús crucificado, el único bálsamo capaz de cicatrizar mis heridas interiores. A veces, en mi estancia, arrodillábame, a punto de desfallecer, ante mi crucifijo negro que protegía mis sueños, y al cabo de un largo coloquio irrespetuoso en el que subían hacia el cielo, mezcladas y sin orden, las frases del «padre nuestro» y las letanías de mi amor, levantábame con un alma nueva, refrescada por un soplo sublime que me hacía creerme capaz de todas las inmolaciones. En esos raptos de purificación mística, figurándome que en los conflictos entre una madre y una amante, Dios está siempre de parte de la primera, las cobardías que solía echarme en cara el fantasma de Edda, trocábanse en actos de bienaventuranza. «Por la más sagrada de las mujeres — decíame — he renunciado a la más seductora de las amigas; en la lucha del deber y del placer, me he sacrificado a mí mismo en aras de la piedad filial; he s do fuerte sin que me importe ser infeliz»... Los misteriosos, los engañosos consuelos de la fe torcían así mi conciencia apenas despierta, salvándome del dolor con silogismos que la razón ancestral atribuyen calumniosamente a la pureza divina.

Pero en el fondo, cuando me sentía con el valor necesario para hablarme a mí mismo sin hipocresías, tenía que acabar por rendirme ante la evidencia. Y esa evidencia no me era favorable en ningún sentido. «Vamos a ver — decíame — ¿estás seguro de que si Edda te hubiera siempre parecido muy joven, muy bella, muy buena, habrías sido capaz de inclinarte, sin discutir, ante los consejos de tu mamaíta?... Recuerda que durante los largos días en que no descubriste ni una arruga en el rostro, ni un defecto en el carácter de aquella mujer amada, te guardaste muy mucho de hacer el holocausto de tu amor. La verdad, hermano, es que eres un ser débil, un ser flotante, una mezcla de orgullo y de timidez, uno de esos hombres que querrían que sus deberes estuvieran siempre de acuerdo con sus deseos y que no saben ser ni de Dios ni del Demonio. Tu misma idea de independencia ¿qué es sino un egoísmo disfrazado con un bello ropaje de libre albedrío? Ten cuidado si no quieres sufrir haciendo sufrir, por falta de carácter»...

Recuerdo estas palabras, porque luego, en el transcurso de mi existencia, he tenido que repetírmelas más de una vez. Tal cual fuí en mi primer amor, he sido siempre. Pero entonces, en mi poca experiencia, siquiera, tenía la excusa de «no saber» y me figuraba que, con más años, habría podido tomar un rumbo menos flotante. ¡Ay! la experiencia no existe, la edad no enseña nada, los corazones sensibles son incurables, la flaqueza de ánimo es un mal crónico... Evocando la imagen de Edda, es un cortejo el que aparece ante mi vista. ¡Cuántas mujeres me han amado y han padecido por mi amor, y no por mi falta de amor, sino por falta de cordura en mi amor!...

Una noche, bajo el naranjo florido de nuestro patio, confié a mi madre los tormentos de mi alma. La hablé, como a una hermana, de soledad moral, de congojas solitarias, de cruel arrepentimiento...

Ella me escuchó en silencio, acariciando mis manos con las suyas. Luego, en voz muy baja, murmuró:

— Yo también tengo la conciencia intranquila... Yo también suelo, pasarme horas y horas sin dormir, preguntándome, si no he contribuído a cometer una injusticia... Yo no sé si hice mal en tratar de alejarte... A veces me digo que mi deber era ignorarlo todo y dejarte libre...

En la sombra, yo no veía el rostro de mi madre, no veía sus ojos. Pero sus manos ardientes y febriles, hacíanme sentir la profunda agitación de su corazón lleno de escrúpulos piadosos.

— Sabes — me dijo después de exhalar un largo suspiro — una tarde, estuve a punto de ir a verla para pedirla por Dios que renunciara a amarte, que te alejara, que te cerra a su puerta. Sentíame capaz de implorar, invocando la imagen de su hijo, el sacrificio de su capricho de mujer... Porque yo creía que no era sino un capricho de dama rica que se aburre y que quiere adornar su ocio con flores novelescas... Y como le creía buena en el fondo, figurábame que me habría concedido sin pena el favor que le pedía... No fuí, sin embargo, ...No fuí por no exponerme a representar el papel del señor Duval en la «Dama de las Camelias!... Y en vez de humillarme ante ella, corrí a postrarme a las plantas de la Virgen, para decirla: «Nuestra señora que estás en los cielos, tu que también fuiste madre, ten compasión de mí»...

— Ya ves que la tuvo — exclamé, estrechándola tiernamente en mis brazos.

— Sí — contestóme — de mi sí... Pero de la otra no... Por eso, ahora, queriendo lavarme de mis remordimientos rezo por ella... Todas las noches rezo por ella... le ruego a la Virgen que aclare su alma turbia, que la guíe hacía su hogar sin hacerla sufrir, que abra sus ojos maternales, que la salve del dolor...

La sublime debilidad de mi mamaíta, me dió fuerzas no s lo para sobreponerme a mis propias penas, sino para tratar de calmar las suyas. Convencido de que el único medio de curar su tristeza consistía en despojarme de la mía, mostréme desde entonces tranquilo, suave, casi alegre. Los libros, que comenzaban a interesarme, sirviéronme en parte para calmarme. Además, inconscientemente, instintivamente, puse en práctica el sistema de aturdirme, de huir de la soledad, de correr en pos de intrigas menudas, de buscar en satisfacciones de amor propio un bálsamo contra el amor, de embriagarme con la vida como después, en casos iguales, me he embriagado de vivo... E imponiendo silencio a mi conciencia, con la alegre complicidad de mi tío José que aun gozaba de la paz del corazón, me propuse recomenzar mi vida a la edad en que otros no la han comenzado todavía...

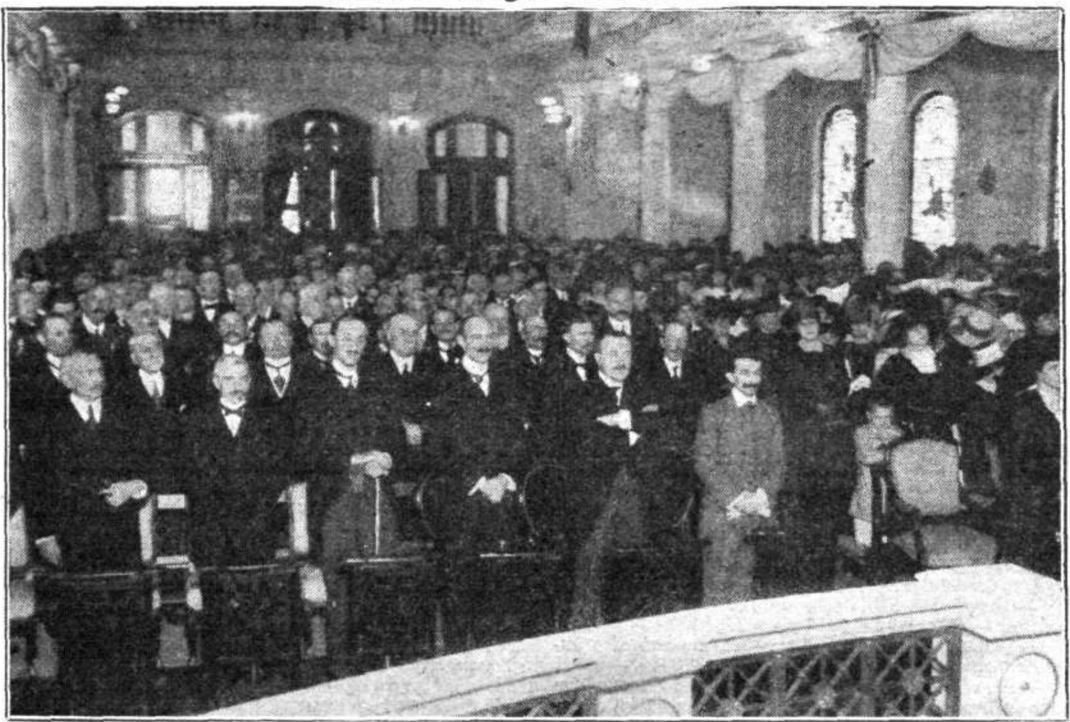
XII

PRIMERAS LECTURAS

Mi padre tenía por su biblioteca un cariño natural y una admiración exagerada. Todas sus obras parecíanle de primer orden y todas sus ediciones antiguas, antojábansele incunables. Yo conservo aún, como una reliquia, el catálogo que escribió mi madre para inventariar aquel tesoro y hoy me basta hojearlo para revivir, con dulce melancolía, las horas algo aburridas que, entre los diez y seis y los diez y siete años, pasé encerrado en la estancia clara y vasta que fué entonces, para mí, el templo de todas las ciencias humanas y divinas. Nótase, desde luego, que el autor de mis días era, por lo menos en sus lecturas, un hombre enemigo de la frivolidad y hasta de la fantasía. No había una sola novela ligera entre sus libros. La literatura imaginativa, estaba representada, para él, en el «Telémaco», en el «Quijote», en «El Gran Tacaño», en algunos dramas clásicos y en tres o cuatro «fabliaux» franceses de la Edad Media.

(Continuará.)

En el Colegio "La Salle"

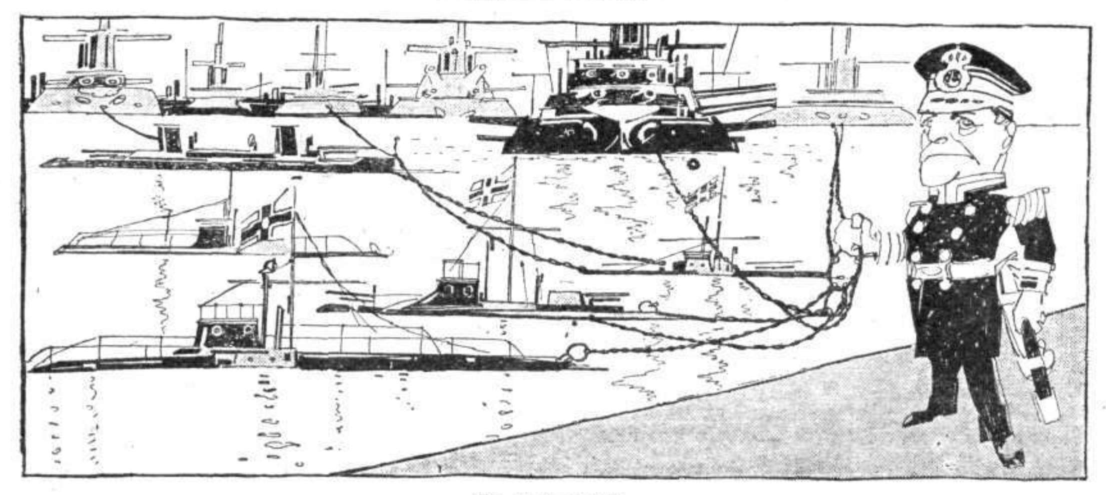


Ministros y representantes de los países aliados y la concurrencia que acudió a la Capilla del Colegio «La Salle», a escuchar el solemne Tedéum oficiado en acción de gracias por la liberación del suelo francés y el éxito aliado.

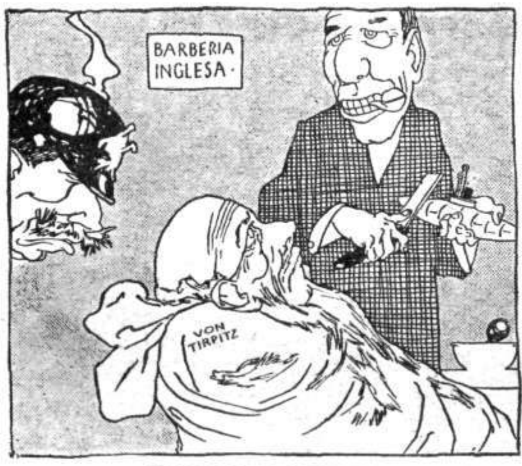
Homenaje a Italia

La gran manifestación organizada en la Boca, que recorrió varias calles de la misma, al llegar a la plaza Matheu, donde hablaron los señores: Leónidas Anastasi y Manuel Cristoforetti, por el comité argentino; Renato Cozzi, por la sociedad «Progenie de Italia»; Delfín Medina, como delegado del Comité Nacional de la Juventud, y Rogelio Bianchi, por el subcomité de la misma agrupación, cuyos discursos patrióticos enaltecieron la bril[illegible]

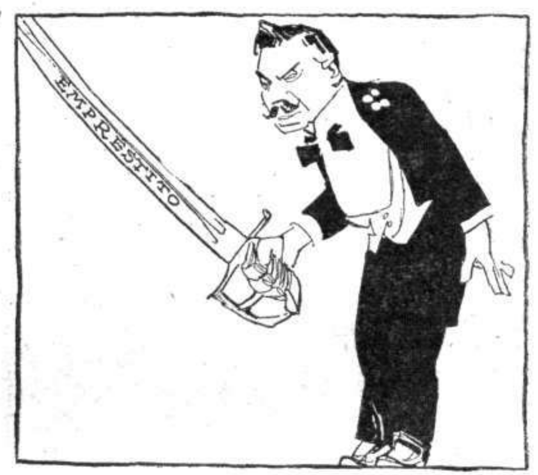
Emisión menor



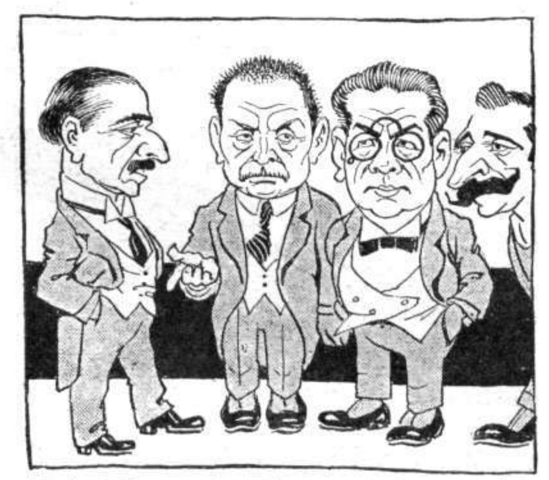
EL MAR LIBRE
Sir Beatty. — Pase el que quiera, que ya no muerden.



VON TIRPITZ AFEITADO
Cuando las barbas de tu vecino veas afeitar, pon el bigote a remojar.



Salaberry. — Estoy alarmado, porque si llega el desarme, ¿de qué arma me voy a valer para conseguir empréstitos?



Torello. — ¡Las cosas van mal!...
Salinas. — Va a ser cuestión de emigrar del país.
Pueyrredón. — ¡Efectivamente! Por eso voy a ver si consigo la Embajada de Norte América.
Gómez. — ¡Pienso lo mismo!



Llambías. — Puedo asegurarle a usted que las plagas han desaparecido. ¡Buenos Aires puede estar tranquilo!
— ¿Y usted?...

Dib. de Polimani.

De Rosario



El cónsul de Francia, señor Pollio, con los miembros de la colectividad francesa, que asistieron a la recepción que se les ofreció, celebrando el triunfo de las armas aliadas.



Personalidades de la colonia inglesa, que participaron del lunch servido en el «Comité Británico», festejando la rendición alemana.



El cónsul italiano, doctor Francisco De Velutis, rodeado por caracterizados miembros de la colectividad italiana, en la recepción efectuada con motivo del cumpleaños del rey Víctor Manuel III.



En reiteradas ocasiones he lamentado la indiferencia, la apatía, que imperaba en nuestro ambiente... los últimos acontecimientos han tenido el don de electrizar el espíritu del público porteño, y vivimos todavía, — debemos reconocerlo — con los nervios en tensión, vibrantes al primer estallido de entusiasmo popular.

Prueba de este estado de ánimo hemos dado en ocasión del reciente acontecimiento deportivo; en medio de aquel delirante clamoreo, vibraban, como aguda clarinada, los acentos femeninos; y... he de confesarlo, amigas mías. No *me resulta* esta nueva exteriorización de nuestros sentimientos, de nuestros entusiasmos... ¿dirán ustedes que tan magno acontecimiento justificaba tal estallido? La entrada del gran mariscal, cuyo nombre llena hoy el mundo, a la cabeza de sus ejércitos libertadores, no habría provocado mayor entusiasmo que el de aquellas cincuenta mil almas, aclamando al ídolo del momento, y cubriéndolo de flores.

Pero no estoy conforme, amigas mías, con la parte que han tomado tantas de las nuestras en la delirante ovación; decididamente, vivimos aún con los nervios en tensión, vibrantes al primer estallido de entusiasmo popular, e inconscientemente nos dejamos llevar sin analizar cuál es el sentimiento que provoca la más alta de las aprobaciones: la del espíritu femenino, mantenedor de todos los ideales... comprendo, y he compartido el ferviente entusiasmo de todas las que pudimos vivir esos minutos inolvidables, el arranque patriótico de una encantadora figura femenina, que vimos erguirse en uno de los balcones de nuestra gran avenida, y entonar con magnífica voz de soprano las vibrantes estrofas de La Marsellesa; se apoyaba la frágil silueta parisina en la bandera tricolor, y era para nosotras, las que la escuchábamos con intenso recogimiento, como la evocación de toda la Francia, heroica, sublime... en un momento como aquel, comprendo el estallido del entusiasmo femenino, aclamando a la gentil figura parisina, que lleva el apellido de uno de los generales de nuestro ejército unido al de aristocrático hogar de la vieja sociedad cordobesa... encarnaba aquella gentil figura, en tan solemne momento, el verdadero espíritu femenino, mantenedor de los más altos ideales; revivía esos minutos, amigas mías, y tal vez la sugestión del solemne cuadro influía para que me impresionara ingratamente la delirante ovación tributada por tan delicadas manos al ídolo popular; no faltó quien observara a mi lado, el aturdimiento de ciertas aristocráticas y entusiastas personitas, quienes, apoyadas en la valla que limita la pintoresca *pelouse*, estrechaban las manos de algún vecino desconocido, que bendecía el azar que le hacía compartir las efusiones de aquel momento memorable, con espectadoras tan atrayentes como liberales.

Y es que la liberalidad reina en estos momentos: en las maneras, en las actitudes, en el atavío... cualquiera diría que la moda retrocede de improviso casi un siglo; no me refiero a la *línea* ni al estilo de los trajes, pero sí a la transparencia de las telas elegidas, a la excesiva flexibilidad del talle femenino, que se independiza de toda traba: linones, organdís, muselinas, reinan en el sugestivo encanto de su colorido, de sus tejidos tenues, vaporosos; se exageran los escotes, se acortan las mangas de primaverales atavíos, y resulta que las elegantes mundanas, congregadas en la *pelouse* y tribunas del hipódromo, parecían haber elegido vaporosas *toilettes* de baile, para asistir al sonado acontecimiento deportivo.

No hay nada más caprichoso, sin duda, que las imposiciones de moda; la temporada del Odeón toca a su fin, y tratándose de las últimas noches correspondientes al abono, torneo tradicional de todas las elegancias, ha habido ocasión, en esta semana, en que pude anotar en los más lucidos palcos, *toilettes* sombrías, y hasta sombreros sumamente sobrios.

Transcurría la representación de una de las más interesantes obras del repertorio, en medio de la más absoluta frialdad; entre los coléricos desplantes de Séverin, y las iracundas, exageradas protestas de Mirval, — era un verdadero *duelo* de exageración entre ambos — se ahogaba la mansedumbre de Brulé... Convengamos en que esta vez era justificada la frialdad del público, que se desquitaba observando y detallando el espectáculo de la sala, a pesar de la obligada penumbra... Arrogante silueta femenina fué consagrada como la nota más interesante de esa noche: ocupaba un palco balcón de la ochava, y su lozana, proverbial belleza genuinamente criolla, era realzada por original y elegantísimo traje blanco y negro; la tradicional combinación de colores que no abandonó jamás la divina Diana de Poitiers... la falda de raso blanco plata, el corpiño de terciopelo negro, sobre el que fulguraba enorme broche de *strass*, y las elegantes caídas de terciopelo negro anudadas al talle flexible y arrogante a la vez, realzaban la armoniosa figura, que se destacaba en el palco balcón de la ochava.

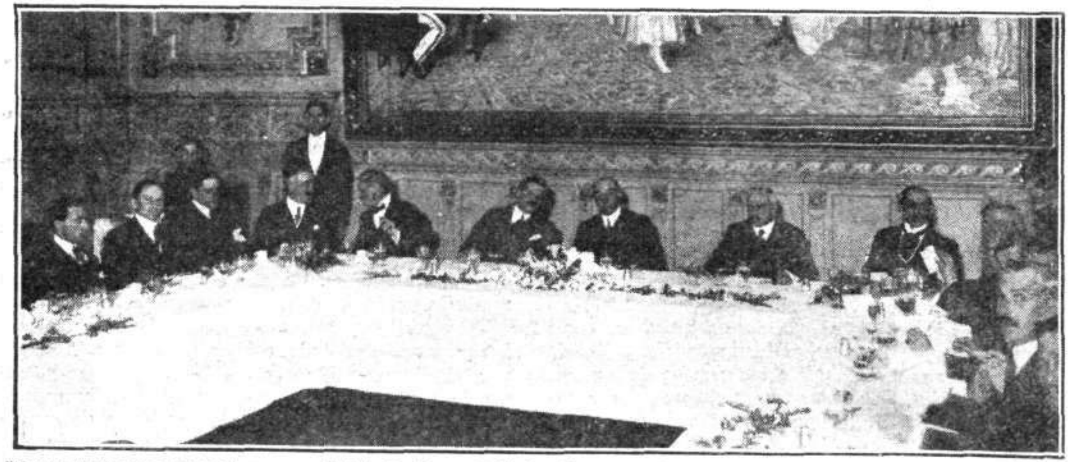
La temporada termina, y su público habitual parece fatigado ya de congregarse en la reducida sala; le atraen poderosamente las reuniones al aire libre, y hay quien asegura que en el mágico escenario de un parque de ensueño, han de organizarse nuevos e importantes acontecimientos artísticos; hay quien asegura también, que aquel cuadro maravilloso, sugestiona a todo espíritu que oculte allá, muy hondo, su nota de romanticismo...

Por eso fué, sin duda, que al caer de pronto el misterioso crepúsculo, después de una puesta de sol que pareció incendiar el vasto horizonte, se alejaron por frondosas avenidas muchas claras, gráciles siluetas... y mientras contemplaba desde elevada terraza el maravilloso e inolvidable espectáculo de aquella tarde que moría, y que algún susurro maligno mencionaba la complicidad de la hora y del paisaje, tan favorable a las claras siluetas que se alejaban, surgía en mi espíritu el recuerdo del romántico nocturno del poeta colombiano:

"Y mi sombra,
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola,
Iba sola por la estepa solitaria...
Tu sombra esbelta y ágil,
Fina y lánguida
Como aquella noche tibia de la muerta primavera,
Como aquella noche de murmullos, de perfumes y [músicas de alas,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella!
Unas sombras enlazadas...
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las [sombras de las almas!"

La dama duende.

Demostración



Cabecera de la mesa, en el almuerzo que le fué ofrecido en el «Club del Progreso», al doctor Américo Rodrigues Dos Santos, gerente del Lloyd Brasileiro, por un grupo de sus amigos.

Inauguración del 1.er Salón de Artes Decorativas



Miembros de la comisión directiva que organizó la Exposición de Artes Decorativas, y parte de la concurrencia que asistió al acto inaugural.

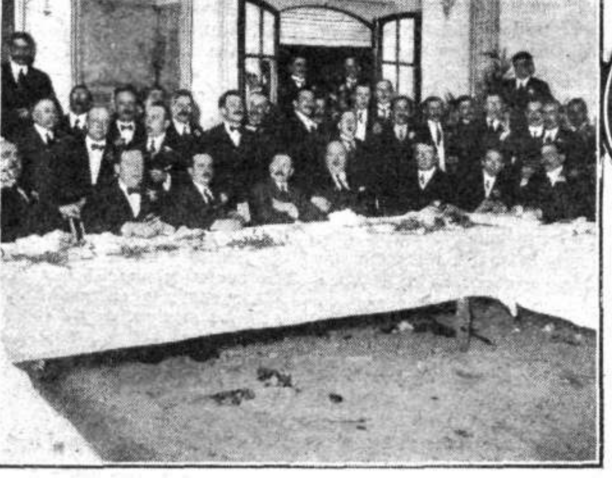
I. Medina Vera



Noticias llegadas recientemente de Europa, nos anuncian el fallecimiento de nuestro colaborador señor Inocencio Medina Vera, director artístico que fué del semanario argentino La «Semana Universal».

En su último viaje a España, le sorprendió la muerte; y al lamentar tan sensible pérdida, recordamos la eficaz colaboración con que siempre logró destacarse en las páginas de CARAS Y CARETAS y PLVS VLTRA.

En el "Hotel Mayo"



Demostración con que fué obsequiado el señor Antonio del Río por un grupo de sus amigos.

Arturo M. Mañé

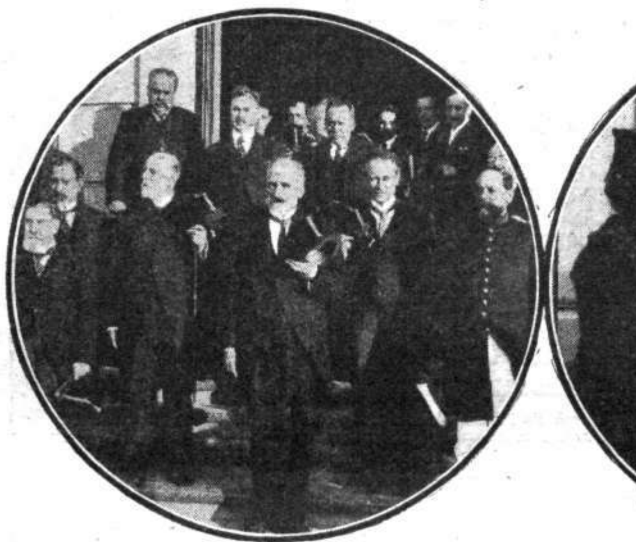


Escritor argentino, que ha sido objeto recientemente de una elocuente demostración, ofrecida por un distinguido núcleo de sus relaciones, con motivo de su nombramiento como secretario privado del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Honorio Pueyrredón, en ella pusieron de relieve los méritos personales que adornan al obsequiado los señores Félix de Madrid, Juan José Montes de Oca y otros señores.

De Montevideo



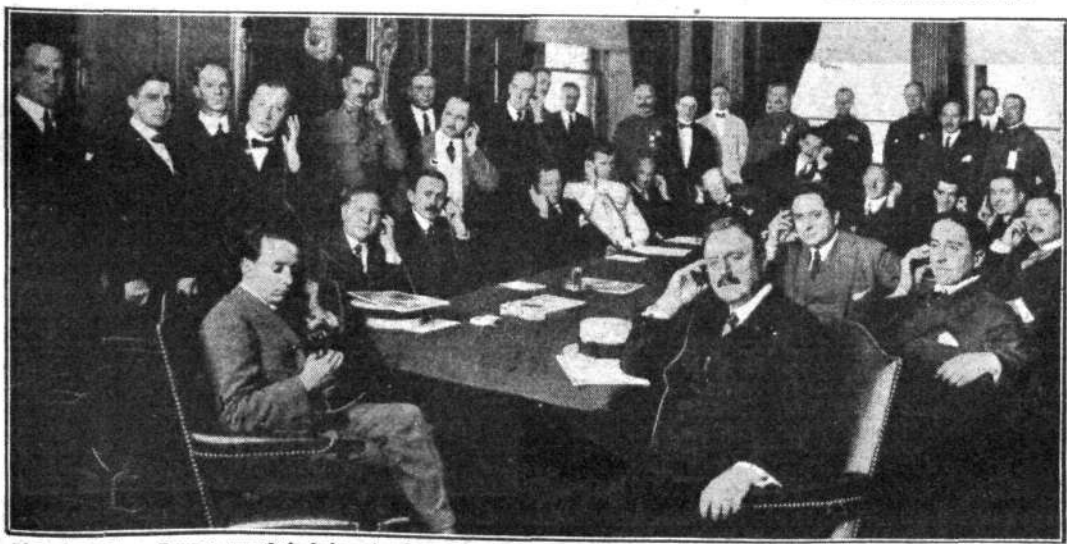
Banquete con que el comercio francés festejó la derrota de las fuerzas alemanas por las armas aliadas.



Los miembros de la Suprema Corte de Justicia saliendo de la Cárcel Correccional, después de la visita anual.



Damas que forman parte de la comisión del Patronato de Delincuentes, después de su visita hecha a la Cárcel de Mujeres.



El doctor Baltasar Brum acompañado de los miembros de la misión en los Estados Unidos, del alcalde de Nueva York y personalidades de la misma, saludando [illegible] uruguayo en la ciudad de San Francisco, distante 6.500 kilómetros.

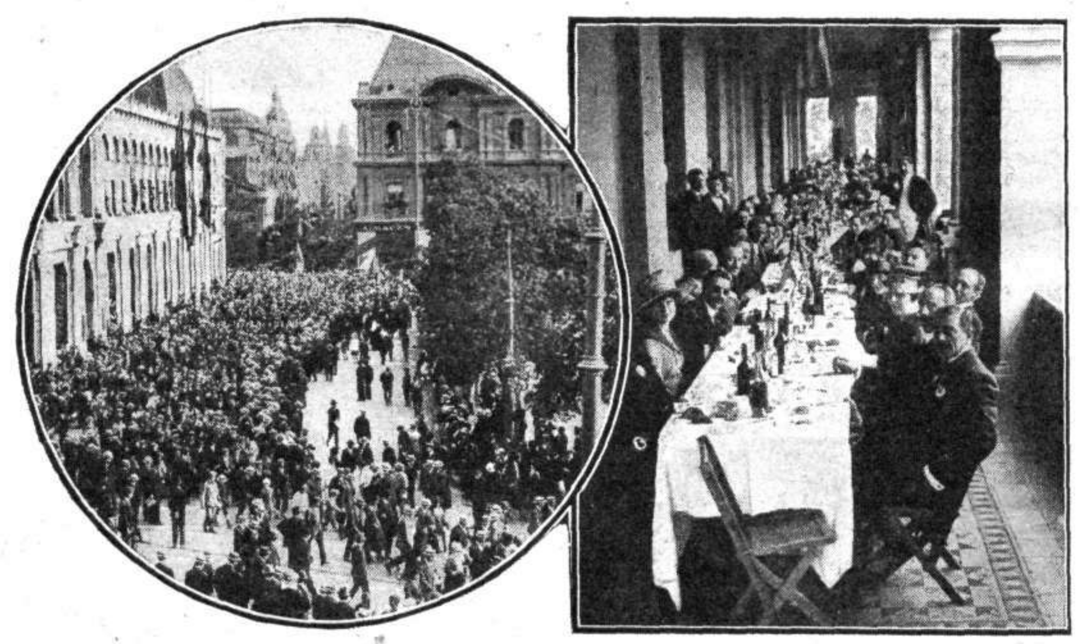
De Chile



La gran columna de manifestantes organizándose en la Alameda, para desfilar en homenaje a la gloriosa victoria de los aliados.



Banquete ofrecido por la colonia italiana al ministro de ese país, con motivo del triunfo de las armas peninsulares.



Una de las manifestaciones celebradas en honor de los países aliados, llegando a la plaza de Armas.

Almuerzo al que asistieron conocidas personas de esta sociedad, que tomaron parte en el «paperchasse» llevado a cabo en el Salto.



Un potrillo:

—¡Hay que verlo cómo trota!

Una yegua:

—¡Quien tuviera hijos así!

Un ex ganador:

—Es un caballo de nota.

Uno que siempre llega cola:

—Como él hay muchos aquí.

Un matungo:

—¡Viva nuestro compatriota!

El alazán de Moratín:

—Soy "un caballo alazano,
cubierto de galas y oro",
y al ver tu victoria, ufano,
con los demás digo a coro:
¡Salud, Botafogo, hermano!

El caballo de Troya:

—¡Oh, protegido de Juno,
tu raudo correr me espanta!

El caballo de Atila:

—Cuando me imita, oportuno,
en donde pone la planta
no vuelve a ganar ninguno.

Babieca:

—¿Quién con asombro no vió
como el espacio devora?
De él la Historia refirió:
Con quince corrió *en Zamora*
y a los quince los venció.

Un caballo árabe:

—Es invencible.

Un percherón:

—Lo es.

Una jaca:

—No hay nadie que le resista.

Un rival:

—Bueno. Veremos después.

Un centauro:

—Hoy es el rey de la pista.

Un caballo ruso:

—Es verdad.

Un caballo andaluz:

—Es cierto.

Un caballo inglés:

—Yes.

Bucéfalo:

—Marcan una fecha histórica
tus triunfos extraordinarios.

Pegaso:

—Con inspiración pletórica,
te aplaudo en nombre de varios
profesores de retórica.

Un padrillo:

—Quien se atreve en las carreras
contigo... ¡ese se va al tacho!

Un caballo anticuado:

—Al mismo rayo vencieras.

Un caballo moderno:

—¡Cómo corre! Es un despacho
inalámbrico.

Un mancarrón:

—De veras.

Rocinante:

—Bruto alígero y fogoso,
te creo a la par ahora
de mi jinete famoso
y digno de mi señora
Dulcinea del Toboso.

El caballo de Napoleón:

—Mereces la admiración
y el aplauso universal.
Yo, de todo corazón,
lo celebro. "A tout cheval
tout honneur".

El caballo de un lechero:

—Tiene razón.

Un caballo viejo:

—Nadie le imita y le aborda.
Quien tenga ese desahogo
sudará la gota gorda
y perderá.

El caballo de un profesor de idiomas:

—Botafogo
über alles.

El caballo de Salinas:

—Sursum corda.

Un caballo de pompas fúnebres:

—Admiro su frente altiva
y admiro su herrado callo
y su mirada expresiva.

Un petizo:

—¡Honor al supercaballo!

El caballo de un coche de alquiler:

—¡Botafogo en punta!... ¡Viva!

El caballo de Santiago:

—Allí viene. ¿No lo ven
como pasa a su rival
y le mira con desdén?

Un caballo de la policía:

—¡Bravo!

Un caballo del ejército:

—¡Bravo!

El caballo de un diplomático:

—¡Colosal!

El caballo de un periodista:

—Yo le envidio.

El periodista:

—Y yo también.

Luis García.

Dib. de Redondo.

Teatro infantil

Niños pequeños y grandes, gozando de la comicidad de los pequeños actores del Teatro Infantil Municipal, que representaron la preciosa comedia «Cara o Seca», en el anfiteatro del Parque Lezama. — Los niños de la compañía, en una de las escenas de la comedia.

Rogelio Juárez



Nuestro viejo y conocidísimo actor, que realiza su función de beneficio en el San Martín, el lunes 2 de diciembre, con un programa como sólo él sabe prepararlo.

Final del Campeonato Argentino de Football



«Newell's Old Boys», forzando un corner en el partido que por el final del campeonato jugó en el field del «Club Gimnasia y Esgrima» contra el equipo del «Racing», quien resultó ganador por 4 goals a 0.



Team del «Club Racing»: M. Crocce; R. Castagnola y A. Reyes; A. Ohaco, A. Marcovecchio y E. Machiavello; N. Perinetti, A. Zavaleta, N. Vivaldo, J. Hospital y J. N. Hospital; el referee que dirigió el match, señor Palma y el linesman, señor Capdevila.



Equipo de «Newell's Old Boys»: J. Airaldi; B. Monserrat y A. Celli; A. Grenón, E. Celli y C. Biotta; J. Libonatti, S. Juanto, A. Badalini, B. Saruppo y J. Francia.



FIGURAS DE ACTUALIDAD,

POR ÁLVAREZ

Dr. Rodrigues Alves

PRESIDENTE DEL BRASIL

Por segunda vez ocupa la más alta magistratura de su patria. El país hermano puede enorgullecerse de tener en la presidencia a un estadista de los méritos del doctor Rodrigues Alves, querido de sus compatriotas y respetado por todo el mundo.

CHISPAS DE LA GUERRA

Era un tren de fugitivos belgas. Hacinados, con las caras todavía de espanto o de sufrimiento, semidesnudos, cubiertos algunos con ropas de cama, habíanse trepado a los vagones que parecían huir desde la aldea próxima, ya en llamas, que delataban la presencia de los alemanes. Entre ellos un hombre de alta estatura descendió al andén rápidamente, arrastrando, asidas por las manos, dos niñitas. Sus ojos denotaban el extravío, y sus labios se abrían con palabras entrecortadas.

Me acerqué a ese hombre que así mostraba su desesperación. Sin duda mi actitud se le ocurrió amistosa. Y con esa necesidad de expansión que tienen los grandes dolores, dijo:

—He perdido a mi hijo, señor. He perdido a mi hijo...

—¿Cómo?

—Sí; lo he perdido. Salí con los tres cuando el tren amenazaba partir. Mi casa—y sonrió cruelmente—está cerca de la estación. En ésta todo eran voces, carreras, llantos. El niño, que caminaba delante, me fué cortado por los grupos desesperados. Creí que hubiese subido al tren. Subí yo también. Nos pusimos en marcha. Lo he buscado por todo el convoy. No viene; ha quedado allá. Tiene 8 años. ¡Cómo he podido hacer esto, Dios mío! ¡Cómo he podido aturdirme así!

Y el hombre me dejó para correr hacia un empleado de ferrocarriles. Lo seguí con la vista. Las niñas apenas podían continuar a su lado, unas veces corriendo y otras levantadas en alto por las manos agitadas por aquella desesperación incontenible. El empleado le escuchó, con la cara en que se le había estereotipado la estupefacción que le venían produciendo la serie de sucesos y emociones que estaban, sin duda, fuera de su capacidad moral é intelectiva.



* * *

Todos los días en la mesa del restaurant para obreros, donde comía, contaba el joven su desgracia. Cuando terminó su servicio militar puso todo su empeño porque lo declararan inútil a causa de un entorpecimiento sobrevenido a su brazo izquierdo, efectuando ejercicios con su ametralladora. Y a la narración seguía una serie de interjecciones mezcladas con lamentos. A más, no podía vivir en París. Hombres y mujeres le preguntaban sonriendo irónicamente por qué no estaba en el frente. Y terminaba: si no me admiten en la primera revisión, me presentaré en mi regimiento sin que me manden.

Una mañana entró radiante.

—Pago el vino de toda la mesa; doble ración, patrona de mis amores.

—Diez y seis ojos le interrogaron.

—¡Apto para el servicio!, exclamaba, agitando un papel: ¡Apto para el servicio! Ya veré como se baten los compañeros, y sabré si esos... alemanes avanzan tan en masa como cuentan.

Pocos meses después ensombreció la mesa del pequeño restaurant la noticia de la muerte del bravo artillero. Cayó al pie de su máquina de guerra durante la tarea de contener la masa teutónica, que hizo retroceder para siempre espíritus como el suyo.

* * *

Era el 2 de agosto del año catorce, y la marcha de los regimientos hacia la frontera estremecía a París. Penetré a uno de los grandes locales en que se reunían por batallones. Los trenes se sucedían a cortos intervalos. El gran portón guardado por centinelas dejaba penetrar a los miembros de familia de los que partían. Una deferencia especial me abrió también el paso. El amplio patio se llenaba de pequeños grupos. Padres, esposas, novias, amigos, todos los afectos y sentimientos que ligan se reunían allí para manifestarse en sus debilidades y energías. Con los ojos humedecidos por las emociones que se repetían y variaban en cada instante, admirando el estoicismo de unos, la ternura de los otros, volví hacia la gran puerta. En ese instante un anciano, el abuelo, arrancaba de los brazos de su padre a dos niñitos azorados ante aquellas escenas que ellos no comprendían. Con un impulso casi violento, el padre los dejó partir. Ya iba el anciano a perderse entre la multitud de curiosos estacionados en la vereda y en la calle, cuando el joven soldado lo alcanzó con esta frase:

—¡Papá, cuidadlos; conservad la raza!

Me alejé turbado por la honda expresión de ese deseo que era tal vez individual, pero que se ha hecho el sentimiento universal; conservar la raza de Francia, el exponente más alto de las virtudes y calidades humanas.

* * *

En la ancha vereda de un café de los bulevares hormigueaba la gente una tarde fría de enero. Tomó puesto en una de las mesas una mujer severamente vestida en cuyo rostro se marcaba una gran tristeza resignada. Un instante después se sentó a su lado un joven soldado. Ella animó su rostro para sonreirle tiernamente como sólo sonríen las madres a sus hijos que sufren.

Pasó un oficial atildado y correctísimo dentro de un uniforme impecable, que alejaba la idea de los servicios en campaña. El buen público no miraba con afecto a esos jóvenes refugiados en las oficinas de los ministerios.

El oficial miró duramente al soldado, que permaneció inmóvil. Algo como la ira enrojeció levemente su semblante. Avanzó dos pasos.

—¿Por qué no me saluda?

El soldado se puso de pie. Agitó las mangas vacías con un movimiento de su pecho, y respondió suavemente.

—Mi teniente, porque no tengo brazos.

Un murmullo airado de los que escuchaban se dejó oir en el acto. El oficial se retiró apresurando el paso. Cuando cruzaba frente a las últimas mesas, se mezclaban silbidos a los primeros murmullos.

JULIO LLANOS.

Dib. de Martínez Jerez.

Un juicio histórico

"El viejito del agua"

¿Quién no lo conoce en Catamarca? Hace cuarenta años que llegó del lejano Andalgalá — la región de los vinos añejos y del dulce de membrillo — para pedir a las autoridades superiores de la provincia la restitución de sus derechos; y hace cuarenta y tantos años que peregrina de Andalgalá a esta Capital y de esta Capital a Andalgalá, sin conseguir nada...

Es una verdadera odisea la historia de este viejecito octogenario, diminuto y encorvado, que siendo dueño de una fortuna vive en la miseria... Pero a pesar de sus años y de las amargas decepciones de su espíritu, «el viejito del agua», como el fantasma de la justicia, o como una aparición de ultratumba, recorre con frecuencia el camino de los tribunales a la Casa de Gobierno, donde hace largas antesalas inútilmente.

Lo he visitado, a poco, en su modesta casita del barrio de Santa Rosa, en los suburbios de esta ciudad, donde vive en compañía de una familia numerosa.



José Carrizo (a) «El viejito del agua».

Me ha contado su historia, una historia bien triste.

José Carrizo, tal es el nombre de «el viejito del agua», vive de la caridad pública. Lo poco que ha tenido se lo llevaron procuradores y escribanos. Pero, leamos su odisea a través de las amarillentas fojas del expediente, donde están los documentos irrefutables que acreditan sus derechos. Hemos de sintetizar, porque sería largo trascribir los escritos, autos, sentencias y decretos que contiene; todos interesantes y que dan la impresión exacta de lo que era en otros años la justicia provinciana...

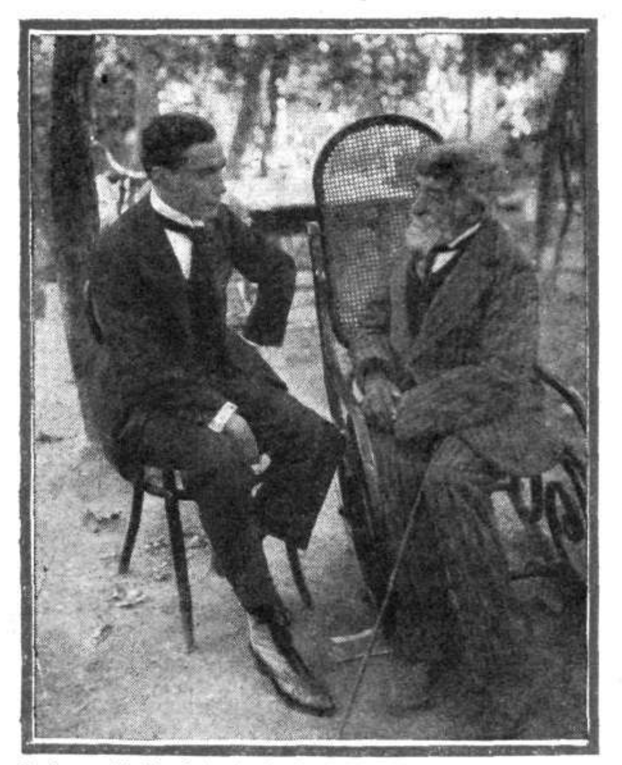
En mayo 31 de 1882, el Juez de Andalgalá, señor José Santerbas — ante los testigos Luis F. Reto y Aurelio Sánchez, dicta el siguiente fallo: «Por estos fundamentos fallo definitivamente juzgando: Que ha lugar a la garantía de evicción pedida por José y Angela Carrizo y don Teléforo Ruiz contra sus coherederos, doña Cruz Goitea, don Manuel Correa y los herederos de doña Casilda Goitea y don Pedro Nolasco Ponce. Hágase saber a los solicitantes y a los estrados del Tribunal, con testigos.»

El 7 de junio del mismo año, el juez declara ejecutoriada la sentencia de mayo 31.

Seguidamente los interesados piden el cumplimiento de la sentencia. El 9 de noviembre el juez decreta se dé posesión del agua, previa citación de los demás interesados. El 20 del mismo mes, las partes conforme con la resolución del juez, reconocen los tres días de agua reclamada por Carrizo.

A partir de esta fecha, Carrizo reclama inútilmente el cumplimiento de la sentencia,

La providencia judicial que manda poner en posesión del agua al viejito Carrizo.



Carrizo, contándole al director de «La Ley», señor Angel S. Ponferrada, sus peregrinaciones en busca de justicia.

hasta que cansado de implorar justicia durante *diez y ocho años* resuelve trasladarse a la Capital de la provincia, presentando al Ministro general de gobierno una reclamación. La nota pasa a informe del Departamento de Irrigación, quien manifiesta que «es cierto lo expuesto por don José Carrizo, según consta del expediente adjunto», pero que habiéndose ordenado a la comisión de riego de Andalgalá que dé cumplimiento a la sentencia, dicha comisión renunció, sin que se haya podido conseguir su reorganización. Agrega, que «mientras no haya autoridades del ramo no encuentra cuál sea el procedimiento que pueda seguirse con éxito».

El Ministro resuelve entonces que se pase vista al interesado para que en el término de tres días indique una persona idónea para cometer la diligencia. Se designa a don Gregorio Rivera, quien se trasladó a Andalgalá en septiembre de 1890, munido de todos los poderes legales. Como primera providencia Rivera pasa una nota al comisario preguntándole si estaba dispuesto a prestarle su concurso para el cumplimiento de su cometido. El comisario, don Telésforo Ruiz, contesta observando la sentencia, que considera injusta, y termina su comunicación así: «...pero si a pesar de estos inconvenientes que los conocen, cree estar en su derecho para proceder puede hacerlo partiendo del principio y persuadido de que los opositores deben tener sus razones y no sea como usted cree que lo hacen por estorbar simplemente el lleno de su cometido».

A pesar de toda la buena voluntad del comisionado Rivera, resultó imposible el cumplimiento de su misión por no encontrar el apoyo necesario de la policía, comprometida con los interesados en que no se haga el reparto del agua.

Desde esta fecha, Carrizo realiza innumerables viajes de Andalgalá a Catamarca, recorriendo tres días de camino a lomo de mula, por las sierras. Una nueva reclamación al Ministro de gobierno, nuevo informe del Departamento de Irrigación y el expediente pasa al Fiscal de Estado quien se expide manifestando que la sentencia debe cumplirse, restituyendo a Carrizo en sus derechos.

Luego el asunto pasa a la Corte y de ahí vuelve al ministerio y nuevamente al Fiscal. El Departamento de Irrigación produce nuevos informes aconsejando se haga dar cumplimiento a las órdenes del gobierno «por la fuerza» a fin de que no sean burladas por los «caudillos» interesados de Andalgalá. Pero todo es inútil; los comisionados van y vuelven con el mismo resultado: no esposible terminar el cometido.

Carrizo con una paciencia evangélica, insiste, insiste siempre. A cada nuevo gobierno, nueva reclamación. Llegan de Buenos Aires, una, dos y más intervenciones federales y a todas se presenta, pero el expediente se archiva por ahí y no hay quien le dé curso.

En 1900, en el primer año de gobierno del doctor Correa, el ministerio de gobierno produce un decreto ordenando en términos enérgicos se entregue a Carrizo el agua que reclama. De Andalgalá llegan comunicados, y pocos días después sin ninguna otra providencia el expediente consigna una nueva resolución del gobierno, declarándose incompetente para entender en el asunto.

Las precedentes líneas las escribí hace dos años, con el propósito de enviarlas a Caras y Caretas, pero no sé qué circunstancias hicieron que estas notas se me extraviaran.

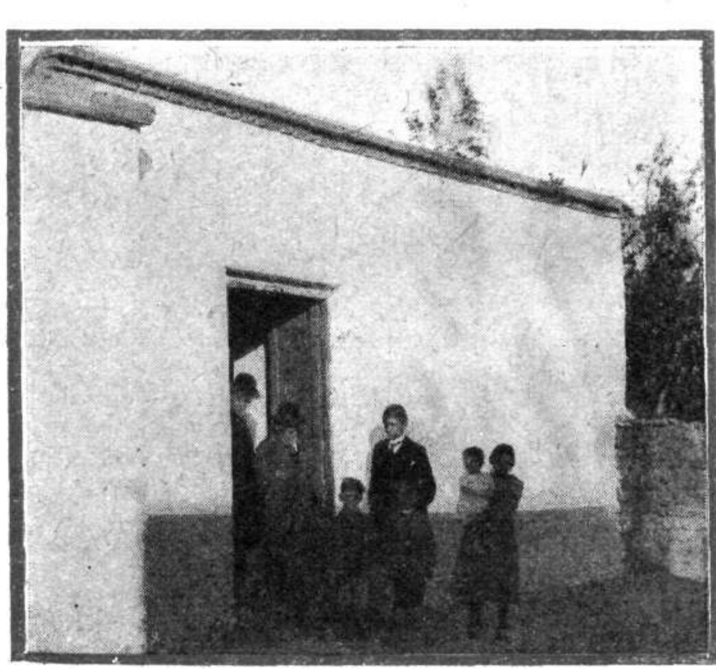
Revolviendo unos papeles las encontré el otro día, y no pensaba exhumarlas, cuando una casualidad me hizo tropezar ayer, en la Casa de Gobierno, con el «viejito del agua», quien con su voz temblorosa me reclamó el ejemplar de esta Revista, donde, según lo había prometido, dejaríase constancia de su «peregrinación» por la vida...

Carrizo ha vuelto con una nueva nota ante el interventor, doctor Fabio López García. Como siempre, su fe en que llegará la hora de la justicia, es inquebrantable.

— Por fin — explica — creo que se me hará justicia. Dicen que el señor Interventor es juez en Buenos Aires, donde se cumplen las sentencias. Y además, el Presidente, doctor Irigoyen, cuando lo designó su representante le ha dicho: « vaya usted a Catamarca y haga justicia». Y por eso yo la espero...

Angel S. Ponferrada.

Catamarca, noviembre de 1918.



Casa que habita, en Catamarca, el viejito Carrizo.

UNA MUJER

La tarde era límpida y clara, una espléndida tarde de primavera, el Hipódromo hallábase repleto como en los grandes clásicos; Alfredo Aldáñez vagabundeaba en busca de alguna cara conocida. De pronto absorbióle completamente la atención una joven rubia, de porte elegante y sumamente simpática; indagó entre sus amigos por si había alguno que conociese a esa incógnita desconocida, pero ninguno supo decirle nada al respecto; nadie sabía de dónde venía ni a dónde se dirigía...

Desde ese momento se despertó en Alfredo una, diremos devoción, por aquella mujer que veía por primera vez en su vida, y el discípulo de Leopardi se desarrolló plenamente, el espíritu del maestro volvió a tomar posesión del tan sensible muchacho. Continuó toda la tarde, sin perder de vista a la desconocida joven que habíale cautivado desde el primer momento; a la hora final, cuando se tocó retirada, Alfredo ordenó a su «chauffeur» que siguiese de cerca el auto de «ella»; pero al poco andar, éste perdióse entre el tráfago inmenso de vehículos que a esa hora llenan la Avenida.

Nuestro joven no desesperó al ver su fracaso en esta primera tentativa; «si la hubiese hablado», pensó, pero ya todo pertenecía al pasado, otro día sería. Siguió frecuentando el Hipódromo con la esperanza de hallarla otra vez, pero infructuosamente, no la volvió a encontrar nunca, habíase esfumado.

El tiempo siguió implacable su curso y Alfredo fué poco a poco olvidándose; llegó un día que hasta podía decirse que ya no se acordaba más de ese episodio de su vida elegante. Pero, he aquí que, en una fiesta del «Savoy», encontró a su incógnita rubia y entonces todo su olvido se disipó y volvió a ser el mismo de antes; se propuso no dejar pasar esta oportunidad que se le presentaba y hablarla por todos los medios; al fin consiguió ser presentado y después de conversar sobre motivos triviales, ella comprometióle varias piezas del baile. Si Alfredo creíase enamorado al comenzar la fiesta, al terminar ésta no lo estaba menos. ¡Qué trato exquisito! ¡Qué conversación amable! ¡Qué chica inteligente! ¡Qué!... en fin todo.

Supo que llamábase Lucy, que era muy amante de las artes y las letras; éstas últimas las cultivaba con entusiasmo; amaba los buenos versos, y al parecer creía en el amor. Alfredo estaba encantado; esa era su mujer ideal, esas eran sus mismas inclinaciones y todas reunidas en una chica adorable, ¿qué más podía pedir?

Esa misma noche, en un intervalo de la danza, invitó a su rubia pareja al buffet, y poniendo entre sus labios toda su alma, vertió en los oídos de ella las dulces frases que, como una divina canción, brotáronle del fondo del corazón; el poeta madrigalizó en esas palabras todo su amor hacia esa criatura que habíalo impresionado tan fuertemente; y entre el rumor confuso de la orquesta y las risas, un oído perspicaz hubiese oído cuando los labios de ella musitaron un sí tan tenue y suave como el aleteo de un pajarillo, como el perfume de una rosa.

Los días subsiguientes encontráronse por las tardes en el bosque y al arrullo de la melodiosa arpa del follaje, que al beso de la brisa murmuraba una canción de amor, con el canto de los alegres pajarillos, y lejos del ruido del centro, se dijeron frases dulces, se idealizaron y vivieron en esas horas los más deliciosos instantes de su vida... Fueron felices.

....

La melancolía de un día gris lo invadía todo, los cristales se empañaban con la fina garúa que caía lentamente, como un sudario, enlodando las calles y llenando de tristeza la gran metrópoli. Alfredo hallábase recostado sobre un «chaise», hojeando al desgano las bellas páginas de uno de sus favoritos: Rubén. La luz azul-pizarra de la tarde imprimía un tinte casi opaco al aposento; en ese instante el teléfono sonó su campanilla, Alfredo descolgó el tubo y escuchó; quien hablaba era Lucy, su novia, que lo citaba para el otro día por la tarde:

— No faltes — le decía, — hace tanto tiempo que no te veo, desde ayer sin verte, ven mañana; si faltas me enojaré para siempre contigo.

— Por nada del mundo dejaré de ir, querida. — Y colgó el tubo.

Despues entornó los ojos y quedóse pensativo. ¡Era tan linda su novia! ¡La quería tanto! ¡Era tan dichoso al lado de ella, los instantes que pasaba con ella eran deliciosos! Al poco rato se levantó y sentándose frente a su escritorio, tomó en sus manos un retrato de ella, que lo adornaba, y después de contemplarlo un rato, agarró la pluma y comenzó a verter sobre la inmaculada hoja toda la inspiración de su alma de poeta en los catorce versos de un soneto que tituló «Lucy» y que después calificó como el mejor que había producido. La tarde tocaba a su fin y en la semi-penumbra de la habitación, Alfredo soñaba... hasta que la noche lo invadió completamente en su negro manto.

Al otro día llegó a la cita algo adelantado, como de costumbre; los minutos que tuvo que aguardar le parecieron siglos; la tarde era espléndida, ¡qué diferencia de la del día anterior! Por fin un reloj cercano dió la hora, y Alfredo se dió a escudriñar por los cuatro puntos cardinales en busca de la tan conocida silueta. A los pocos instantes la vió llegar por una de las enarenadas sendas del parque; se adelantó y estrechó entre las suyas las manos de su novia. Esta, adoptando un aire de seriedad, díjole, mientras lo invitaba a tomar asiento

— Vea, Alfredo, usted me considerará tal vez una loca, tal vez una frívola, una coqueta, sin juicio ni seriedad, acusándome de haber pretendido



jugar con sus buenos sentimientos; todo lo contrario. Le soy franca; he coqueteado quizás un poco, pero en medio de todo esto, el único hombre que verdaderamente me ha impresionado seriamente, ha sido usted y créame que al no aceptarlo, no aceptaré a ningún otro; sé que esto no es un consuelo para usted, pero el tiempo se encargará de borrar en su memoria el recuerdo de esta aventura. Siento en el alma el tiempo que le he hecho perder y el mal que pueda haberle causado, pero no quiero engañarle, no lo quiero como debería quererlo para continuar mis relaciones con usted, y es por eso por lo que quiero terminar esto desde ahora.

La mayor parte de las palabras él no las oyó; la miró en los ojos y después de un rato, dijo:

— Lucy, usted no me dice la verdad, usted miente; leo en sus ojos que no es cierto, y no comprendo porqué me lo oculta; dígame la causa, sea buena y valiente, si no me quiere ahora, no importa, me conformo; queriéndome un poco, como dice, más adelante podría quererme, ese no es un obstáculo; mientras que así me mata todas las esperanzas.

— La verdad es esa, aunque existe otro factor para mí importante; yo no sé si sabrá que yo he sido siempre una escéptica respecto al amor; ahora bien: yo me he trazado hace tiempo ya, el camino de no aceptar a ningún hombre para no dar cuerpo a ese sentimiento que no he dejado de reconocer que existe, pero eso sí, de una manera falsa. Hace algún tiempo comencé a notar que en mis relaciones con usted había un mucho más que una vulgar simpatía, y es por esto por lo que he decidido retirarme antes que fuese tarde.

Alfredo argumentó todo lo que su anonadamiento le permitió. Dijo que esos caminos son fruto del cerebro, que el sentimiento destruye al pensamiento, que el primero es teoría y el segundo un hecho, etc., pero fué inútil, la resolución de ella estaba tomada y lo único que contestó a las preguntas de él fué lo siguiente:

— Sí, espere; con el tiempo podrá ser; yo ahora no puedo hacer nada; si me violentase podría continuar; pero si no lo quiero.

— Tiene razón, esperaré.

Y se despidieron.

El quedóse pensando; el mundo daba mil vueltas alrededor de su cabeza; en el fondo de su alma habíase abierto una herida y por primera vez sintió al dolor de las punzantes espinas del amor, ganas de llorar. Pensó mucho esa tarde, dió mil vueltas a las palabras de ella, buscando la causa de esa resolución tan brusca; dos días antes demostraba que lo quería y ahora le salía con esa resolución basada en unas razones algo pobres en verdad, que recién comenzaba a poder refutar; pero ya era tarde y trató de resignarse, aunque no pudo borrar del cerebro la idea de que le había mentido. El sabía que no tenía rivales, en eso le creía; pero, ¿por qué le mentía? Y al hacerse esta pregunta, otra vez volvía a sumirse en el dédalo de conjeturas, sin encontrar la solución.

Por unos instantes dióle la razón a Schopenhauer, pero al fin desechó esos pensamientos, porque ella no era mala, al contrario, si había procedido así tendría sus razones, aunque le dolía en el alma la desconfianza para confiarle la verdad; tal vez habría posibilidad de un arreglo, mientras que así, una increíble cobardía había deshecho quizás para siempre sus bellos sueños de un día.

La tarde iba tocando a su fin, el ocaso se coloreaba de un color rojo violáceo que teñía las cosas y la naturaleza de un tinte que a él se le antojaba tétrico, y pensó con desprecio del mundo y al fin de cavilar se dijo: algún día puede que sepa la verdad de todo esto, aunque tal vez será tarde, pero la sabré; y así monologando, se perdió entre las primeras sombras.

Desde ese día trató de encontrarse lo menos posible con esa mujer que había hecho nacer en su alma el amor, en su alma todavía virgen de ese sublime sentimiento; y que de esa manera tan inexplicable, acababa de matarlo. Muchas veces recordó las primeras y las últimas palabras de ella, cada vez al analizar las razones que habíale dado, hundíase más en el laberinto de confusiones a donde lo había llevado esa rara psicología femenina; y tratando de tranquilizar su espíritu atribulado, resumió todas sus conjeturas en este solo verbo: Esperar.

JUAN J. SANTAMARÍA.

1918.

Dib. de Sirio.





A UNA MIRADA

¿De dónde vienes, di, mirada llena
de tristes y de cálidos reflejos?
Y, ¿cómo si un cerebro te encadena
me llegas de tan hondo y de tan lejos?...

¿De qué cielo de amor y de ternura
hasta los ojos tu fulgor desciende?
¿De qué país de ensueño la espesura
cruzas? ¿Cuál es el astro que te enciende?...

¿De dónde vienes, di; lenta mirada
más suave que de otoño un suave día?
Y, ¿cómo por un beso iluminada
pareces más lejana todavía?...

ALEJANDRO INZAURRAGA

A SARRASQUETA LE AGARRA LA PANDEMIA



Sarrasqueta, después de haber descubierto el microbio del garrotín y el bacilo de Pfeiffer o de la gripe, y su profilaxia, cayó víctima de la terrible enfermedad



¡No se explica el caso! Ha buscado en el diccionario el significado de la palabra Pandemia y dice: "Anemia por falta de pan", y a él aun le sobra el mendrugo del banquete.



No llama al doctor porque entonces son dos peligros, uno el de la pandemia, y el otro el de don Pantaleón, su médico, que todo lo cura alcoholizando al enfermo con inyecciones.



Llama a su enfermera, doña Pancracia, que conoce mucho la pandemia a fuerza de curar griposas, la que le receta canela a todo pasto, en alcohol sin desnaturalizar.



No sabe cómo emplear el alcohol, si metiéndose él dentro de un frasco de aguardiente, o introduciendo el aguardiente del frasco dentro de su estómago.



Pide le traigan junto al pandémico lecho a la célebre bailarina La Gripal, por que dicen que sus bailes son canela pura y embriagadora.



Para combatir la debilidad, se desayuna con chocolate a la vainilla y bizcochos a la canela, almuerza tortilla alcoholizada al ron y arroz con leche rociado con mucha canela.



Después del almuerzo, juega con un perrito color canela, y le besa las orejas por ser esto muy higiénico y entrar en la profilaxis contra la pandemia.



El alcohol, la canela y la fuerte impresión que le causó la sensacional derrota de Botafogo, le hacen saltar de la cama, y queda, al fin, completamente desempandemiado.

Dib. de Redondo.

¡NO HAY DERECHO!

Estoy indignado
señor Director,
y el caso le expongo
con justa razón.
Yo que soy un roble;
que nunca empañó
mis cuerdas vocales
la maldita tos;
que un leve resfrío
jamás me atacó;
que tengo buen diente
y como por dos
y fumo por cuatro
y tomo *pernó*



y bebo cerveza
de la de Francfort
y café de Río
y coñac y ron;
que voy al teatro,
que a los bailes voy
y paseo en auto
por la población;
que voy al Rosario
(y a misa mayor)
y a Camilo Crotto
la mano le doy...
No sé que me pasa
que aburrido estoy
y a esto *no hay derecho*
señor Director.
¿Por qué? Por la grippe
que se nos coló



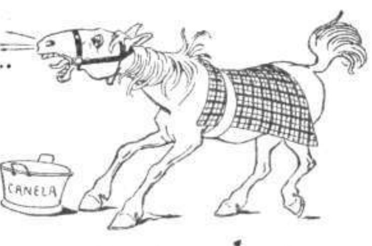
y tiene asustada
a la población.
Y adiós diversiones...
¡todo se acabó!
Mi *chofer* enfermo,
mi criado Thom,
también con la *gripe*



ayer se sintió;
y el portero, un hombre
ya de edad mayor
a ver a su abuela
anoche marchó,
pues está *engripada*...
con tan fuerte tos
que... *que no hay derecho!*...
señor Director.
¿Y mi cocinera?...
Vasca como dos,
más sana y más fuerte
que un guarda-cantón,
se marchó a su casa,



porque le avisó
ayer su marido
que la *gripp* le dió.
Me quedaba, sólo,
la satisfacción
de que mi mucama,
que es muy *comilfó*,
aun se hallaba incólume,
pero se marchó
por miedo al contagio,
y esto fué peor.
A un teatro fuíme
a ver la función
y lo hallé cerrado
por causa mayor.
Me fuí al Coliseo...
también se cerró.
Me acordé del circo,
fuí a ver a Franc-Brown
y hasta los caballos
estaban con tos,
Y a esto *no hay derecho*
señor Director.
No hallé autos ni coches
¡maldita infección!...
ni un cinematógrafo
ni un *concert!*... Ni Dios!
Fuí a casa aburrido,
me asomé al balcón
lancé un estornudo
y sentí un dolor.
¡La *gripe;* — me dije:
fuí a ver a un doctor...
¡Estaba en la cama
y me recibió!
Me miró la lengua,
consultó el reloj
para ver los golpes
de mi pulsación,
y dijo: — No es nada.
— ¿Pero este dolor?...
— Eso es chico-pleito...
No tenga aprensión.
Y el hombre tosía
y entre tos y tos,
me dijo: — ¡Qué malo...



qué malo que estoy!...
— Serán aprensiones.
— ¿Aprensiones? No.
Yo tengo la *gripe*,
tengo esa infección...
Y a usted, tal vez ahora
contagiando estoy.
Salí disparando,
me ahogaba la tos,
me metí en la cama
con un susto atroz,
tose que te tose
señor Director.
Con cuarenta grados
delirando estoy,
tomando quinina
y aceite castor.
Yo que he sido un roble,
señor Director,
estoy *engripado*,
y es tal mi obsesión,



que busco asonantes
que acaben en o,
y a esto *no hay derecho*,
señor Director!

ENRIQUE E. VIDAL.

Dib. de Redondo.

Las fiestas de la colectividad británica

EL PIC-NIC ANUAL DEL "SUNDAY SCHOOL"

No menos de un millar de chicos de familias británicas, particularmente escocesas, sus familias y los antiguos alumnos de la *Sunday School* de la iglesia presbiteriana, como los primeros, sus concurrentes hebdomadarios, esperan todo el año, y los últimos meses, impacientemente, la llegada de noviembre. El término de los cursos, la plena primavera, no es el motivo que les inquieta, sino el primer viaje al campo, el primer paseo al aire libre, anticipo de vacaciones, que es el pic-nic prometido como premio por los maestros de las Escuelas Dominicales de Belgrano, Constitución, Barracas, Talleres, Temperley y otras iglesias, sin exceptuar la principal, de San Andrés. Si bien es regalo que llena de regocijo a gran número de niños y no pocos mayores, originado por el ejercicio regular del culto: reunión, la mañana de los domingos, a cantar y rezar, aprender versículos de la Biblia y escuchar el comentario de sus capítulos, el paseo no tiene nada que ver con la religión. Allí se la olvida por unas horas, salvo las oraciones de rigor al almuerzo y la acción de gracias que no olvida el Rev. doctor Fleming, la mayor dignidad de la iglesia escocesa, y su jefe, entre nosotros, a la hora del crepúsculo, cuando la fiesta termina. La mayor libertad reina, muchachas y mozos se independizan, y no son nunca más felices en todo el año.

El éxito del pic-nic anual tiene tradición. Se celebra desde hace muchísimo tiempo. En la obra consagrada por Mr. James Doods a la acción de los residentes escoceses, se consignan crónicas de los pic-nic de 1880 al 82. Entonces no se realizaban, como ahora, en la magnifica estancia de Pereyra Iraola, sino en Palermo Chico, en Lomas, en sitio público o residencias particulares. Su protector era Mr. Thomas Drysdale; la fiesta congregaba lo mejor de la colectividad; se apreciaban las famosas frutillas de Mr. Younger y los nísperos de Mr. Methven; habia orquesta para acompañar las danzas y los cantos; como ahora, entonces, se disputaban carreras y cinchadas; se jugaba al delicioso «Kis sin-the-ring», que ya no se practica, acaso porque los muchachos ya no se besan jugando en la rueda, con la misma ingenuidad de otros tiempos.

El último pic-nic celebrado en Pereyra — después de dos años que no se efectuaba allí por el mal tiempo que lo impidiera — demostró que conservaba todo su interés. Los



Los excursionistas de la «Sunday School» descienden del tren en la estancia del señor Pereira Iraola.

La asistencia a la «Sunday School» no excluye el «flirt». La niña anglo-argentina que hizo más conquistas...

Poco después de llegar, bajo los eucaliptus de la gran avenida, la concurrencia comienza a buscar lugares agradables donde pasar el día.



Feliz momento. La hora del almuerzo.

deportes de antaño son ahora reemplazados por un partido de football que se juega por la mañana, momentos después del arribo. A la tarde, la tradicional cinchada entre «teams» pertenecientes a los diversos grupos de miembros del *Sunday*, y luego la distribución de premios, pequeños acontecimientos que constituyen la diversión general. Pero, a su lado hay multitud de otros; núcleos distintos se esparcen bajo los gigantescos eucaliptus para entregarse a los más variados juegos; las hamacas tienen la predilección de los



El sitio más poético de la estancia. Frondosidad, transparencia del agua y del cielo... ambiente propicio para los ingenuos idilios.



Posando después del suculento almuerzo.



Un apunte. La algarabía de la gente menuda a la hora del té con leche.

más pequeños, los sauces al borde del arroyo, congregan las parejas de enamorados o novios. No es raro sorprender una pareja en un furtivo beso, rindiendo obligado tributo a la estación y a la libertad de la naturaleza cuyo esplendor les rodea. Y hay que ver, en resumen, con qué profundo placer los auténticos británicos se entregan al goce del sol, del aire, de la sombra de los árboles, por algunas horas. Es un momento culminante el del reparto del almuerzo a la multitud de chicos y grandes: un vaso de leche, algunos sólidos sandwichs. En una gran extensión del parque se ve instalada a la moda otomana a la concurrencia no poco dispuesta a agotar las provisiones; aquí y allá hay grupos aislados de gentes amigas, o las parejas y conjuntos de muchachos que festejan a las más gentiles chicas, que por cierto no escasean, demostrando el maravilloso resultado de la cruza anglo-argentina, o simplemente la excelente aclimatación de los productos de origen puro: tipos fuertes, hermosos, llenos de gracia, — la pulcritud inglesa fundida con la sensibilidad argentina, — que constituyen ejemplares encantadores de niñas, cuya cantidad es grande y aun no ha advertido cuánto se extiende, lo que vale, como elemento étnico, el público.

Grupo independiente descansando en un bello rincón, lejos de Mr. Fleming.

La reunión del almuerzo, se repite a la hora del té, al que llama una campana que repercute en todo el bosque.

Un último paseo, los juegos finales, y poco después de la alocución en que Mr. Fleming reza, y agradece públicamente a las personas que con sus donaciones de leche, té, comestibles, el mismo tren expreso de ida y vuelta que obsequia el F. C. Sud, se emprende, no sin antes lanzar al aire algunos vibrantes ¡hurra! La francachela a bordo del tren se repite, los enamorados consolidan su posición en los corazones de sus juveniles amados; se comenta, en fin, lo acontecido a cada cual, que se prolongará en gratísima emoción al recordar, días después, el paseo, que, para tantos, los humildes sobre todo, es la más bella o la única diversión del año. Se reconoce, entonces, como nunca, la bondad de Mr. Fleming, su acción al frente de las iglesias y colegios escoceses, que colabora, en no pequeña parte, a la educación y progreso de un grupo tan numeroso y digno de toda estima de nuestra población porteña. A cuantos de nosotros que no tenían noticia de estas celebraciones, ha de satisfacer conocerlas por la presente referencia.

KIND FRIEND.



La florida estación

Van cesando ya las alternativas temporarias entre el invierno que se va y la primavera que avanza, y en el espacio parece que la paz quiere establecerse por fin bajo el reinado de lo azul.

El viento serenado se vuelve soplo ledo y ondulante como una caricia entre la tibiez con que nos envuelve la atmósfera, y al rebrote vegetal que hemos admirado en el tiesto de la ventana, únense el mayor brillo y la más larga permanencia de la luz, para declarar bien llegada y pronta a sonreir dondequiera la juvenil estación.

Aquella soledad en las calles azotadas por la racha, recorridas por escasos viandantes a quienes azuzara la encogida actividad del frio, va desapareciendo a la afluencia popular que aumenta. Una desenvuelta animación nace ahora desde el fondo de los seres y reflejase en los ojos y en los ademanes. Por los barrios excéntricos mujeres y hombres que abandonan el colmenar de fábricas y talleres, aléjanse en grupos rumoreantes de palabra y risa. Las ropas ligeras de colores vivos transforman día tras día el aspecto subitáneo de nuestros habituales conocidos. Y en las calles céntricas, en los halls, en los atrios se arremolinan las gentes con lentitud y aplomo, llenas de una vivaz expresión que tiende a lo sentimental.



A los catálogos profusos, a los anuncios de periódicos llevando hasta los hogares el grito alegre de la primavera, responden estrepitosas de colorido, mareantes de variedad las amplias vidrieras de las grandes tiendas modernas, mansiones de fábula oriental. A ellas se dirigen dificultosamente por las aceras populosas las damas que abandonan sus autos descubiertos en las calles cercanas donde forman hilera.

En las esquinas, sobre la vereda o en caballetes, bajo temprana sombrilla, las canastas de flores lucen su multitud de matices y esparcen el regalo exquisito del perfume. Van desapareciendo las violetas, y con ellas las fresias últimas se pierden bajo los copos níveos de las coronas de novia y los grandes corimbos azulosos de las hortensias. Y rojas rosas y rosas cándidas cabecean pomposas entre las varillas, y parecidas a aquéllas, pero más atrevidas, emergen entre el montón las dalias para ofrecernos, ya que no aromas, completamente abierto su corazón.



—¡Fiori! ¡Fiori!—pregona el hijo de la bella Italia, mirando al rostro a las jóvenes de flotantes vestidos y cadencioso andar.

¿Es que pueden pasar así esas flores junto a las hermanas de la canasta sin echarles una mirada de reconocimiento?

Divagantes entre las mesas más numerosas de la Avenida, también las floristas portan sus cestillos con carga nueva y rica, y al ofrecer la graciosa mercancía, los parroquianos las miran y notan que sus trasnochados semblantes participan como todo de la animación primaveral. Y les sonrien. Y las flores comienzan nuevamente a ser gratas a vivarachos mocitos y reposados caballeros, y a signar con un toque de color sus solapas.

¡Oh! a estos caballeros precisamente, y a las señoras, y más aun a los buenos ancianos, habla con inmensa y honda ternura la florida estación, porque tal cual indicio de su llegada, esta o aquella certidumbre de su reinado, suscitan el recuerdo de muchas primaveras vividas, que resurgen ahora al sol de sus almas como otros tantos vergeles colmados de florescencias.

En aquellos felices mortales que han realizado todos los años su veraneo, inicianse poco a poco las remembranzas de los lugares plácidos, a insinuación del periódico usual que refiere reformas e innovaciones en balnearios y serranas villas.

Pero esta Buenos Aires se transforma y no en vano, progresa y no inútilmente, pues logra en el presente aliviar y recrear a su modo a quienes les son fieles el año entero. Sin duda en sus maravillosos paseos públicos, en sus plazas abiertas, olientes a césped constantemente regado, en los sombrosos parques recogidos como austeros alcázares de fronda, se duplicará el número de bancos para dar reposo a mamás y abuelos, mientras los niños arrojan volantes y arcos o arman la ronda del canto; para brindar asiento a las parejas formadoras de futuros hogares que buscan instintivamente la decoración de las flores a sus castos quereres.

El nuevo balneario a orillas del Plata, ahí mismo, tras los diques poblados de navíos taciturnos, abre como una bendición para la congestionada urbe su inmenso abrazo de espaciosidad celeste y de infinitas aguas, brindando sus ramblas, sus kioscos, sus jardines al fácil recreo reparador.

Mas ya no solo la oxigenación y refresco de la sangre se hacen posibles en aquellos que permanecemos durante la primavera y aun el verano en la metrópoli: nuestro espíritu, ya lo dijimos, cuenta con el favor placentero de treinta maravillosos jardines, pero también con medios de una delectación más íntima y levantada, producto perfecto de civilización: la de gustar buena música en los mismos sitios de vistoso esparcimiento y descanso.

¿Cuántas son hoy las grandes ciudades del mundo que pueden ofrecer el consolador espectáculo que presenta el recinto monstruo de la Rural, techado por el firmamento, al que acude atraída por una banda de música gigantesca, una multitud de miles y miles de almas, mujeres y hombres de todos los rangos y significaciones sociales, desde la estudiante de armonía, hija de familia pudiente, hasta el matrimonio obrero con su media docena de párvulos enracimados o inquietos, desde el anciano filosófico y contemplativo hasta los grupos de mozos que departen animados o indagan hipotéticas novias en el compacto gentío de la planta baja, de los balaustres y de las gradas, majestuoso y multicolor al brillo de plata de los focos eléctricos?

La tibieza de raso del ambiente promete renovarnos con creces el halago de cuanto en pasadas primaveras nos acarició como en un sueño.

Y es que la estación sonriente y doncella ha sentado sus fueros, ¡ay! que no han de ser eternos, pero que despiertan la ilusión, año tras año, de que lo serán; y es así cómo se parece al amor, mago que en el poema en que nos lleva a actuar, nos inpira, idilio tras idilio, la creencia absoluta de una dicha sin fin.



EL CAMBALACHE DE LA AUTOCRACIA



Gouache de Alonso.



DESDE LA CIUDAD DE ANDRADE



Edificio de la «Sociedad Argentino Oriental».

El «Golondrina II», de la Compañía Mihanovich, que nos llevaba a Gualeguaychú, estaba repleto de pasajeros, que regresaban de las fiestas julias, celebradas en la Capital Federal.

Sin saber por qué, yo atravesaba uno de aquellos días grises, que todos solemos tener de vez en cuando, y a pesar de la animación y del bullicio que reinaban en el salón-comedor, me quedé arrinconado y mudo, como si la alegría de los demás me afectara más hondamente.

A bordo venía un pianista, maestro de música, por tanto profesional; un señor de aspecto seráfico, bastante calvo, pero con desarrollo anormal de la cabellera que le rodeaba el occipucio en forma de media luna. Como los pasajeros eran casi todos conocidos, no lo dejaban vivir: las niñas, en particular, lo tenían loco, cargando sin piedad el atril del piano con colecciones enteras de tangos «dernier cri», que habían comprado en Buenos Aires. ¡Y qué sonrisitas, qué miradas asesinas al seráfico maestro, para que siguiera con los «Ay, ay, ay...», los «Tierra negra», «Las Campanas» y demás producciones diarias de la inagotable vena popular.

— Usted que es tan simpático... que no sabe decir que no nunca, ¿verdad?

Toque ésto, toque aquéllo... ¡Qué lindo!... ¡Qué bien toca usted!...

El maestro accedía con una cierta «suffisance», como quien dice:

— Conste que lo hago en homenaje a vuestros lindos ojos, nada más. Pues, lo que soy yo, me las entiendo únicamente con Beethoven, Schumann, Mozart, Wágner y gente por el estilo... Esta no es música, ni nada que se le parezca...

Sin embargo, dejó tranquilos a Beethoven y Compañía, tal vez porque el ambiente no le parecía muy favorable: se le ocurrió, en cambio, ofrecernos un ... recital de violín. Ustedes saben que el violín es el instrumento más ingrato, cuando no se toca por lo menos con afinación impecable. Esas notas que no llegan jamás a ser perfectas, que suben o bajan, constituyen un martirio capaz de provocar la más insolente carcajada o un acceso de hidrofobia, según el temperamento de quien escucha.

A mí me dan ataques de hidrofobia... Ya no puedo sujetarme, empiezo a comentar en voz alta la habilidad del artista, y tengo que salir no más del ambiente si no quiero comprometerme con un papel ridículo.

Lo mismo me pasó allí. Hasta que las ejecuciones se limitaron al piano, sin ser muy brillantes, vamos, fueron tolerables; pero aquello del violín, llegó a ser espantoso, y salí como un rayo atropellando a un mozo que venía cargado con un servicio de té, y que a pesar de mis disculpas rezongó en grande por el peligro a que estuvieron expuestas las tazas y los platos.

Me encerré en mi espléndido camarote y procuré sepultarme en mi cama doble, pues hasta esta atención tuvo conmigo el comisario de a bordo, tal vez en vista de mis proporciones... matrimoniales. Me asignó un camarote con cama de dos plazas.

Y pude cerrar los ojos precisamente mientras Paganini serruchaba la «Leyenda Valaca»:

«Oh quali mi risvegliano
dolcissimi concenti,
non gli odi, o mamma, giungere
sull'alitar dei venti...»



Oficinas de «El Noticiero», decano de la prensa entrerriana.



La casa donde nació Fray Mocho.

En las primeras horas de la mañana estábamos en el canal de Gualeguaychú y desde el puente me quedé contemplando el panorama encantador de esas playas tranquilas, pobladas de ranchitos humildes. Hombres que ensillaban, mientras las mujeres les servían mate, chicos que alistaban sus carteritas para irse a la escuela montados en mansos mancarrones, perros alegres y juguetones repartiendo cariños a todos, y a lo lejos las torres de la ciudad que se despertaba.

A bordo las relaciones se hacen pronto, así que después de unos cuantos «buenos días, buenos días», todos nos sentimos autorizados a dirigirnos preguntas y cambiar impresiones:

— ¿Pasó bien la noche?

— Muy bien, ¿y usted?

— ¿Tomó el desayuno?...

— Todavía no... Dígame, señor... ¿Esas dos torres son de la Iglesia?

— No, señor... Son las del edificio de la «Sociedad Argentino Oriental»...

— ¡Qué raro!

— Lindo edificio... ¿El señor nunca estuvo en Gualeguaychú?...

— Nunca...

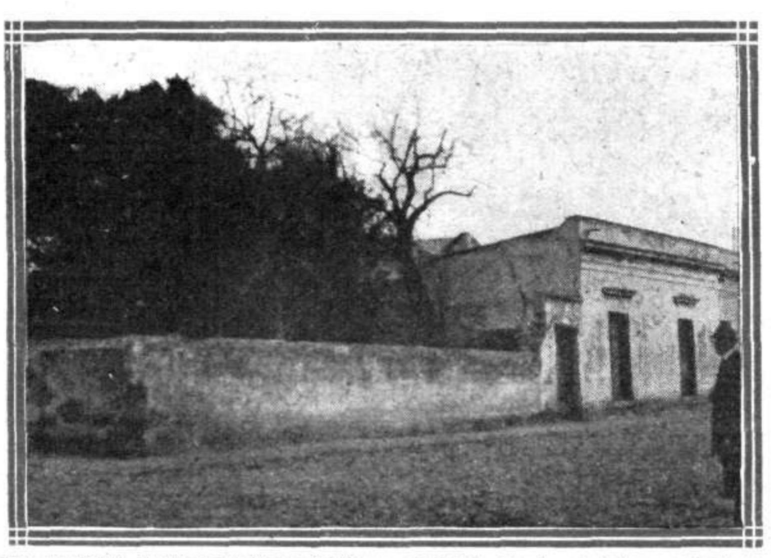
— No es por decir; pero verá usted una linda ciudad...

— ¿Ciudad o pueblo?

— Ciudad... Desde el año 51 es ciudad, señor...

Me lo dijo en una forma, que estuve a punto de pedirle disculpa. Me pareció haberle ofendido con mi ignorancia...

— Gualeguaychú fué fundada por Tomás Rocamora, en septiembre del año 1785. El día 29 de dicho mes se empezó el desmonte, para abrir las calles de la nueva población en la base de 85 solares... Cuando Urquiza regresó de Montevideo, después de haber levantado el sitio de esa ciudad que Oribe pudo mantener nueve años, se vino a Gualeguaychú muy satisfecho de su obra...



Casa que habitó el historiador Martín de Moussy, rodeada de naranjos plantados por él mismo.

— ¿Por qué se vino a Gualeguaychú?, ¿no residía en San José del Uruguay?

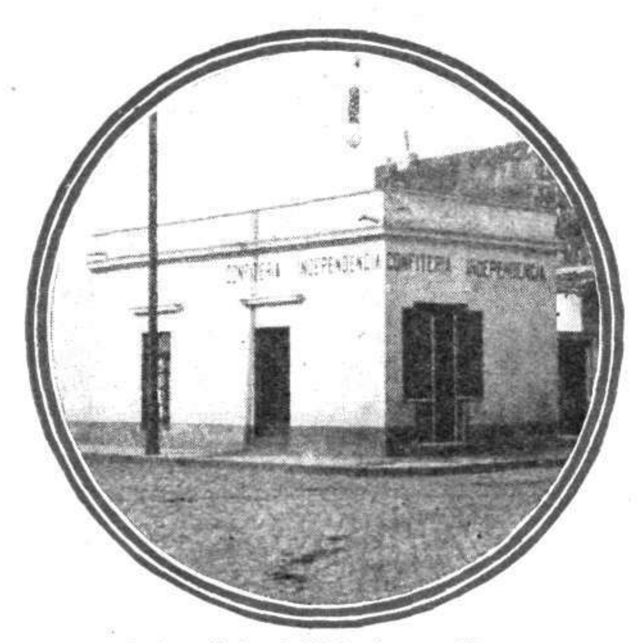
— Espérese... Es que aquí vivía doña Dolores Costa, que más tarde fué su esposa. ¿Me comprende?...

— Ah, ah...

— Pues hubo fiestas extraordinarias... Se bailó 22 noches consecutivas y aquí llegaron personajes de alta graduación de todos los puntos de la república para saludar al general; hasta vino Sarmiento, de Chile. Fué entonces cuando dictó un decreto erigiendo a Gualeguaychú en ciudad. Puede imaginarse a qué grado llegaría el entusiasmo de la población... Se dió un gran banquete en la isla,



Antigua residencia de la familia Magnasco.



Casita donde nació el poeta Méndez, hoy convertida en confitería.

esa que usted ve... Esa misma, enfrente al puerto... Participó todo el mundo en el banquete, y al día siguiente Urquiza se fué al Diamante para presenciar el desfile del ejército libertador, ese que derrocó a Rosas... ¿El señor a qué hotel va a parar?

— Al «Comercio»...

— Bueno: cuando salga a dar una recorrida, verá usted un monumento a San Martín en la Plaza Independencia. En el ángulo sudeste del pedestal del monumento, en una piedra fundamental que se colocó para erigir allí una torre para reloj público, está depositado uno de los ejemplares del decreto firmado por Urquiza erigiendo en ciudad la Villa de Gualeguaychú... El otro ejemplar pasó al archivo...

El coche me llevó desde el puerto al hotel, atravesando unas calles flanqueadas por edificios antiguos, casitas de otros tiempos, la Gualeguaychú vieja.

Habíamos llegado temprano y una vez arreglados mis equipajes en la pieza que me asignaron, inicié sin perder tiempo mi recorrida por la ciudad. Iglesia, policía, tribunales... en una esquina al lado de los tribunales una casita en cuyo frente se leía: «El Noticiero».

— He dado con unos colegas... Pues adentro... ¿Está el director del...?

— Voy a ver, señor...

— Pásele, mi tarjeta, ¿quiere?...

La persona que hablaba conmigo dió una miradita a la tarjeta, se sonrió complacido como quien dice: «te conozco mascarita», y se fué apurando el paso para volver al momento:

— Dice que está algo resfriado, que pase adentro, que lo disculpe si no le sale al encuentro...

He viajado mucho, y no solamente por la República Argentina; pero no tengo memoria de haber encontrado en otras partes gente más atenta que los entrerrianos, porque aquí son todos exquisitamente amables, desde el más humilde hasta el más encumbrado. No saben qué hacer para dejar una impresión grata en el viajero.

— Ya le conocía a usted... hace tiempo... ¡Con que lo tenemos entre nosotros! Muy bien... ¿Y cómo sigue Fernando?... Su director, hombre... El hermano de Fray Mocho... Con Fray Mocho hemos jugado de muchachos... Vivíamos enfrente...

— Estee... ¿Pero la casa de Fray Mocho no es la que queda detrás de los fondos de la jefatura?... Así me han dicho en el hotel...

— No, hombre... Fray Mocho ha nacido en la calle Concordia entre Francia y Rivadavia, al 135 de la calle Concordia; la casa está todavia como antes; solamente se le ha cambiado el techo, que ahora es de cinc... ¡Si conoceré la casa!... Le digo, vivía enfrente y jugábamos juntos. La que le han dicho a usted, es la casa donde vivieron los Alvarez, después... Allí tenían casa de negocio ellos...

— Ah... Por eso se habrán equivocado...

— Seguramente... En la otra esquina de la policía tiene usted la casa donde nació el poeta Gervasio Méndez, la misma donde está instalada la «Confitería Independencia»... Gualeguaychú ha dado un buen plantel de intelectuales...

— ¿Y la casa de Andrade?

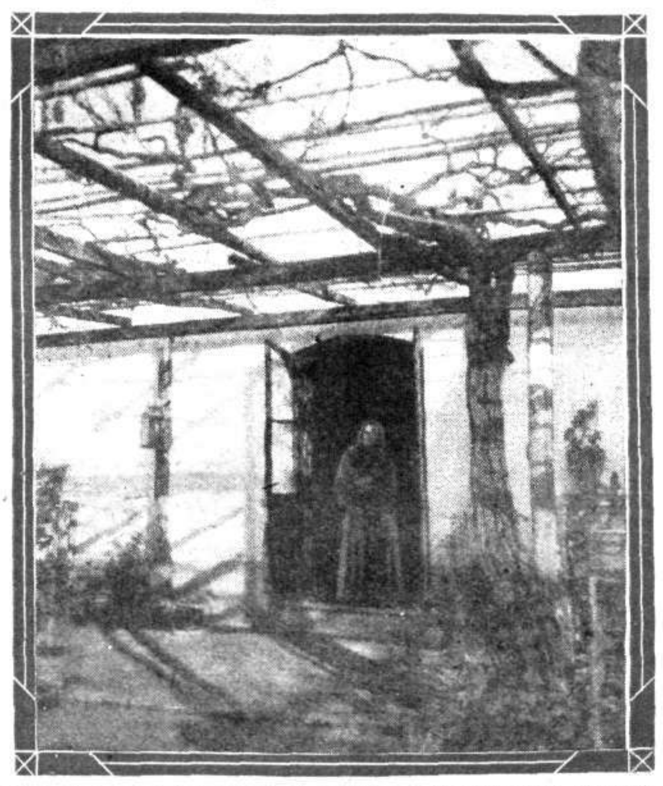
— La casa de Andrade queda en la calle del Puerto, frente a un molino... Cualquier cochero se la va a enseñar... Hay una placa en bronce que recuerda que allí vivió el poeta... Tiene usted la casa de los Magnasco... Osvaldo Magnasco es de Gualeguaychú, pues. Una casita como se usaba en aquellos tiempos... y se conserva lo mismo... Frente casi a la «Sociedad Argentino Oriental», verá la casa que habitó Martín de Moussy el historiador, naturalista, geólogo y médico francés de fama mundial. Siguiendo por esta misma vereda, en la otra esquina de la plaza, está la casa de los Haedo, donde se instaló Garibaldi cuando con sus hombres se apoderó de Gualeguaychú... Tiene, tiene algo para ver...

— ¿Y su diario, señor Furques, cómo sigue?...

— Bien no más... Yo soy todo en mi diario, tipógrafo, director, administrador, en fin... Hace la friolera de 39 años que va saliendo...

— ¿Treinta y nueve años?

— ¿Se admira usted?... Verdad que para un diario es una edad comparable a la de Matusalén... Pero yo tomo la política a chacota... A mi me divierte... No creo a nadie y no busco nada...



Interior de la casa de la familia Haedo, que fué ocupada por el general José Garibaldi, el año 1845, cuando la invasión de Gualeguaychú. En la puerta, la señora Victoriana Haedo, dueña de la casa.

— ¿Así que «El Noticiero» es el decano de la prensa entrerriana?...

— Me parece que sí... Con esto no vaya usted a decir que yo soy un decano, ni nada que se le parezca... A pesar de que usted tampoco debe ser un niño...

— Sin embargo, no tengo bigotes...

— Es lo que estoy viendo... Ni le ha crecido el pelo todavía...

— Para que no me lo tomen...

Me fuí a la casa donde Garibaldi se instaló en los dos días que permaneció en Gualeguaychú: 20 y 21 de septiembre del año 1845.

La casa pertenece a la señora Victoriana Haedo, una anciana que se conserva perfectamente de salud, con una lucidez de memoria asombrosa.

— *Así que, señora, ¿aquí se instaló Garibaldi con sus tropas?...*

— Sí, señor; aquí formaron cantón... como esta esquina domina la plaza, sus hombres ocuparon la azotea...

— *¿Qué edad tenía usted cuando sucedió eso?...*

— Doce años, señor... Eramos dos hermanitas, yo de doce años y mi hermana mayor de diez y ocho. Teníamos la costumbre de madrugar mucho, *para cebar mate a mamá*, que gustaba tomar unos cuantos antes de levantarse... Estaba por salir el sol cuando yo y mi hermana vimos unos hombres que se venían por el lado de la «Confitería Independencia», a la izquierda de *la jefatura*... Corrimos a avisar a nuestros padres y luego empezamos a sentir unos tiros. Corrió la voz en seguida y a nosotras nos encerraron en un cuarto, ese mismo, dejándonos allí todo el tiempo que la gente de Garibaldi quedó en el pueblo.



Casa donde habitó el poeta Olegario Andrade, hoy residencia de un empresario de pompas fúnebres.

— ¿No sufrieron molestias?

— Nosotras ninguna... Al contrario: como hubo alguno de los hombres que quiso forzar la puerta de nuestra pieza, un jefe de ellos les dió de latigazos, amenazándoles con algo peor si hubieran intentado desobedecer... La que sabía bien todo eso era mi hermana que se murió hace cosa de dos años... Ella sí, como era más grandecita...

— ¿Y no conserva alguna memoria de aquel tiempo?

— Nada, señor... La casa está tal cual como estaba entonces... Aquí traían todo lo que requisaban... Lo amontonaban en el patio. ¡No me acuerdo de más!: como han pasado tantos años, la memoria no es todo lo fiel que yo deseara para complacerlo.

— Pues que se conserve usted muchos años siempre tan guapa...

— Hasta la fecha, gracias a Dios, no puedo quejarme... Y voy por los 85...

La casa de Andrade está ocupada ahora por una empresa de pompas fúnebres y queda en la esquina de las calles Andrade y Villaguay. Una placa de bronce lleva esculpido lo siguiente: «Andrade, Olegario Víctor. — Poeta. — Legislador. — Publicista.»

Sobre el lugar de nacimiento de Andrade ha habido polémicas bastante agrias, pues mientras hay quien asegura, y es lo cierto, que Gualeguaychú fué su patria, otros han sostenido que el poeta nació en Alegrete, durante la emigración.

En Gualeguaychú vive todavía una hermana del poeta, Ursula Andrade, que nació en esta ciudad el 8 de junio del año 1846.



La señora Ursula Andrade, hermana del celebrado poeta.

Se hospeda en casa de la señora Rosa Frutos de la Palma, calle Urquiza esquina Colón, que bondadosamente cuida de la pobre anciana, a la que ya poco sirven la vista y el oído.

Fuí a visitarla con el Padre Borques.

Se trata de una viejita que en sus tiempos debió ser muy interesante, pues tiene ahora mismo lineamentos muy agradables y, sobre todo, una gracia especial en su modo de expresarse y sonreir.

Costó un trabajo ímprobo resolverla a dejarse fotografiar, pues no quería de ninguna manera...

— Si ya soy vieja... A qué va a gastar una placa para mí...

Pero la influencia sacerdotal del Padre Borques pudo más que todas mis *argumentaciones*, y por fin se prestó a ello. Una vez libre del objetivo, me preguntó si yo era de Buenos Aires:

— ¿Sí?... Cuanto me alegro... ¿Quisiera hacerme un favor? ¿Podría usted averiguar el paradero de un pariente, don Teodoro Andrade, que ha sido o es todavía empleado de la jefatura de policía?... Quisiera saber algo de él... Yo soy vieja, pronto me voy a morir y antes de cerrar los ojos me *agradaría saber algo* de ese miembro de nuestra familia... ¿Va usted a hacerme este favor?... Se lo agradezco con toda mi alma... Teodoro... No lo olvide... Dígale que estoy viejita ya, muy vieja, que pronto voy a reunirme con Olegario, con mis padres, allá en el otro mundo. ¿Ha oído?...

Y mientras me despedía, la pobre viejita agitaba la mano repitiendo siempre el nombre de Teodoro y... — ¡No se olvide, no se olvide!...

Dr. A. Vaccari.

Gualeguaychú, 1918.

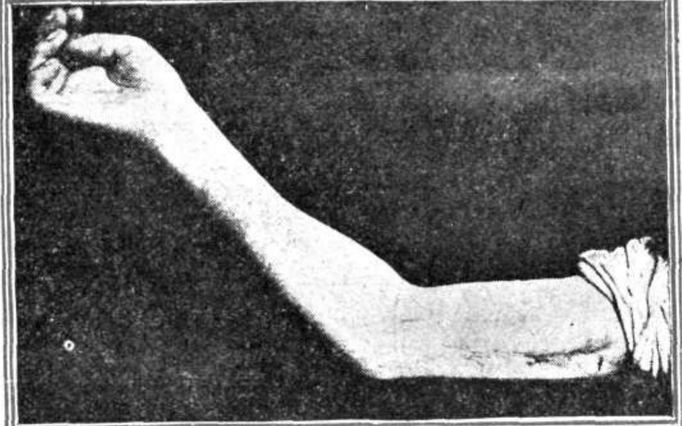
INJERTOS NERVIOSOS EN EL HOMBRE

Para Caras y Caretas

Los estudios médicos de los últimos años, han sido orientados casi exclusivamente en un sentido experimental y los resultados alcanzados han sido fecundos en aplicaciones prácticas. Entre estos estudios, los relativos a los injertos nerviosos en el hombre ofrecen un porvenir completamente halagüeño. Numerosos fueron los trabajos de investigación que llevaron a los experimentadores a la primera aplicación humana del injerto nervioso en Francia, en 1912. El héroe de esta jornada fué un joven cirujano de la escuela lionesa, discípulo de Jaboulay, M. Emile Duroux, actualmente jefe de trabajos de medicina operatoria en la Universidad de Lyon. Tratábase de una sección antigua de los nervios mediano y cubital del brazo, con pérdida de substancia de 15 centímetros. La laguna fué colmada mediante fragmentos de ciático



El profesor Emilio Duroux, *a quien se deben* estos notables trabajos de injertos nerviosos. El doctor Duroux había llamado, desde hace tiempo, la atención del mundo sabio con la publicación de su tesis doctoral «Parasitismo y Cáncer», estudio en el cual ponía de relieve, desde los puntos de vista microscópico, experimental y clínico, la noción de la infecciosidad cancerosa.



Oposición del pulgar. Se notará en la cara interna del brazo, la larga incisión que ha servido para la aplicación de los injertos.

del perro y pronto se tuvo la satisfacción y el consiguiente asombro, de ver mejorar los trastornos motores del enfermo, al mismo tiempo que retrocedían los trastornos tróficos y sensitivos. Con semejantes injertos, M. Duroux había podido ya, después de una doble vagotomía, con pérdida de dos centímetros de los pneumo-gástricos, repararlos del mismo modo, echando mano de nervios ciáticos del perro y asegurar así la vida del animal.

La guerra ha dado a los trabajos del joven y eminente cirujano de Lyon, un vuelo inesperado. El número de lesiones nerviosas determinadas por las heridas de guerra, es considerable e importaba, para repararlas, estar perfectamente pertrechado. Para conseguirlo, es necesario librar no sólo los nervios englobados, sino también suturarles a menudo, y en otras ocasiones, aplicar injertos. Por otra parte, las lesiones son complejas y era menester diferenciarlas clínica y operatoriamente. En esto el profesor Duroux ha puesto todos sus esfuerzos; y se lee con satisfacción en su primer trabajo aparecido durante la guerra (*Des paralysies des nerfs péripheriques dans les blessures de guerre. Considérations opératoires-Pronostic* in *Révue de Chirurgie*, Mars, 1916) este ensayo de diferenciación. En el Museo del Val-de-Grace, se encuentran distribuídos en vitrinas adecuadas, los modelos en cera de este conjunto de lesiones y de su modo de reparación, obra esta que servirá ciertamente, más que todas las publicaciones, para la futura enseñanza de la cirugía de guerra, impartida a los médicos. Las lesiones nerviosas son delicadas; y como la fibra nerviosa tiene reacciones especiales, diferentes según los nervios, síguese de aquí que los resultados obtenidos son también diferentes, según los métodos empleados. El profesor Duroux ha hecho un estudio completo de dichos métodos, desde la anastómosis nerviosa, conocida por transplantación nerviosa, por algunos autores, las operaciones de desdoblamiento (método de Liétevant), hasta la formación de un camino conjuntivo que sirva para la regeneración nerviosa, el acortamiento del miembro por la resección de los huesos y la sutura directa de los nervios y el empleo de los injertos nerviosos, homoinjertos, según procedan del mismo sujeto o héteroinjertos, según procedan de un sujeto o de una especie diferentes. Y es en este último terreno, donde el profesor Duroux ha conseguido éxitos maravillosos, porque no sólo el ilustre cirujano de Lyon, se ha empeñado en discurrir la técnica apropiada para lograr el resultado inmediato perseguido, sino en procurar al injerto nervioso un medio adecuado, de tal suerte que pueda vivir hasta el momento muy próximo en que su antiguo medio es incorporado al nuevo, gracias a la formación de rápidas y prácticas adherencias y de nuevos vasos. (Duroux: *Greffes nerveuses expérimentales, 1.er novembre, 1911, Lyon Chirurgical*, et



Parálisis de los nervios mediano y cubital. Imposibilidad de flexión completa de los dedos y de oposición del pulgar. (Antes de la intervención).

Province médicale, 7 octubre, 1911).

El injerto nervioso consiste, según Duroux, en hacer dos incisiones paralelas al eje del tronco nervioso y distintas de él, de 2 a 4 centímetros, lo cual es relativamente fácil para el gran ciático del perro. Estas incisiones permiten poner en libertad todo el tejido célulo-vascular y peri-nervioso, sin comprometer absolutamente, su estructura. El nervio es, pues, recogido con su medio. Sobre los dos cabos del nervio porta-injerto, previamente avivados, se adapta en seguida el injerto, de tal suerte que los ejes de la substancia nerviosa estén en contacto. Bastan para mantenerles, dos hilos: el uno a nivel del cabo central, el otro, a nivel del periférico. A fin de favorecer las adherencias recíprocas entre el injerto y el nervio porta-injerto, se cuida de aproximar el injerto, con los hilos de contacto, al mismo tiempo, que el nervio porta-injerto, cierta extensión de tejido célulo-vascular y peri-nervioso. El conjunto de la aplicación, recuerda de este modo la técnica empleada por los electricistas para reunir dos cables seccionados y designada por ellos con el nombre de ajuste.

Este método ha sido empleado con éxito completo, en el enfermo a que hicimos referencia al principio de este artículo. Como puede observarse por las ilustraciones que damos, esta observación justifica plenamente la idea que el autor propúsose realizar, puesto que al final del primer mes, el enfermo ya había recobrado casi la totalidad de la sensibilidad de su mano, mientras que, vista la pérdida de substancia de 15 centímetros, hubiera necesitado, por lo menos, ciento cincuenta días (siendo la marcha de la regeneración justipreciada clásicamente en un milímetro por día) para obtener de un injerto transformado en un camino conjuntivo, la señal del retorno de la sensibilidad! Si los resultados no han sido tan brillantes desde el punto de vista de la motilidad, ello no debe extrañarnos, comprobando este caso una vez más, que después de una sección nerviosa, la degeneración afecta, sobre todo, al elemento muscular, al paso que el tejido nervioso recupera, a menudo, casi de una manera inmediata, su funcionamiento.

El profesor Duroux prosigue con tesón sus trabajos científicos, a los cuales ha asociado la colaboración del eminente fisiólogo Couvreur, y siendo su labor actual facilitada por su situación de cirujano-jefe de sector en el ejército francés, no dudamos de su resultado final, y para que se haga definitivamente la luz sobre un asunto de tan alto interés médico y filosófico.

VÍCTOR DELFINO.

LA ABEJA HARAGANA (1)

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día, mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre una cuantas abejas que están de guardia, para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, y tienen el lomo pelado porque han perdido los pelos de tanto rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

— Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

— ¡Yo ando todo el día volando, y me canso mucho!

— No es cuestión de que te canses mucho — le respondieron — sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

— Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

— ¡Uno de estos días lo voy a hacer!

— No es cuestión de que lo hagas uno de estos días — le respondieron — sino mañana mismo. — Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes que le dijeran nada, la abejita, exclamó:

— Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

— No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido — le respondieron — sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa.

Y diciendo esto se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

— No se entra — le dijeron fríamente.

— ¡Yo quiero entrar! — clamó la abejita. — Esta es mi colmena.

— Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras — le contestaron las otras. — No hay entrada para las haraganas.

— ¡Mañana sin falta voy a trabajar! — insistió la abejita.

— No hay mañana para las que no trabajan — respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

— ¡Ay, mi Dios! — exclamó la desamparada.—¡Va a llover, y me voy a morir de frío!

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

— ¡Perdón! — gimió la abeja. — ¡Déjenme entrar!

— Ya es tarde — le respondieron.

— ¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

— Es más tarde aún.

— ¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

— Imposible.

— ¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

— No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y

Señor Horacio Quiroga.

(1) De «Cuentos de la selva», para los niños, que acaba de editar la Cooperativa Editorial «Buenos Aires». En esta nueva serie de cuentos, el señor Horacio Quiroga pone una vez más de relieve su talento de escritor.

tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró, hasta que de pronto rodó por un agujero — cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

— ¡Adiós, mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

— ¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

— Es cierto — murmuró la abeja. — No trabajo, y yo tengo la culpa.

— Siendo así — agregó la culebra burlona — voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

— ¡No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

— ¡Ah, ah! — exclamó la culebra, enroscándose ligero. — ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres, que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?

— No, no es por eso que nos quitan la miel — respondió la abeja.

— ¿Y por qué, entonces?

— Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reir, exclamando:

— ¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

— Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

— ¿Yo, menos inteligente que tú, mocosa? — se rió la culebra.

— Así es — afirmó la abeja.

— Pues bien, — dijo la culebra — vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. El que haga la prueba más rara, ese gana. Si gano yo, te como.

— ¿Y si gano yo? — preguntó la abejita.

— Si ganas tú — repuso su enemiga — tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

— Aceptado — contestó la abeja.

La culebra se echó a reir de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena, y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

— Esto es lo que voy a hacer — dijo la culebra. — ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito.

Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

— Esta prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

— Entonces, te como — exclamó la culebra.

— ¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que no hace nadie.

— ¿Qué es eso?

— Desaparecer.

— ¿Cómo? — exclamó la culebra dando un salto de sorpresa. — ¿Desaparecer sin salir de aquí?

— Sin salir de aquí.

— ¿Y sin esconderte en la tierra?

— Sin esconderme en la tierra.

— ¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida — dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna, y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

— Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando yo diga «tres», búsqueme por todas partes ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: «uno... dos... tres», y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miro arriba, abajo, a los lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

— ¡Bueno! — exclamó al fin. — Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía — la voz de la abejita — salió del medio de la cueva.

— ¿No me vas a hacer nada? — dijo la voz. — ¿Puedo contar con tu juramento?

— Sí, — respondió la culebra. — Te lo juro. ¿Dónde estás?

— Aquí — respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: La plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto, muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de ese fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fué una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la obscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche a noche en la colmena bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena, hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en solo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fué, en efecto. En adelante ninguna, como ella, recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el Otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir, a las jóvenes abejas que la rodeaban:

— No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fué para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos — la felicidad de todos — es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

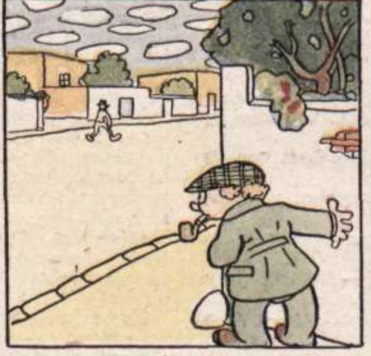
HORACIO QUIROGA.

El L. C. Timoteo y el pesquisa Doroteo.

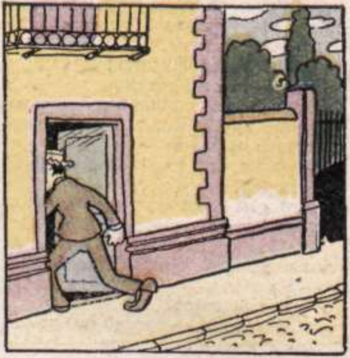
Aclamado por el pueblo.



Con buen tiempo o con garúa
lleva el ladrón su ganzúa.



Porque no piensa jamás
que el pesquisa va detrás.



Satisfecho de su oficio
se mete en un edificio.



Robando está con sosiego
y oye: ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!



En lo que es un horno ardiente
entra un bombero valiente.



Y allí salva una señora
manicura y zurcidora.



Pero, aunque salir ensaya,
el bombero se desmaya.



Lo ve el ladrón y al momento
se dedica al salvamento.



—Es un ladrón peligroso,—
bufa el pesquisa, furioso



Pero al verlo con la dama
[illegible]

Dib. de Macaya.



Importado por **Freixas y Cía**

De Trenel (F. C. O.)

Damas que tomaron parte en el gran festival que a beneficio de la Cruz Roja y para celebrar el triunfo de las armas aliadas, realizó la sociedad «La Terza Italia».



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Es usted el fotógrafo?

— Sí, señor.

— Pues haga usted el servicio de retirar la fotografía del centro de la vidriera, porque tenemos orden de no permitir grupos en la vía pública.

En el "Jockey Club"

El presidente del «Comité de la Juventud Argentina Pro Aliados», señor Mariano Villar Sáenz Peña, y los miembros de la comisión directiva, después del banquete con que celebraron el triunfo de los aliados y el éxito de la demostración pública organizada bajo su patrocinio.

JUEGOS DE TE DE PLATA INGLESA FAMOSOS Y DIGNOS DE FAMA



LA gran variedad de juegos de te y vajillas que exhibe MAPPIN & WEBB incluye todo cuanto puede hacerse en este sentido, elaborando artísticamente la Plata Inglesa Sellada

TODOS estos hermosos juegos son considerados como modelos de originalidad y estilo moderno.

SU primorosa ejecución ocupa un nivel tan elevado como el material en que están ejecutados: que es la más alta categoría a que puede llegar la plata.

PARA todos los usos en que puede requerirse un magnífico juego de plata, siempre hay en los salones de MAPPIN & WEBB uno o varios, que satisface todas las aspiraciones posibles.

EL estilo puro de diseño del juego aquí ilustrado es la característica predominante en todo el notable conjunto de artículos para regalo que siempre tiene.

Mappin & Webb

LA CASA DE MODA PARA REGALOS DE CALIDAD

28 - FLORIDA - 36 BUENOS AIRES

De 9 de Julio

La gran manifestación organizada para festejar la terminación de la guerra y el triunfo de los aliados, representantes del derecho y la libertad.

PASCUAS DE NAVIDAD - AÑO NUEVO Y REYES



LOS LIBROS

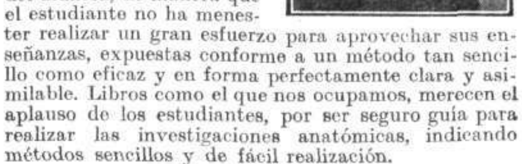
En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, una vez por mes publicaremos una sucinta bibliografía y juicio crítico de los libros que hayan aparecido en ese tiempo.



TRABAJOS SOCIALES, por *Adolfo S. Carranza.* — Es sumamente satisfactorio el empeño que muchos de nuestros intelectuales ponen en el estudio de las cuestiones sociales, que son, sin duda, las de resolución más urgente en los momentos actuales. El autor de este libro, estudia en él varias de esas cuestiones, especialmente desde el punto de vista legal. Muy interesantes son sus capítulos sobre las cárceles y sobre la delincuencia infantil, problema éste que requiere la mayor atención de los legisladores y gobernantes, que deberían leer y meditar el libro del señor Carranza, fruto de largos estudios y de fecunda observación personal.

CÓDIGO DE URBANIDAD (ARGENTINO), por *Sara H. Montes.* — Podría creerse que las prácticas de urbanidad son iguales en todas partes, y que por consiguiente está demás el epíteto de *argentino,* puesto por la autora a su código; sin embargo, lo cierto es que dichas prácticas cambian de país a país, y hasta de ciudad a ciudad, de manera que el epíteto está bien puesto. Por lo demás, este «Código de Urbanidad» viene en hora oportuna, como todas las cosas útiles. La urbanidad entre nosotros suele no estar tan difundida como la afición a las carreras, por ejemplo, y la autora ha hecho a sus compatriotas un servicio positivo con la publicación de este librito, que debe estar en todos los hogares.

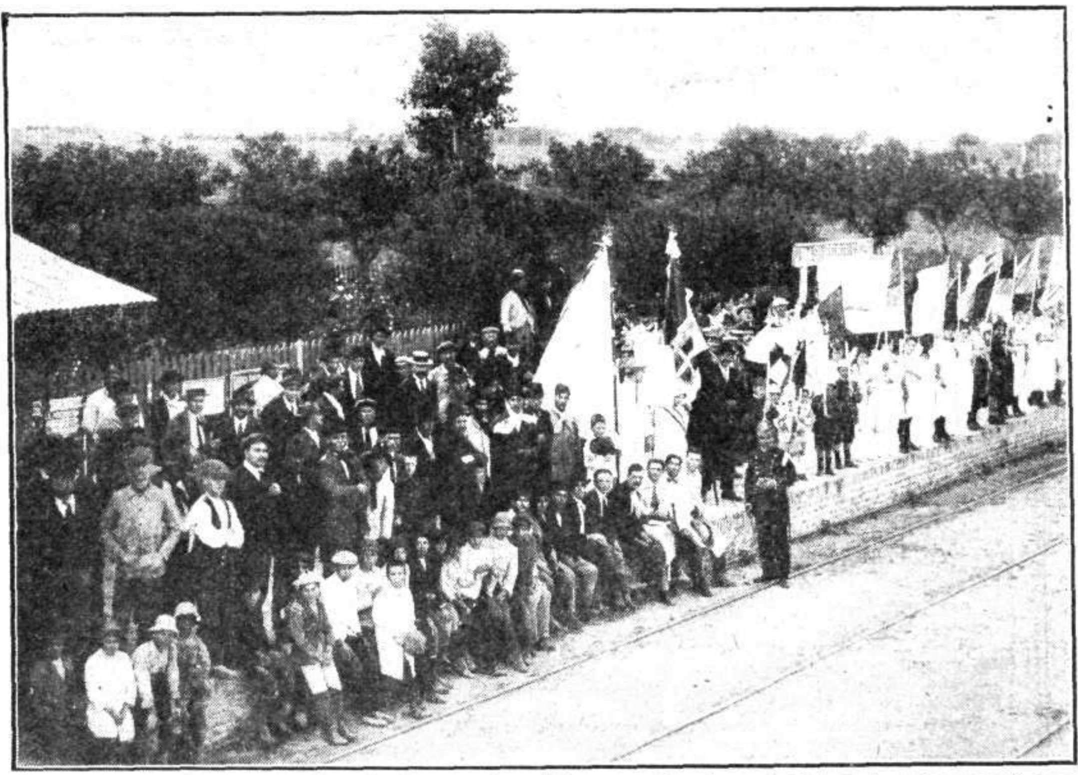
MANUAL DE INVESTIGACIONES ANATÓMICAS PARA 2.º AÑO, por *Juan Pou.* — Muy apreciado fué por los estudiantes el manual análogo del señor Pou, correspondiente al primer año; y seguramente lo será aún más éste que acaba de publicar, obra de positivo valor científico, que prestará a los estudiantes de anatomía grandes servicios. El autor posee las cualidades del didacta, de manera que el estudiante no ha menester realizar un gran esfuerzo para aprovechar sus enseñanzas, expuestas conforme a un método tan sencillo como eficaz y en forma perfectamente clara y asimilable. Libros como el que nos ocupamos, merecen el aplauso de los estudiantes, por ser seguro guía para realizar las investigaciones anatómicas, indicando métodos sencillos y de fácil realización.



TEMAS VIEJOS Y TEMAS NUEVOS, por *Carlos M. Urien.* — Siempre se leen con agrado los libros del señor Urien, historiador erudito y ameno, narrador interesante, crítico benévolo, patriota a toda prueba. En este libro ha reunido una buena colección de artículos que andaban diseminados en diarios y periódicos, y que merecían, por cierto, ser recogidos y puestos al alcance del público actual. Algunos de esos artículos datan de hace muchos años; pero no por eso han perdido su interés; antes bien, parecen tenerlo mayor, por lo menos para las gentes que no viven estrictamente al día.



Finísimos Marcos para cuadros y retratos.
295
364
N.º 634. — Marco redondo, de bronce niquelado, diámetro 15 ctms., $ 5.—; 12 ctms., $ 4.40 y 7 ctms. .... $ 2.50
N.º 295. — Marcos ovalados, de níquel puro, inalterable, 11×19 ctms., $ 3.50; de 8×9 ctms. .... » 1.40
N.º 480. — Marco ovalado, tamaño postal, de níquel puro inalterable, tipo único, precio excepcional .... » 1.50
N.º 179. — El mismo modelo del N.º 480, tamaño 12×16 ctms. » 2.50
N.º 177. — El mismo modelo del N.º 480, tamaño 18×24 ctms. » 4.90
N.º 298. — El mismo modelo del N.º 480, tamaño 20×27 ctms. » 7 50
N.º 364. — Marco cuadrado, de níquel inalterable, modelo de mucha aceptación, 7×11 ctms. .... » 1.25
N.º 481. — El mismo modelo del N.º 364, en tamaño postal.... » 1.50
N.º 306. — El mismo modelo del N.º 364, tamaño 15×20..... » 4.50
N.º 302. — Precioso marco cuadrado, de bronce niquelado (la oferta más ventajosa); tamaño 9×11, $ 1.50; tamaño postal, $ 3.50; tamaño 12×15 .... » 4.50
N.º 964. — Finísimo marco ovalado, fabricación holandesa, de madera especial y bordes de pasta inalterable dorada a fuego. Modelos de gran moda en la actualidad para adornos de salas y escritorios. Precios de propaganda de la casa. Varios modelos, tamaño 25×20, $ 10.—; 38×30, $ 15.—; 40×50 .... » 22.—
N.º 984. — Modelos diversos, 20×15, $ 10.—; 38×30, $ 18.—; 40×50 .... » 25.—
N.º 983. — Marcos cuadrados, de la misma clase del N.º 964. Varios modelos, 38×30, $ 19.—; 40×50 .... » 25.—
984
306
179
634
983
Pedro Bignoli
Bazar y Menaje
C. Pellegrini 300
esq Sarmiento
B. Aires



La "Sociedad Italiana" con doce banderas de las diversas naciones aliadas, esperando en la estación la banda de música que había de encabezar el grandioso homenaje que se tributó al triunfo de la democracia.

Demostración patriótica italiana por el triunfo de la libertad, al acto se sumaron todos los elementos amantes de la causa de la justicia y del derecho.



EL LAXANTE IDEAL

LA SEÑORA que desee tener sus hijos sanos, contentos y comilones, sin granos ni eczemas.

LA SEÑORITA que ambicione un cutis fresco y lozano.

EL OFICINISTA que pasa largas horas inmovilizado por el trabajo.

LOS QUE ASIMILAN MAL, los constipados, los que se resfrían con facilidad, los convalecientes.

Todos encontrarán un precioso agente curativo en este exquisito champagne de frutas.

CUIDARSE DE LAS IMITACIONES, QUE SON NUMEROSAS

FARMACIA Y DROGUERIA DIEGO GIBSON

168, DEFENSA, 192

Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

SFOR

De Avellaneda

Los vecinos de esta ciudad celebraron con gran entusiasmo el triunfo de los aliados, realizándose partidas de campo y pic-nics, en los que reinó alegría indescriptible.

Campaña contra la mosca

Para combatir la desaparición de la plaga de la mosca, que tan graves peligros entraña para el hombre, es necesario, ante todo, convencer a la gente de la existencia de estos peligros y la posibilidad de reducirlos. La campaña debe iniciarse, pues, con una serie de conferencias, lecturas, distribución de folletos, etc., en que se hagan resaltar estos peligros y se indiquen los medios más simples y positivos para la eliminación de este enemigo mortal y aparentemente inofensivo de la humanidad.

Para que la cruzada sea eficaz es indispensable que sea individual y conjunta y constante.

Cada uno en su propia casa debe iniciar una lucha intensa, cerrando el paso al invasor y destruyendo a cuanto enemigo logre entrar.

Los vecinos deben obrar solidariamente para eliminar los lugares de cría y destruir las larvas que pudieren existir en dichos lugares.

Pero debe tenerse en cuenta que ningún resultado práctico se obtendrá si esta lucha no es constante. No basta el entusiasmo de unos días. Debe principiarse en cuanto aparecen las primeras moscas que han resistido al invierno y continuar durante toda la estación y ello durante un par de años por lo menos.

Medios para eliminar la plaga

Dos son los principales:

1. — Eliminación de los criaderos y destrucción de las crías.

2. — Destrucción del insecto listo para reproducirse.

Pueden resumirse en uno solo: limpieza.

Destrucción de las crias

Sabido es que los estercoleros son los lugares preferidos por la mosca para depositar sus huevos. Dado que por diversas razones no es posible eliminarlos por completo, conviene por lo menos evitar que en ellos se desarrollen las larvas o, de lo contrario, destruir las larvas que en ellos pudieran haberse criado.

Revolviendo el estiércol, por lo menos dos veces semanales y agregándole una solución de sulfato de hierro o de cal se destruyen las larvas.

He aquí otro sistema ideado y adoptado por la Escuela de Agricultura de Maryland, Estados Unidos, que ha dado un resultado muy halagador; es sencillo, práctico y económico, estando basado científicamente sobre la forma de evolucionar el insecto. Veamos cómo se construye y opera:

Se compone de una gran mesa o catre de madera a enrejados, de 6 metros de largo por 3 de ancho, sostenido por un fuerte armazón con pies de 30 ó 40 centímetros de altura; descansa sobre una plataforma de material revocada con cemento portland, con bordes del mismo material de unos 10 centímetros de altura. La plataforma debe tener un ancho de 60 a 70 centímetros, mayor en todos sentidos que el enrejado; el piso tendrá una ligera inclinación hacia una de las extremidades, en la cual se encuentra un tubo o caño que comunica a un pozo cercano. Para cerrar el caño e impedir la salida del agua, se emplea un simple tapón de madera, que se remueve cuando se quiere limpiar la plataforma de las larvas alojadas.

Estando el enrejado en su lugar, se llena la plataforma con agua en una altura de 4 a 5 centímetros.

Todos los días se lleva sobre la mesa el estiércol producido durante el día anterior, principiando el amontonamiento por una de las extremidades, amontonamiento que hay que llevar a, más o menos, un metro 50 centímetros de altura, procurando por medio de ligeros riegos que la masa quede húmeda para que se produzca una fermentación que elevará la temperatura del estercolero.

En esta forma, esta trampa representa un sitio ideal para la puesta, y las moscas de la vecindad se dirigen a ella.

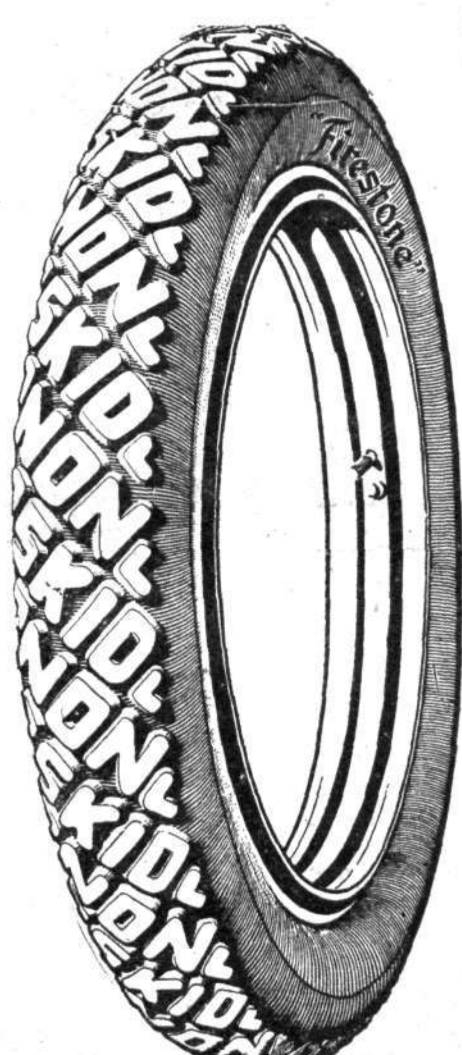
Nacidas las larvas, emigran del montón, pasando por entre las rejas o bordes del catre; caen sobre la plataforma, donde perecen ahogadas.

De tiempo en tiempo se deja escurrir el agua cargada de larvas en el pozo, y se limpiará el piso de la plataforma con una manga y escoba de caballeriza.

Es bien entendido que la plataforma debe encontrarse siempre cubierta de una capa de agua, 4 ó 5 centímetros, y es muy recomendable verter en ella una pequeña cantidad de kerosene.

EL NEUMÁTICO
Firestone
TIPO NUEVO
DE DOBLE VULCANIZACION Y CON TALON REFORZADO

es garantía de SEGURIDAD, DURACION y ECONOMIA



Por el relieve de las letras grabadas en la superficie del Firestone éste se adhiere al terreno en forma que previene las resbaladas y patinajes, a la vez que asegura la serenidad del automóvil y aumenta la rapidez de la marcha.

Sobre el asfalto húmedo, como en los caminos llanos o accidentados, la acción del neumático Firestone es uniforme y eficaz.

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS
cuyas tareas les exigen rapidez y puntualidad, tienen, en el neumático Firestone un aliado de valor inestimable.

LOS EXCURSIONISTAS
que se aventuran en carreteras intransitables, evitan los riesgos cuando sus autos llevan Firestone.

LOS QUE ENTIENDEN
el mérito real de un neumático, saben que no hay ningún otro que pueda igualar y menos superar al Firestone.

ACCESORIOS Firestone para neumáticos, son fáciles de aplicar y perfectamente seguros en su funcionamiento.

FIRESTONE TIRE & RUBBER Co.

VICTORIA, 1566 - Buenos Aires

Agentes en el Uruguay: LOHIGORRY HERMANOS - 511, RINCON, 513 - MONTEVIDEO

Necrología



Señora Laura Vattuone de Doyharzabal Chavarría. — Capital.



Señorita Joaquina Blanco. — Capital.



Señora Eusebia Rocha de Urioste. — Capital.



Señora María Machado de Marull. — Rosario.



Señora Rosa Scorzello de Degregorio. — Capital.



Señor A. del R. Avila. — Capital.



Señor Juan Zerbini (hijo). — Capital.



Señor Pascual Martino. — Santa Regina (F. C. P.)



Señor Genaro Carmelo Donato Criscuolo. — Capital.



Señor Luis Stoisa. — Rosario.



El sueño reparador es un bien del cielo.

Si su hijito, señora, al llegar la noche, no pide que se le acueste, o duerme mal, es una señal evidente de que no se encuentra bien.

Cuando su niño está enfermo, lo primero que una madre debe hacer es cuidar de que los intestinos del pequeño estén limpios y sus órganos digestivos funcionen bien, lo que conseguirá fácilmente administrándole el eficaz laxante

Bombones



al chocolate

Su acción es suave, y son muy fáciles de tomar por su sabor agradable. Regularizan el funcionamiento intestinal sin causar dolores ni molestias.

Pídalos en todas las farmacias.

UNICOS CONCESIONARIOS:

P. SOLDATI y Cía.

DROGUERIA SUIZO-ARGENTINA

Rivadavia y Catamarca. Buenos Aires.

Hematógeno del Doctor Hommel

ZURICH SUIZA

No te acobardes ...

esa palidez de tu rostro y el decaimiento que sufres, desaparecerán con rapidez tomando el poderoso tónico

Hematógeno del Dr. Hommel

cuyas notables propiedades como regenerador de la sangre son bien conocidas, y lo hacen insubstituíble en los casos de **anemia, linfatismo, clorosis, postración, inapetencia, excitación nerviosa, debilidad cerebral** y todas aquellas enfermedades ocasionadas por la pobreza de la sangre.

Tomar HEMATÓGENO equivale a adquirir nueva salud, porque su preparación es a base de hemoglobina, extraída de sangre pura, fresca y sana, lo que da a los músculos el vigor que les falta, robusteciendo y fortificando el organismo entero.

Nota importante.—Fíjese en el verdadero **Hematógeno** del Dr. Hommel. Exíjalo en todas las Farmacias, y no acepte usted excusas si pretenden venderle un substituto, pues **Hematógeno** no ha faltado, no falta, ni faltará en plaza.

En cualquier caso, pídalo directamente a los únicos concesionarios:

P. SOLDATI y Cía.

Droguería Suizo-Argentina

Rivadavia y Catamarca

Buenos Aires





Te Suizo

Aromático, depurativo y purgante.

Preparado con yerbas y plantas de los Alpes Suizos.

Es agradable al paladar por su aroma; es tónico para el estómago, y blando y eficaz en su acción depurativa y laxante.

Unicos concesionarios: **P. SOLDATI & Cía.**

DROGUERIA SUIZO-ARGENTINA Rivadavia esq. Catamarca

PACOLOL

Substituto inglés del Lysol

Desinfectante, aprobado y adoptado oficialmente por el Gobierno Inglés para el Ejército y la Armada.

Fabricado por:

W. PEARSON Ltd. — 15, Elm Street, London

Unicos concesionarios:

P. SOLDATI y Cía.

Rivadavia esq. Catamarca - Buenos Aires

Bello y artístico aspecto que presentaba la grandiosa manifestación que el vecindario celebró en homenaje al triunfo de las armas aliadas, en la larga y cruenta lucha que han sostenido en pro de la Libertad, la Justicia y el Derecho.



U. Tel. 6273, Avenida.

Ultimos inventos. Utiles prácticos e interesantes. Siempre Novedades

Bazar YANKEE

211 - 219 ESMERALDA 219 - 223

VENTILADOR A ALCOHOL



Viento a gran distancia, prácticos y económicos, alto 33 ctms., palas 30 centímetros, a.. **$ 75**

VENTILADOR A PILA



Sin necesidad de corriente, palas de 6 pulgadas. Precio, pesos.......... **15**
De 22 ctms., $ **50**

EXITO



Ventilador a alcohol, consume 0.01 centavo por hora. Precio....... **$ 35**

BRISA



Ventilador de mano, muy elegante, puede llevarse en el bolsillo. Precio, pesos......... **$ 4.50**

LAMPARA DE ALCOHOL COMUN



Luz clara, fuerte y fija, de 80 bujías, consume 0.02 centavos por hora. Precio......... $ **20**

APOLLO

El aparato eléctrico-médico para tomar corriente más perfeccionado para curar reumatismo, ciática, nervios, pesos.......... **50**

MOTORES A LEÑA



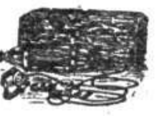
Fuerza motriz barata para bombear agua, funcionamiento sencillo. Peso 300 kilos. Número 5. Catálogos, gratis.

CASILLAS NORTEAMERICANAS



Casa de una pieza, piso lustrado, puertas, transparentes, etc. Precio, pesos................. **140**

FARADOR



Los que sufren, recomendamos el Farador, aparato que asimila el oxígeno indispensable, enérgico desinfectante y antiséptico poderoso.

TELEFONOS



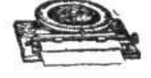
Completo: aparato, campanilla, cables, botones, plano, etc.; garantido. Precio .... $ **15**

GIGANTE



Máquina de escribir, con letras y números y escritura perfecta. Precio, pesos............. **4**

PRACTICAL N.º 1



Máquina con graduador de líneas, en su estuche, 23 x 15. Precio.......... **$ 6**

PRACTICAL N.º 2



Máquina con letras mayúsculas y minúsculas, para escribir en más de 14 idiomas, a.... **$ 10**

IMPRENTA

Máquina de acero, pueden hacerse tarjetas, rótulos, etc.
Precio ...... **$ 5**
N.º 2......... **$ 6**

IMPRENTA



Imprenta para imprimir cartón, filetes, géneros, etc. Precio....... **$ 25**

MINERVAS



Minervas especiales para hacer circulares:
N.º 1...... $ **12**
N.º 2...... $ **25**

SOLDADOR A NAFTA

Soldadura en dos minutos, a.................... **$ 5.—**



Taladro para agujerear vidrio e hierro, a.......... **$ 3.50**

LAPICERA-LAPIZ

Lapicera de bolsillo, con tinta permanente y lápiz. Precio $ **1.—**

CORTAVIDRIO



Corte perfecto. Precio $ **1.—**

LINTERNAS



Linternas de bolsillo, luz fuerte y clara, desde **$ 1.50** a **$ 4.50**

FAROLES Y ANTORCHAS ELECTRICAS

Antorchas eléctricas, desde $ **3.50** a........ $ **15.—**

Faroles de níquel, desde $ **5.—** hasta pesos....... **20.—**

Alas para aprender a nadar, prácticas y cómodas, para sostenerse a flote. Pretio........ **$ 3.50**

CATRES PLEGADIZOS



Pueden llevarse como valija.
Núm. 1... $ **12.—**
» 2... » **18.—**

BOTELLA FILTRO

Botella filtro para un litro de agua. Precio..... **$ 4.50**

LARGAVISTAS



De tres faces, para ver a largas distancias. Precio.......................... **$ 20.—**

Taladro para bronce, vidrio, cobre, etcétera, a............. **$ 2.50**

LAPIZ LUZ ELECTRICA



Al escribir ilumina el papel, a.. $ **5.—**

ARTICULOS DE MAGIA PARA REUNIONES FAMILIARES, TEATROS, etc.



Pañuelo convertido en un huevo, $ **2.—**



Pañuelo brujo. Pañuelo que desaparece, a.. **$ 2.50**

Cacerola infernal o suerte de efecto, a $ **8.—** y.. $ **18.—**



Dado que pasa un sombrero, a **$ 0.80**



Pañuelo que desaparece de las manos, a..... **$ 2.50**



Aparición misteriosa de banderitas y serpentinas, a... $ **4.—**

NUESTRO CATALOGO [illegible] GRATIS

De Tres Arroyos

El día de Italia se festejo con gran entusiasmo. — La columna de manifestantes en el momento de cruzar ante el edificio de la "Sociedad Italiana". — En el círculo: Automóvil decorado artísticamente con alegorías a los países aliados.

LA RAZA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

Flor natural en los Juegos Florales del Azul, el 12 de octubre de 1918.

LEMA: ¿CUÁL ES LA RAZA ESPAÑOLA?

Canto el alma española
fecundando la América latina;
¡Atlántico sublime, eres mi acento!
¡Montañas de los Andes, sois mi lira!

¡Canto la raza hispana, que en el genio
de Colón, vino un día
a volcar los torrentes de su lumbre
sobre el imperio colosal del Inca,
sobre los toldos del feroz cacique,
sobre el abismo de las almas indias!
El mundo era pequeño, para el grande
espíritu de España, que sentía
ansias de magnitud, sueños de gloria,
fuertes corazonadas de conquistas.
Vino Colón primero
con los santos pendones de Castilla
salpicados aún en sangre mora,
clavó la cruz bendita
sobre la virgen tierra, que sintióse
crecer bajo esa cruz, en sus espigas,
en su yerba, en su flor, en su ramaje,
en su fruto, en sus aves, en sus brisas,
en su arrullo, en su música,
en su valle, en su loma, en su colina,
en su roca, en su cerro, en su montaña,
en todo lo que América tenía
como si el brazo de la cruz prendiese
un ala en cada arista,
un ímpetu gigante en cada nervio
y una fuerza inmortal en cada vida!

Después, la enorme ola
de semidioses de cabeza olímpica
y magníficos gestos,
desde España venía...
Era un tropel de astros portadores
de la buena semilla
de fe, de amor, de gloria,
de ensueño y valentía,
para sembrarla en tierra americana:
Ese germen aun hoy fructifica.

. . . .

Y la ola llegó. Y hubo un galope
de centauros iberos, en las ricas
extensiones del Nuevo Continente.
Tembló la tierra como virgen tímida
y alzóse el aborigen, lanza en mano,
a defender su libertad y vida.

. . . .

Y hubo homéricas luchas,
y la espada lumínea
del español, goteaba luz en cada
tajo que su hoja fulgurante abría!

Los ardientes volcanes
alzaron sus antorchas encendidas,
para alumbrar el hórrido combate
del brazo ibero y de la fuerza indígena!
Sacudieron las raudas cataratas
sus melenas magníficas,
y el cañoneo de sus roncas voces
fué a despertar las tribus que dormían.
Sacudieron los montes de granito
sus entrañas flamígeras,
y horrendo trueno retumbó en la tierra...
Silbó el viento veloz, de cima en cima,
bajó a la selva, sacudió su sueño
y desapareció en la lejanía!
Las selvas desgarraron
sus bellezas nativas,
sus ramas fueron lanzas,
sus troncos fueron piras,
abrigo sus follajes
y puñales sangrientos, sus espinas!

. . . .

Y la lucha siguió, bárbara y ruda;
América luchaba como india
celosa, con sus brazos de ciclones,
¡El mundo americano era una liza!
Pero la fuerza y la razón no caen
si combaten unidas.
Era preciso que el hispano espíritu
venciera en su cruzada de conquistas.
Y cayeron los ídolos, tumbáronse
los incásicos tronos, en seguida,
y se quebraron las postreras lanzas
en el salvaje puño de los Incas...
y flotaron gallardas,
arriba, bien arriba,
como aves de alas rojas y áureo pecho,
las sagradas banderas de Castilla!

¡América española! Varios siglos
siguió el cetro de España
sosteniendo este mundo americano.
Idioma, religión, virtud, pujanza,
ciencia y cultura, derramó en el surco



el español espíritu, en su magna
obra de redención, y el surco fértil
colmó las esperanzas,
pues cada gota de sudor y sangre
floreció en realidades. La mañana
del nuevo día iluminó los cielos
con luz de democracias.
El pensamiento se agitó en su nido,
abrió las bellas alas;
y los pueblos de América
acostumbrados a trepar montañas
y sorprender en las enhiestas cumbres
el sueño de los cóndores y águilas,
sintiéronse potentes
bajo la secular grandeza hispana.
Y otra vez los leones de Castilla
rugieron sus hazañas...
Y esta vez, no volaron
después de las batallas,
como aves victoriosas
las sublimes banderas castellanas.
Esta vez, perseguidas por los cóndores,
tendieron ¡ay! sus gigantescas alas
al nidal de sus glorias inmortales...
¡Y fué la libertad americana!

Pero, ¿qué? Si los pueblos no son libres
porque rompan tutelas centenarias,
y se arranquen del tronco primitivo,
si llevan en el alma
vínculos de creencias y de idiomas,
de fe, de amor, de gloria y esperanza,
que más y más los unen cada día
a la honda raíz originaria!
España está en América
tan dentro de su alma,
tan fuertemente unida a su raigambre,
que pensar de su espíritu arrancarla,
sería destruir el nuevo mundo,
sería herir la raza,
sería profanar sus más sagradas
afecciones, sería
destrozar sus entrañas,
sería ahógar sus altos ideales,
sería asesinarla!
España está en América. Su sangre,
su jugo heroico, su viviente llama,
su latido sonoro, su almo ensueño,
su brillante palabra,
vive en la sangre de sus hijos, arde
en la frente inspirada,
late en el corazón, fulge en la idea,
y es música en el labio y en el arpa!
¡Adónde, adónde posarán los ojos
que no vean las huellas de su planta!
Desde el largo Amazonas
a la ancha cuenca del hermoso Plata,
de Méjico al Estrecho,
del Andes al Brasil o a las Guayanas
¿adónde, adónde posarán los ojos
que no vean a España!

No ya su acero, como ayer alzado
en las contiendas magnas,
sino su gran espíritu,
su espíritu más grande que su espada!
Su espíritu que elige y que reune
como ave colosal, bajo sus alas,
todos los buenos gérmenes fecundos
de la futura americana raza,
que amasará con médula española
en el molde magnífico de España!
¡España está en América! Acerquemos
el oído a la tierra americana,
y esa tierra dirá de las proezas
de la española casta!
Abramos el oído
a los vientos que pasan,
y esos vientos dirán toda la gloria
de la epopeya hispánica!
Trepemos a la cumbre más enhiesta,
la de frente más blanca,
la que conserva nieves seculares,
la que no tocan ni las mismas águilas;
y esa cumbre imposible,
esa cumbre sin mácula
nos hablará de su epopeya heroica,
nos hablará de su divina raza!
Tantos son los milagros de su estirpe,
en esta tierra que alumbró su alma,
que aunque América fuese una gran lengua
que aunque América fuese una gran arpa,
sólo podría repetir un nombre:
¡España, España, España!...

ISMAEL NAVARRO PUENTES.

La misión más hermosa

de la mujer, es ser madre; su virtud mayor, criar su hijo ella misma.

Y es bien cierto, que salvo muy contados casos, la madre puede criar su hijo ella misma sin mayores sacrificios. Anemia, debilidad, nerviosidad, dolores de pecho y espaldas, tanto como pobreza e insuficiencia de leche, han dejado de ser inconvenientes insalvables. 2 ó 3 copas de la deliciosa



producen una rica y sana leche en abundancia, al mismo tiempo que benefician altamente el organismo de la madre. Ella se sentirá vigorosa y fresca, gozará de un sueño reparador y de un apetito excelente. Se sentirá completamente feliz cumpliendo su sagrado deber de madre. Si dudara, consulte a su médico.

DE VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO, S. A. - Buenos Aires

En Montevideo: JUAN MUSANTE, 25 de Mayo, 701

De Los Toldos

El pueblo en masa acudió a la manifestación con que se celebró la victoria de los ideales democráticos sobre la autocracia y el militarismo.

De Villa María

Banquete celebrando el día de la Paz Universal y por el triunfo de los aliados, al que concurrieron los vecinos más prestigiosos de esta población.

MUEBLES **CASA ETKIN e Hijo** **CANGALLO, 756/58**

Coincidiendo la apertura de nuestra vasta exposición con la paz mundial, reducimos los precios hasta fin de año.



Flete gratis, no distando 7 horas de la Capital

Grandioso homenaje celebrado con motivo de la victoria de las armas italianas, al recibirse la noticia del armisticio concertado en aque frente. Al acto asistieron las sociedades aliadas.


MODERNA
Bagley
Galletitas
BAGLEY
Preferidas
por su calidad
MODERNA
Bagley
PIDA EN TODOS LOS ALMACENES
GALLETITAS
Bagley
"Surtido fino"
"Tertulia"
GALLETITAS
SURTIDO FINO
BAGLEY
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
M. S. BAGLEY & Cía. Ltda.
MONTES DE OCA, 199
BUENOS AIRES

Los indios bolivianos

Aunque degenerados, envueltos en un falso barniz de civilización y en gran parte embrutecidos por el alcohol, todavía quedan en Bolivia muchos indios de pura raza, que componen más de un tercio de la población de la república, y entre los cuales hay muchos que conservan algunas de sus antiguas costumbres. Los que viven en las provincias pobladas por los blancos, son cristianos, pero en sus fiestas y ceremonias religiosas se ven claramente reminiscencias de sus primitivas prácticas idólatras. Los de la frontera septentrional y los del Chaco boliviano son todavía verdaderos salvajes; entre estos últimos, sobre todo, los chorotis y los tapietes, que tienen costumbres sumamente primitivas y una religión casi rudimentaria, en la que incluyen, por cierto, la creencia en la inmortalidad del alma.



Grupo de indios del Chaco boliviano.

De los indios que podríamos llamar civilizados, el principal pueblo es el de los Aymaras, que viven en lo más alto de los Andes. El aire rarificado que en aquellas alturas se respira, desarrolla de un modo notable el pecho de estos indios, lo que constituye uno de sus caracteres físicos más notables e influye en la duración de su vida, que suele ser muy dilatada.

Pero no es sólo el presente de los indígenas lo que el antropólogo puede estudiar en Bolivia, sino también su grandioso pasado. En Tihuanuco, cerca del lago Titicaca, se han encontrado ruinas tan importantes y notables como las del Yucatán y el Perú, ruinas de una ciudad a todas luces grande, que según una leyenda india fué construída en una sola noche por manos invisibles. Se cree que Tihuanuco era la ciudad más antigua de la época incaica, y desde luego es uno de los más bellos restos de aquella singular civilización, que según parece llegó a todo su apogeo en el siglo XI de nuestra Era.



Vieja aymara de ciento treinta años.

Cuando se ven los actuales aymaras, míseros agricultores o arrieros de llamas, parece verdaderamente imposible que sean éstos los descendientes de aquel pueblo poderoso, cuya cultura, si la conociésemos, nos llenaría sin duda de tanta admiración como la de Egipto o la de la India antigua.

Los indios actuales, son en general, enemigos de toda civilización y cultura, refractarios a toda innovación o progreso. Su afición a la «chicha» (aguardiente), es excesiva y el orgullo de los indios se cifra en el mayor consumo de aquel licor, y para procurárselo son capaces de venderlo todo.

Concurrentes al anunciado pic-nic, llevado a cabo en esta localidad por la sociedad «Orfeón 9 de Julio».

CONFORT

Goodrich



El verdadero confort del Automovilismo depende, mayormente, de los neumáticos.

Cuando se viaja sobre los neumáticos "**GOODRICH**", produce la sensación de viajar sobre aire.

La calidad y vitalidad de la goma que se emplea, el cuidado invertido en su fabricación, su mayor tamaño, el espacio extra para el aire y el antiderapant, son todos factores importantes que contribuyen el aumento del confort.

Para toda clase de automóvil hay un neumático "**GOODRICH**".

Si Vd. es amigo de la comodidad, equipe su auto con neumáticos "**GOODRICH**".

Concesionarios para la Argentina, Uruguay y Paraguay:

HENRY W. PEABODY & Cía.

Bmé. MITRE, 1746 — BUENOS AIRES

Agentes en Montevideo: **BANKIER y LINN** - Rincón, 689

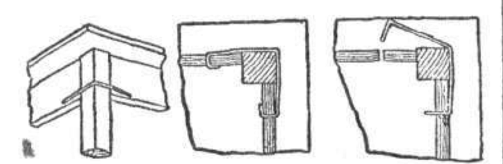
Inventos, recetas y procedimientos útiles

ANTES DE FREIR LAS PATATAS y cuando ya están cortadas, conviene echarlas en agua fría y secarlas con un paño al echarlas en la sartén.

LOS GUANTES DE CABRETILLA blancos, pueden teñirse de color de canela, metiéndolos en agua de azafrán y dejándolos en ella hasta que ofrecen el matiz deseado.

UN LIGERO MASAJE con manteca de cacao, limpia muy bien la piel del cuello. El masaje fortifica los músculos y la grasa nutre la piel.

PARA LAS PATAS DE LAS MESAS



Cuando se aflojan las patas de una mesa o de una silla de madera, es fácil asegurarlas como demuestra el grabado.

Como los clavos no harían bien ni la cola sujetaría bastante, es preferible hacer un par de agujeritos en los largueros, y poner una especie de lañas de alambre galvanizado del grueso más conveniente.

Los extremos del alambre se doblan en la forma indicada en la figura central después de introducirlos por los agujeros.

TODAS LAS CARNES SALADAS, como el jamón, la lengua, etc., deben ponerse a hervir en agua fría y con no mucha lumbre, a fin de que se calienten lentamente.

SE HACE UN BAÑO REFRESCANTE, echando gota a gota en el agua benjuí, en cantidad suficiente para que tome un aspecto lechoso.

CUANDO SE USAN POLVOS DENTÍFRICOS, no basta enjuagarse la boca con agua para quitar los que quedan entre los dientes. Hay que aclarar el cepillo y frotarse con él nuevamente, empleando agua sola.

EL ÁCIDO CRÓMICO CONTRA EL SUDOR. — La Dirección de Sanidad del Ministerio de la Guerra de Francia, recomendó hace poco el empleo del ácido crómico como remedio poco costoso y sin peligro para la transpiración exagerada de los pies. Su empleo consiste en lavarse los pies con una solución de ácido crómico en agua al 5 ó 10 por 100 cada dos o tres semanas; a veces basta cada siete u ocho.

Antes de tomar esta resolución, la Dirección de Sanidad había probado el remedio con 18.000 soldados, obteniendo resultados excelentes.

TEMPLE DEL ACERO. — Caliéntese en rojo y sumérjase en petróleo del más refinado.

POLVO HEMOSTÁTICO PARA LAS CORTADURAS. — Se mezclan en partes iguales alumbre, goma tragacanto y ácido tánico, cuidadosamente pulverizados y se aplica un montoncito de la mezcla encima de la cortadura.

EL REMEDIO MEJOR PARA QUITARSE EL HIPO, consiste en tomar un terrón de azúcar empapado en éter sulfúrico. Es de mejor resultado que beberse un vaso de agua a sorbos y que caminar con la boca abierta reteniendo la respiración.

LA DISPEPSIA SE CURA O POR LO MENOS SE ALIVIA tomando todas las mañanas en ayunas una naranja, por espacio de seis u ocho semanas.

Villavicencio

De las Sierras de Villavicencio (Mendoza).

Es el agua que no debe faltar en la mesa de su hogar.



Eminentemente radioactiva, alcalina, lítica, antiúrica y estomacal.

Es la única agua mineral, que al beberla conserva intactas todas estas propiedades; porque usted puede beberla a los pocos días de surgir de la fuente.

Su sabor exquisito la impone como agua de mesa

ESCRITORIO Y DEPOSITO:

SANTA FE, 1234 - Bs. Aires **U. T., 5244, Juncal**

En los "links" de golf del F. C. S



Las señoras de Huergo y Madero y señores Gálvez, González Guerrico, Madero y Huergo, presenciando el match de golf disputado en los ''links'' de Mar del Plata, por la Copa donada por el F. C. S. — En el círculo: el señor L. Elortondo, ganador. — Distinguidos jugadores, esperando el turno para tomar parte en el juego.


SARMIENTO
esquina
MAIPU
CARLOS RASETTI
CASA
IMPORTADORA DE ARMAS,
MUNICIONES y CUCHILLERIA
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
en la calle RIVADAVIA, 526
El 14 de Mayo de 1917, y en ocasión del 60 aniversario de su fundación, esta casa abrió un gran anexo y exposición en SU EDIFICIO PROPIO
Calle SARMIENTO
esquina MAIPU
Buenos Aires
Esta casa está en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.
Visiten el nuevo local
CONSULTEN LOS PRECIOS
CASA EN PARIS
3 Rue Lentonnet

APUNTES Y RECORTES



—Vamos, hombre, eso no es nada; se te irá como vino.
—¡Diantre! Pues vino con la explosión de una granada, mi comandante.

(De «Le Rire».)

Entre los nahuas, o sea el poderoso grupo de lengua méxica, en el que están comprendidas las familias indígenas de mentalidad artística e histórica palpitantes aún en el alma nacional, existía el Año Nuevo con sus fiestas especiales.

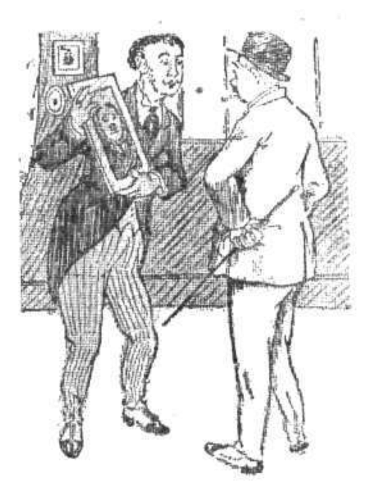
Sin entrar en los complicados estudios del calendario azteca y del que le precedió inmediatamente, o sea el tolteca, bástenos decir que el cómputo del tiempo era astronómico entre aquellas gentes; que su año tenía 360 días, al finalizar los cuales añadían 5 días en los años comunes y 6 en los bisiestos y en tales días, que denominaban baldíos o inútiles, dejaban de hacer las acostumbradas fiestas a sus númenes y los dedicaban a visitarse.

Tenían su ciclo de 52 años, divididos en cuatro grupos de a 13 años cada uno y en cada trecena los años llamados Acatl, Tecpatl, Calli y Tochtli, o lo que es lo mismo: Carrizo, Pedernal, Casa y Conejo, se alternaban antecediéndoles numerales diversos.

Veinte días integraban lo que llamaremos sus meses, y con toda propiedad, "veintenas"; los días tenían todos nombres diferentes.

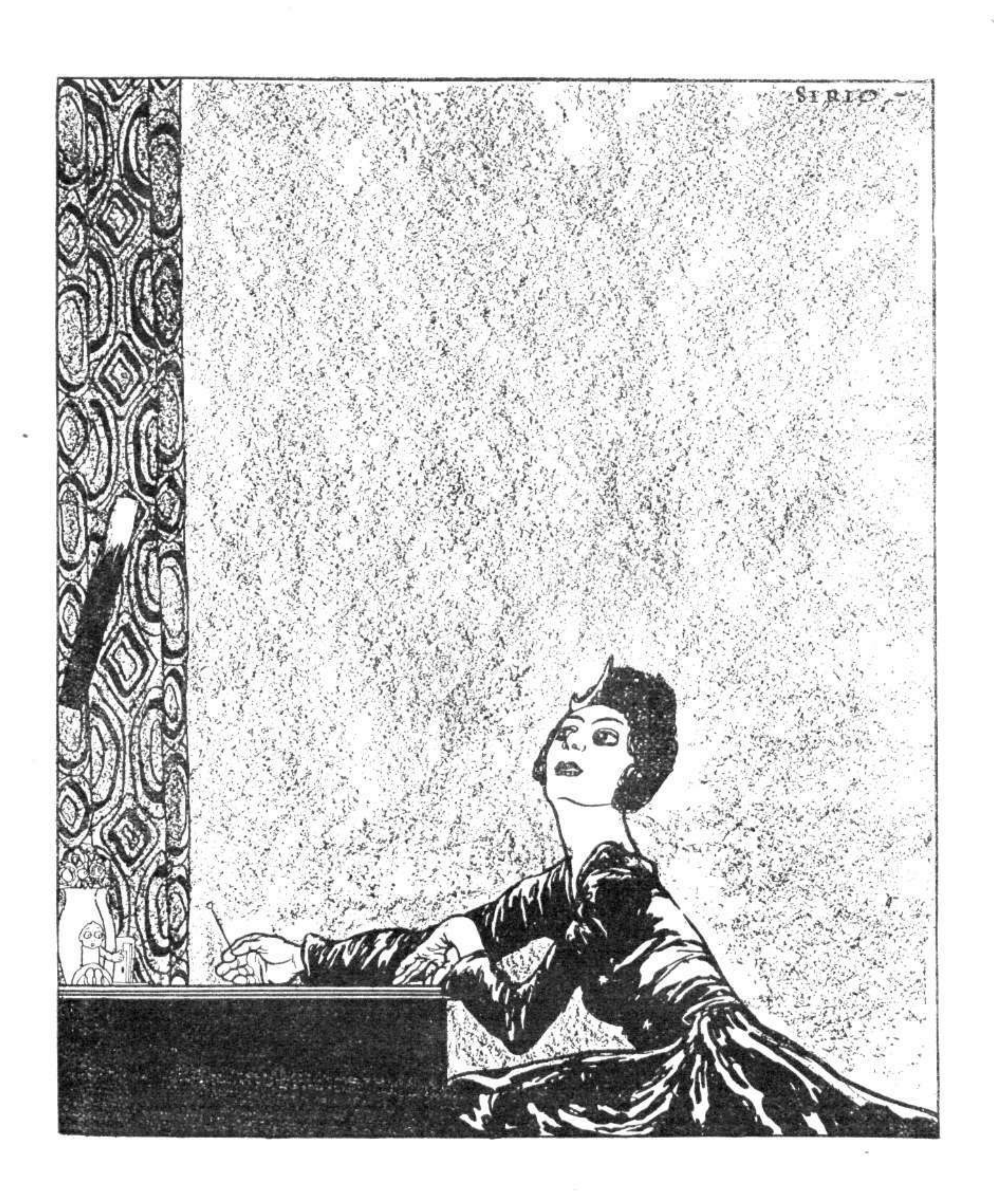
El único punto del mundo donde la fabricación de violines constituye casi la única industria, es Markneu Kirchen. Entre esta ciudad y los pueblos que la rodean, ocupan 15.000 personas exclusivamente en la fabricación de violines.

Los habitantes, desde los niños y niñas pequeños hasta el hombre de pelo blanco y la anciana abuela, están empleados durante todo el año en hacer alguna parte de las que constituyen ese instrumento.



El cliente. — Bueno, usted me hará una reducción en el precio.
El fotógrafo. — Pero hombre, ¿cómo voy a hacer una reducción si me encargó usted una ampliación?

(De «Le Pele-Mele».)



DEL NATURAL

LA - SEÑORITA - CAMAÑO -

Por

ALCIRA OBLIGADO

PAGINAS LITERARIAS



LA SEÑORITA CAMAÑO

DEL NATURAL

Para CARAS Y CARETAS.

De pie ante el espejo, atravesado por una rasgadura que parecía una herida abierta, con el menudo talle erguido, los ojos brillantes de emoción y los brazos en alto, en actitud de darle forma de peinado elegante a los cabellos ensortijados y rebeldes, la señorita de Camaño se preparaba para asistir al baile de disfraz que tendría lugar aquella noche en el Centro Gallego.

Era una verdadera tragedia íntima el combate silencioso que agitaba esa alma femenina, en su afán por embellecerse. La tez morena, aceituneña se resistía a tomar el tinte de blancura apetecido, a pesar de los masajes de cold cream y de la lluvia de polvos que las manos, nerviosas y febriles, volcaban sobre la cara y el escote, mezquino de carne, que dejaba adivinar la contextura frágil, de criatura endeble, como retoño pobre, escaso de vida. Sólo los ojos negros, inmensos, parecían concentrar toda la savia del cuerpo.

Ardían las pupilas como gemas espejeantes que tuvieran vida y fuego interior, sugeriendo no sé qué visiones de crímenes ocultos y de torturas silenciosas. Ojos árabes con languideces de cantares gitanos y relámpagos acerados que penetraban en la carne como estiletos. Ojos de belleza profunda que desentonaban en ese físico mediocre, y hacían pensar que allá, en el fondo de las pupilas, tenebrosas, se encerraba el alma de alguno de los Califas, que estaban en su raza, y que le había transmitido esa sugestión de misterio y de encanto que tienen los espíritus atormentados.

En el ambiente que la rodeaba se sentía la impresión de tristeza desalentadora que tiene la pobreza que no se defiende y los objetos parecían seres humanos que hubiesen soportado los combates del tiempo; una cama de madera deslustrada, dos sillas vacilantes, una jaula de oro vacía. Sobre la mesa de toilette varias baratijas exhibiendo algún miembro mutilado, como soldados fuera de combate. La muñeca que servía de pinchera no tenía cabeza, al "kewpie" de ojos avispados y sonrisa burlona, le faltaba un brazo y los dos floreros que sostenían unos ramos de flores de papel estaban acribillados de rasgaduras.

Cuando se miró por última vez, con atención minuciosa en el espejo que lo reflejaba confusamente, poniendo de lado la cabeza para observar el contorno grácil de su silueta, envuelta en el traje de tarla-

tana negro, recamado de estrellas, con una luna de papel pintado sobre los cabellos negros y relucientes, la cara cubierta por la capa de polvos que le daban la ilusión de la blancura y hacían aparecer más brillantes, más grandes y más negros sus ojos de musulmán en delirio de grandezas, tuvo una sonrisa de ingenuo deleite. ¡Al fin se veían compensados sus afanes! Este traje, que le costó una semana de trabajo y le llevó todos sus ahorros, había quedado realmente espléndido y llamaría la atención esa noche en el baile del Centro Gallego. Toda la gente se pararía al verla entrar y hasta aplaudirían; pero eso no tenía importancia, lo que llenaba de alegría su corazón y hacía subir la sangre a sus mejillas, era la idea de que el hombre con quien ella soñaba despierta y dormida y que representaba su única felicidad en el mundo, iba a admirarla en todo el prestigio que le daban los adornos y los afeites. Ya le parecía verlo con aquel aire envalentonado y aquellos ojos, que despedían chispitas eléctricas, y reían siempre llenos malicia, paseándola por los salones, ante la concurrencia que les abría calle. ¡Bah! Quién le iba a decir allá en su tierra, cuando volvía de la pesca con el horrible refajo colorado que no alcanzaba a cubrirle los tobillos escuálidos, como sarmientos ruines, y aquella canasta mal oliente que le agobiaba las espaldas, que llegaría un día en que ella se vestiría de señora y se echaría perfumes y tendría este cutis tan blanco y tan fino que la hacía parecerse a la marquesa de Peñalcares, que tanta admiración le causaba, cuando la veía pasear por las largas alamedas de sus magníficos jardines.

Pero lo más extraordinario, lo que parecía un cuento de príncipes encantados y de pastores, era aquel amor que ella, la modesta labriega, había conseguido despertar, así, de la noche a la mañana, en ese joven que debía ser aristocrático, por lo apuesto y fino en el hablar, que la acompañaba todas las tardes, diciéndole al oído, con una voz grave y dulce, que le acariciaba el corazón, muchas cosas sentidas, que eran algo así como cantares, llenos de poesía, que la dejaban silenciosa, en un recogimiento místico, como si esas palabras fueran música divina.

Ella sonreía, sonreía siempre, con las finas narices palpitantes, recreándose en su mundo interior, que sólo le hablaba de venturas. Iba de un lado para otro, sin saber qué hacía, ensayando pasos de baile, con una alegría loca, que le daba ganas de correr y de gritar; y cerraba los ojos para paladear mejor aquel estribillo que él le cantó la noche antes, cuando se despedían: "Eres toda la imagen de mi ensueño y vivo en tus pupilas".

Mientras el coche rodaba por las calles estrechas, abarrotadas de tráfico, ella, envuelta en su modesta capita de paño acurrucada entre los almohadones, revivía el pasado. ¡Cuántos acontecimientos le habían ocurrido en un año! Con la agudeza que produce el estado nervioso que da lucidez al cerebro y percepción a las sensibilidades, se veía asomada a la baranda del inmenso vapor que la alejaba lentamente de su querida ría de Vigo, en aquel amanecer del mes de enero. Un ambiente de hielo envolvía el caserío blanco en una frialdad de sudario.

La coqueta ciudad, con sus viejos miradores de cristales que, a la distancia, parecían nidos de palomas, se esfumaba en una niebla larga y blanquecina; y en el paisaje silencioso flotaba no sé qué misterio de penas ocultas.

Una tranquilidad, una paz, una emoción de silencio lo envolvía todo: el villorrio dormido, más allá, la majada blanca desperezándose. Y, a lo lejos, un tañido lúgubre de campana de ermita. Algo de bíblico, mucho de égloga en el paisaje. Una tranquilidad de convento abandonado, de bosque sin pájaros, de corazón sin ansias imposibles.

Por la calleja, estrecha y empinada, se destacaba la silueta de un hombre, como una mancha larga y negra, embozado en amplia capa, subiendo la cuesta con paso acelerado, como si quisiese huir de su sombra. Ese hombre era su padre, que volvía de despedirla; y que le había dejado allí, bruscamente, entregada a esa soledad inmensa, sin una palabra, ni un abrazo, con un simple gesto de la mano, que quería insinuar un saludo, saltando al barquichuelo que lo llevaba a la orilla, sin volver la cabeza, para no descubrir la emoción que le subía a la garganta como una marea de amargura. Después ya no vió nada más, se sentía deslizar blandamente sobre el agua tranquila, espesa, cubierta por una espuma blanca, que tenía el mismo color lívido del cielo y de las montañas que ahora desaparecían para siempre, llevándole algo de su corazón.

Después vinieron las penurias para encontrar trabajo. Aquello fué el paso de Nuestro Señor por el Monte de los Olivos, con la cruz a cuestas. En realidad, ella no sabía hacer nada que valiera la pena. Algo de costura había aprendido en Villagarcía, en casa de la marquesa de Torrecillas; pero de ahí a atreverse a vestir a esas señoras tan elegantísimas que se paseaban por estas calles de América, había mucho que andar. Al fin consiguió colocarse como aprendiza en una casa de modas, y allí pasó las de Caín. No podía contraerse al trabajo. Su alma, hecha de sol y de aire, como las alegres campiñas del terruño, se moría de nostalgia entre las cuatro paredes del taller, que tenía un aspecto asfixiante con el abarrotamiento de telas, de muebles y de gentes apresuradas y afanosas. En silencio, mientras las demás oficialas charlaban y reían, ella, fijos los ojos en la costura, seguía dando puntada tras puntada, mecánicamente, sin poder dominar su pensamiento, que vagaba por los valles floridos, en tanto que en su corazón cantaba la copla que los mozos coreaban, al volver de la pesca: "Deixame cantar penas, Mariuxa mía, que tú has muerto en mi alma las alegrías." Un día tuvo una distracción muy grande.

Estaba segura de encontrarse en Villa Juan, en una de esas tardes de crepúsculos largos y de cielo violeta, tendida en la playa, respirando la brisa marina y oyendo el lamento de las olas que golpeaban la arena, y era tan grande su obsesión que colocó una manga al revés en la bata que estaba cosiendo.

Cuando se apercibió del error, Madama Peña, la directora del taller, que era una señora muy gruesa, muy exuberante, que tenía voz de hombre y discutía con todo el mundo, le dió un grito tan terrible que el loro, que se pavoneaba cantando por centésima vez el dúo de la "Verbena", se cayó al suelo con jaula y todo, y las oficialas quedaron en suspenso, con la aguja en el aire.

Luego, una tarde, cuando volvía del trabajo, más silenciosa y desalentada que de costumbre, se le acercó un caballero muy elegante, alto, fuerte, moreno, con un acento lleno de cadencias voluptuosas y un andar ondulante, que parecía que hamacaba el viento, y le preguntó si le permitía que la acompañase. Ella aceptó complacida, con mucho rubor revelado; pero con una sensación de bienestar en el fondo de la conciencia, al ver que ya no se sentiría tan sola en ese mundo de gentes desconocidas, que casi hablaban un lenguaje distinto, de tal manera tenían otro modo de pensar, entregada siempre a la debilidad de su yo íntimo.

Entonces empezó para ella una vida nueva. Sus días estaban llenos de esperanzas y de atractivos. Vivía en una emoción violenta, que no le dejaba tregua ni reposo. Todas las mañanas se abrían sus ojos a una nueva ilusión, que era siempre la misma: volverlo a ver, escuchar su voz, que le producía estremecimientos de alegría inconsciente, y así el amor se había apoderado de su alma ingenua, que no conocía medios de defensa ni egoísmos que la preservaran, con una pasión que había barrido con todos los recuerdos y dominaba en su pensamiento donde sólo vivía esa obsesión, que era el principio y el fin de todas sus ambiciones.

Cuando llegó Carnaval, él quiso de todas maneras llevarla a un baile y trataba de entusiasmarla, pintándole los atractivos del espectáculo y el éxito que tendrían los dos cuando bailaran juntos en los salones. Pero ella se resistía, invadida por una in-

quietud extraña, que atribuía a la timidez de su carácter, un tanto selvático, de alma apartadiza y huraña, que sentía instintivo horror a las alegrías estrepitosas y a la gente.

Es una oportunidad que se nos presenta — dijo él — para conversar largamente. Buscaremos algún salón apartado adonde llegue la música como un rumor lejano, y allí resolveremos nuestro porvenir, sellando este pacto de amor que nos acompañará más allá de la vida.

Esta dulce promesa, largamente esperada, disipó las dudas y salvó todos los obstáculos. ¿Retener aquella felicidad para siempre? ¿Cabría en el mundo ventura semejante?

Al entrar a la fiesta el contraste fué brusco. El asombro la detuvo en su camino, sin dejarla seguir adelante. Sus ojos azorados contemplaban ese espectáculo extravagante, donde todo era desorbitado, la luz que se derramaba por los salones dando más brillo a las piedras falsas, a las lentejuelas y las telas llamativas que cubrían las siluetas exóticas; la atmósfera, espesa, saturada de olor a polvos perfumados, a flores abiertas al calor artificial y a extractos narcotizantes; la música que pasaba en el aire, sugeriendo alegrías desordenadas y la gritería estridente de las máscaras enloquecidas.

Ella seguía inmóvil, sin atreverse a cruzar el salón, casi miedosa, sitiendo que la consumía una impaciencia, mezclada de temor y de alegrría al mismo tiempo. ¿Cuándo llegaría él a salvarla de esa vorágine que tenía acometividades de mar embravecido, que le aturdían el cerebro y le daban una sensación de vacio en el corazón dejándola tan aislada y tan sola como si se encontrase perdida en un desierto? Con las pupilas dilatadas buscaba entre los miles de cabezas humanas, la silueta querida, única razón de su permanencia en el baile.

De pronto sintió una sacudida violenta, como si hubiese recibido un contacto eléctrico. El estaba allí, a dos pasos, había surgido entre la muchedumbre y dominaba el conjunto con su porte de atleta, balanceándose con ese dejo de languidez y de elegancia que le daban tanto encanto. Llevaba del brazo a una mujer hermosa, que reía fuerte, con carcajadas de campana metálica, enseñando los dientes húmedos, donde jugueteaba la luz en una escala de reflejos irisados, destacándose en la carne roja y abultada de los labios, que se ofrecían como una fruta deliciosa y extraña.

Erguía el busto de líneas acusadas, echando atrás la cabeza para reir con más desenvoltura, desprendiéndose de todo su conjunto una vitalidad tumultuosa y como impalpable, una especie de embriaguez de fuerza. Esa mujer atraía con el deslumbramiento de su piel y la frescura de su carne, inspirando deseos de respirarla como si fuese una hermosa flor.

Los dos pasaron junto a ella, en amoroso coloquio, radiantes, con esa expresión de triunfo y de dominio que tienen las personas que llevan adentro la felicidad, indiferentes a todo lo que no sea su emoción íntima. El la miró, como si no la hubiese visto nunca, con unos ojos distantes y se inclinó al oído de su compañera, susurrándole frases confidenciales, que provocaron en la hermosa alegrías expansivas de criatura bien equilibrada, que ha nacido para triunfar del dolor y de la vida.

Casi oculta, junto a un hermoso ramo de rosas blancas, inmóvil, con los divinos ojos agrandados por el asombro, ella miraba, con obstinación inconsciente, esa escena de amor, que se le antojaba irreal, como si fuese la evocación de una pesadilla dolorosa que la hacía dudar de todo, hasta de sí misma. Y con las manos trémulas se palpaba los brazos y la cara, para cerciorarse de que aquel era su cuerpo y que no dormía, no entrando para nada en su imaginación, que ignoraba en absoluto las perfidias sentimentales, la idea del engaño sin causa ni motivo, y con su lógica simple buscaba una razón convincente que atenuara la angustia dolorosa que empezaba a insinuarse en su alma, produciéndole estremecimientos en la carne y en la sangre. No, él no debía haberla visto... Esa mujer que lo acompañaba sería una desconocida que se había cruzado en su camino, seguramente. Sí; aquello no podía ser... era demasiado cruel, demasiado injusto...

De pronto sintió un deseo impetuoso de saber a qué atenerse, de conocer la causa de su desvío. Se sentía arrastrar por un impulso violento y jadeante, haciéndose camino entre el enorme gentío, a fuerza de empujones, empezó a seguir a la pareja.

Al levantar un cortinado rojo se encontró frente a ellos, bruscamente, y él volvió a mirarla con la misma indiferencia de antes, como si no la hubiese visto nunca; se encogió de hombros, hizo una mueca de desdén y tomando de la cintura a su compañera empezó a bailar un tango de ritmos lánguidos y quejumbrosos, que eran como ondas tropicales, con elasticidades de equilibrista y fantasías de maestro. En una de las vueltas de baile pasó junto a ella, casi rozándola, y silbó entre dientes, con entonación burlona: — "No me esperes, mi vida, que hoy no vuelvo".

La sorpresa le impedía reflexionar, ella ya no sabía nada, no veía nada.

Algo había muerto en su alma para siempre, quizá fuera la ilusión que, a pesar de su debilidad, era su única fuerza. Sentía un deseo de escaparse, de huir lejos de ese salón lleno de gente, de música y de luces, a algún rincón apartado donde reinara la calma y la obscuridad. Una obscuridad completa, a ver si conseguía borrar en el silencio y en la sombra, este recuerdo torturante y agresivo como la injusticia.

Alguien la tocó en el hombro: — "Señorita, se le han desarreglado a usted los polvos en el escote". Se miró en un espejo instintivamente, por complacencia, y se encontró miserable con el traje de tarlatana, que se había marchitado sin usarlo, los ojos encendidos, las mejillas macilentas, los cabellos en desorden, y sintiendo estremecimientos de frío en el cuerpo y en el alma, se arrebujó bien en su modesta capita de paño y empezó a bajar las escaleras, mirando donde ponía los pies para no caerse, serena, casi indiferente, con esa pasividad del renunciamiento, que es el grado más agudo del dolor, y se perdió en la sombra.

Arriba, en el desborde de las luces, de las flores, de la música, él seguía cantando al oído de su hermosa compañera el vals que briosamente coreaba la orquesta: "En mi recuerdo estás tú y fuera de ti no hay nada".

ALCIRA OBLIGADO.







La Excelente Señora Russ

Cuento Bohemio

por

Juan Neruda

El negociante José Wellsch era uno de los comerciantes más fuertes de la ciudad.

Creo que en su tienda se podía hallar todo cuanto existe en el mundo de las Indias al Africa, desde el *negro animal* al oro en polvo.

Por eso el tal establecimiento, que estaba situado en la plaza, se veía cuajado de gente todo el día. El señor Welsch nunca salía de ella sino los domingos, para ir a misa, y ver las maniobras militares o asistir a la guardia nacional de Praga.

El señor José Welsch era cazador en la primera compañía de la primera semisección, y ocupaba siempre el tercer puesto después del teniente Nedona.

Cuando estaba en su botica, de buena gana hubiera servido en persona a todos los parroquianos; pero eran tantos, que necesitaba dos dependientes y dos ayudantes más; pero cuando él mismo no atendía al cliente, le saludaba, guiñaba el ojo y le sonreía. Además, el señor Welsch siempre estaba risueño, ya fuera en su tienda como en la iglesia, en una palabra, en todas partes, y como la sonrisa se había amoldado ya en sus músculos, le era imposible deshacerse de ella. Era un buen hombre, bajo, grueso, con la cabeza siempre en movimiento y la fisonomía, como ya se ha dicho, risueña siempre.

En su tienda estaba continuamente de gorra y delantal de cuero, pero en la calle se le veía con un gran levitón de color azul a grandes faldones y un sombrero alto de moda anticuada. Yo me había formado una idea muy curiosa del señor Welsch. Mientras estuvo en vida, nunca tuve ocasión de verle en el interior de su casa, pero hacía grandes esfuerzos de imaginación para representármelo; me parecía ver al señor José Welsch sentado a su mesa, sin gorra pero con delantal; delante de él humea un plato rebosante de sopa; sus codos se apoyan en la mesa y su mano lleva la cuchara del plato a la boca risueña; y permanece así inmóvil, como si fuera una estatua de piedra: sólo la cuchara va y viene entre la boca y el plato. Convengo en que todo esto era una bien tonta imaginación.

Un día, en la época en que empieza mi historia, el 3 de mayo de 184..., a las cuatro de la tarde, el señor Welsch había salido de este mundo. Estaba acostado en un rico féretro, en el primer piso de la tienda, y le habían vestido con su lindo uniforme de gala. La tapa del ataúd no estaba clavada todavía y se veía en él al señor Welsch con los ojos cerrados; pero conservando la sonrisa que siempre había tenido.

El entierro estaba anunciado para las cuatro de la tarde. El carro fúnebre aguardaba en su puesto delante de la casa, juntamente con una compañía de cazadores y la banda de música.

La sala estaba casi atestada de gente: hallábanse allí presentes los principales personajes del barrio. Entre la concurrencia reinaba una cierta emoción. Los rayos del sol poniente caían sobre el gran espejo central y se refractaban en él; los grandes cirios colocados alrededor del catafalco ardían en medio de aquella luz con una llamarada amarillosa y humeante; en toda la habitación sentíase su olor entremezclado al del barniz fresco que se desprendía del féretro flamante, y al de las virutas con que se había hecho como un acolchado en el ataúd para acostar al muerto encima. Reinaba la calma; y los circunstantes conversaban en voz muy baja. Lágrimas, eso sí, no había; el señor Welsch no dejaba tras de sí ningún pariente próximo, y los parientes lejanos se dicen siempre:

—¡Aunque me secara, a fuerza de llorar, no había de resucitar!

Entonces entró la señora Russ. Esta señora era la viuda del señor Russ, el huésped de la fonda del *Jardín del Condesito,* donde la artillería daba espléndidos bailes. Y aunque no le interese a nadie, voy a dar algunos detalles concernientes a la manera en que enviudó la señora Russ.

Antaño, cada regimiento de artillería tenía una compañía de bombarderos, compuesta de hombres robustos y fuertes, aunque retacones y regordetes. Esta compañía, no sé por qué historias, le tomó ojeriza al señor Russ y se puso de parte de su mujer, y sin duda a causa de ello le dió una soberbia paliza al pobre hombre. La señora Russ tenía una pensión como viuda, y ningún hijo; hacía once años que vivía en la misma casa frente al Mercado de los Albañiles. Si alguien preguntaba de qué se ocupaba esa señora, invariablemente se le contestaba:

—Va a los velorios.

La señora Russ, pues, entró y se colocó junto a la capilla ardiente. Era una mujer que rayaba en los cincuenta, de mediana estatura e imponente aspecto. Cubríale los hombros una manteleta de seda negra y la cabeza una gorra negra con adornos de color verde loro, que sentaban muy bien a su cara redonda y rechoncha: sus ojos eran pardos y estaban como hundidos en el fondo de tanta gordura. Así que llegó, animóse su fisonomía, grandes lágrimas se desprendieron de sus párpados, y comenzó a exhalar estruendosos suspiros.

Luego se apresuró a enjugarse los ojos y los labios y se puso a mirar a sus vecinos de derecha e izquierda. A la izquierda cabalmente estaba la mujer del cardador de hilo Hirt, que oraba, siguiendo sus rezos en un libro; y a su derecha una dama ricamente puesta, que la señora Russ no conocía, porque si era de Praga, debía de vivir del otro

lado del río; le dirigió la palabra, naturalmente, en alemán, porque aquel barrio, desde el punto de vista de la nacionalidad, estaba perfectamente en el lado izquierdo de la ciudad de Praga.

—¡Que duerma en paz! —dijo la señora Russ; —el pobre se reía siempre, como si no hubiera tenido que morir.

Y al decir esto, comenzó de nuevo a enjugar lágrimas.

—Vino, y se ha ido y ha dejado su fortuna. Cuando menos se piensa, llega la muerte.

La dama desconocida no contestaba.

—Un día me encontré en un velorio judío, —prosiguió la señora Russ; —esos velorios no son nada lindos. Cubren todos los espejos con un velo, para que no se pueda ver el cuerpo. Mucho mejor es que de todas partes se pueda ver al difunto dentro del féretro. Lo que es éste debe costar por lo menos una docena de florines, ¡oh! ¡es un buen precio! Bien lo merece el digno hombre; ¡cuánto me gustaría verlo aún riendo constantemente como era su costumbre! Pero eso no ha servido para atajar a la muerte; lo ha sorprendido: ahí le tiene usted. Se diría que está vivo, ¿no es verdad?

—Yo no he conocido al señor Welsch, contestó la señora desconocida.

—¿No le ha conocido usted? Pues yo lo he conocido muchísimo, desde que era niño; conocía también a su mujer, que en paz descanse. Me parece verlos el día de la boda; esa misma mañana, la vi llorando. Figúrese usted llorar toda una mañana cuando se ha estado de novia nueve años enteritos. Es tonto, ¿no es verdad? Y luego ¡esperar nueve años! Es demasiado, ¿no es cierto? Ella era muy linda, muy bonita, y entendía como nadie el manejo de una casa; era capaz de estarse una hora regateando en el mercado para que le rebajaran un céntimo; en el lavadero estafaba siempre a la desdichada mujer que tomaba por el día, y los sirvientes nunca podían saciar el hambre en aquella casa. ¿Y su Welsch? ¡Otro que tal! Yo he tenido dos mucamas que salían de allí; ya ve si puedo saberlo todo: las pobres no tenían un segundo de descanso. El no tenía sino una buena cualidad, la de tenerle miedo a su mujer y cederle en todo, para evitar discusiones y querellas. Y luego ¿sabe usted? ella era muy romántica y quería ser admirada de todo el mundo, llamar la atención a todo el mundo. Siempre se quejaba de que su marido la trataba mal. Y si él la hubiera ahorcado o envenenado, se hubiera considerado muy feliz, porque así habría tenido como hacer que la compadeciera la gente.

La señora Russ miró de nuevo a su desconocida vecina; pero ésta había desaparecido.

En el calor de su relato, la señora Russ no había notado que el rostro de la tal señora se ponía cada vez más encendido; ni que se había eclipsado, dejándola con la palabra.

La desconocida se había dirigido a otra habitación contigua, donde hablaba con el señor Uhmühl, personaje seco, pariente del señor Welsch, y empleado en la contabilidad pública.

La señora Russ contempló de nuevo el rostro del cadáver, y volvió a soltar el llanto.

—¡Pobre hombre! —díjole a la mujer del cardador de lino. —No valía gran cosa. Pero no hablemos de ello. Si se hubiera casado con la infeliz Toni, cuya desventura causó...

—¡Eh! diga usted, ¿acaso ha venido montada en un cabo de escoba, vieja bruja? —dijo detrás de ella una voz fuerte y recia, mientras que una mano huesosa le caía sobre el hombro.

Todos los circunstantes volvieron la cabeza, y vieron al señor Uhmühl de pie junto a la señora Russ. Extendió la mano en dirección a la puerta, y le ordenó con su voz dura e imperiosa:

—Retírese usted.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó desde el dintel de la puerta un segundo señor Uhmühl. Este era el comisario de policía de aquella sección; tenía el aspecto de otro esqueleto, pues era tan descarnado como su hermano.

—Es esta bruja que ha venido aquí a fastidiar al muerto. Tiene una lengua que corta más que una navaja de afeitar.

—Entonces, déle un moquete.

—En todos los velorios y entierros hace lo mismo, repitieron de todas partes.

—Ya ha dado escándalo en el cementerio.

—¡Pues si es así, que salga! y prontito —ordenó el comisario, tomando de la mano a la señora Russ, que se dejó arrastrar llorando a más no poder.

—¡Qué escandalo, y en un entierro tan lindo! —decían algunos.

—¡Silencio! Estése usted en paz, —decíale el comisario en la antesala a la señora Russ.

En aquel momento llegó el señor cura y los sacerdotes asistentes; y mientras el comisario los hacía pasar adelante, la señora Russ intentó decirle algunas palabras; pero el señor comisario, que era inexorable, la llevó hasta la puerta de calle, y una vez allí llamó a un vigilante y le dijo:

—Acompañe a esta señora a su casa, y no la deje que vaya a armar bochinche al cementerio.

La señora Russ se puso roja como una amapola: no sabía lo que le pasaba, ni donde estaba.

—Mire usted que ha sido ocurrencia la de esta señora. ¡Venir a hacer barullo en un entierro tan lindo como este! —decían todavía los concurrentes a él, después, camino del camposanto.

Los dos hermanos Uhmühl eran unos individuos insensibles, como se habrá podido colegir de lo que antecede, y al siguiente día citaron a la señora Russ ante el comisario de policía de la calle del Puente.

En todo el barrio se produjo algo así como un movimiento general hostil contra la señora Russ, más, un movimiento universal, si se me permite la frase.

Su asunto marchó rápidamente. En verano se efectuaban los juicios a ventanas abiertas y todo el mundo oía lo que se decía en la sala.

Y se temblaba de los pies a la cabeza, porque en aquellos tiempos la policía no tenía por principio el suavizar su ruda función, ni la desempeñaba con guantes. A menudo veíamos sobre la acera al arpista José, un revolucionario conocidísimo en el barrio. Nosotros éramos entonces muy jóvenes y cuando nos acercábamos a José, éste se echaba a reir, indicaba con el pulgar la sala policial, y nos decía:

—¡Están ladrando!

Pero yo supongo que todo cuanto pasaba en aquella sala que José nos señalaba así con su pulgar era correcto.

Fué en esa misma sala que compareció la señora Russ. Con la manteleta de seda negra y la gorra con moños verdes ante el severo comisario de policía el 4 de mayo de 18...

La infeliz estaba anonadada, miraba al suelo y no tenía fuerzas para contestar.

El comisario, al terminar su amenazadora peroración, agregó estas palabras:

—Ya lo ha oído usted. Le está absolutamente prohibido de ahora en adelante concurrir a los entierros y velorios. Y ahora ya puede retirarse; y la señora Russ no se lo hizo repetir dos veces.

Pero el comisario no sabía que era casi lo mismo prohibirle que muriera, que vedarle asistir a los entierros.

Así que la señora Russ salió de la sala de audiencia, el comisario se volvió hacia un empleado inferior, y le dijo riendo:

—¡Ahí va como si le hubieran prendido cohetes!... Su lengua es una tijera real y verdadera, corta cuanto se le pone por delante.

—Sería bueno emplearla en el servicio fúnebre de los sordomudos, contestó el empleado secundario.

Y ambos se echaron a reir: aquella salida les puso de buen humor.

Durante mucho tiempo no pudo la señora Russ ponerse en equilibrio; pero por último tuvo una inspiración.

Hace cosa de seis meses alquiló su casa y tomó un departamento junto a la puerta Ougezder. Naturalmente, todos los entierros tienen que pasar por delante de sus ventanas. Así es que en cuanto vislumbra uno, sale a la puerta y llora que da gusto.



LA - VIDA - A - LA - INVERSA

PRÓLOGO

Señores, yo creo que ahora se vive mal, puesto que todos trabajamos para llegar a tener una posición brillante y nos morimos cuando llegamos a la realización de nuestras ilusiones. Hé aquí las pruebas con que puedo apoyar este pensamiento: Un hombre cualquiera se afana extraordinariamente para llegar a ser propietario y logra su objeto; ya tiene, no sólo casa para vivir, sin el temor de que otros le pongan de patitas en la calle, sino varias casas, con cuyos alquileres puede satisfacer algunos caprichos, y cuando ha conseguido todo esto es cuando no puede disfrutarlo, porque, o se hace viejo y no le gusta nada, o se muere de un simple resfriado Un comerciante se levanta a las tres de la mañana, para ocuparse de sus negocios y se rompe la cabeza haciendo cálculos para hacerse millonario, y al llegar al logro de sus deseos se halla también en la senectud, o desaparece, dejando a otros, para que se diviertan, lo que ha ganado él con tantas dificultades. Pues, ¿y en la carrera administrativa? Cabalmente se alcanzan los más ambicionados destinos cuando no queda tiempo para disfrutarlos. ¿Cómo se remediaría esto? Ya lo he dicho, con el viceversa de lo que ahora sucede, y voy a explicarlo, suponiendo que pudiéramos nacer viejos y morirnos al venir a ser unos parvulitos. Ved lo que seríamos, trocando las cosas.

A LOS SETENTA AÑOS

A esta edad debíamos entrar en el mundo, y digo a esta edad, porque es la que por regla general marca hoy el término de la existencia humana; pero no por eso quiero decir que habiamos todos de llegar a niños, pues podríamos, como ahora, morirnos a los treinta, a los cincuenta o a los veinticinco años. De esta manera seria uno al entrar en la senda de la vida, diputado, alto funcionario, capitalista, etc., gozando las ventajas de su posición sin haberse tomado la pena de trabajar para merecerlas, aunque ya procuraría hacer algo para conservar la fortuna o el puesto. Entonces ocurrirían casos muy singulares, como verbigracia veríamos una pobre anciana viviendo de la caridad pública, que diría:

—Socorredme, buenas almas, que esto no ha de durar siempre. Yo soy vieja; pero ya llegaré a la juventud, y cuando hayan desaparecido las arrugas de mi rostro, me verán hacer ustedes piruetas, ganando tal vez mucho dinero como primera bailarina. Otras han hecho lo mismo, y algunas se ven hoy muy aplaudidas, que han estado en la situación en que yo me encuentro.

Ya ven mis lectores qué halagüeñas esperanzas no habria para muchas personas, siguiendo el plan de vida que yo propongo. Pero adelante

A LOS CINCUENTA AÑOS

En esta edad se trabajaria con ahinco, y la razón es obvia. El propietario trabajaría porque estaría ya fastidiado de óperas y saraos, cuando no de la monotonía de la existencia pasada en sus preciosas casas de campo. El alto funcionario habría tenido ya dos o tres descensos, lo que no le impediría trabajar con el concierto que le daría su experiencia en el ramo en que sirviese. El bolsista no sentiría experimentar las violentas emociones de la alza o baja de los fondos, o quizá no conocería esas emociones, puesto que había venido al mundo, rico para divertirse y no para jugar su fortuna; en fin, muchos de los que tenían coche, empezarían a no poder sostenerlo, y andarían a pie, lo que basta para hacer algún ejercicio.

A LOS TREINTA AÑOS

Continuación de la decadencia. Los que estuvieron muy arriba, estarían muy abajo. El que fué propietario, empezaría a buscar casa ajena y chica para tener dónde refugiarse: el antiguo capitalista tendría que madrugar para cumplir con sus deberes, etc., pero el descenso sería un ascenso para personas como la vieja que antes imploraba la caridad, y que ahora estaría entusiasmando con sus piruetas a los espectadores de los primeros teatros, contando, además, con no pocos adoradores.

EN LA JUVENTUD

¡Qué felicidad la de irse acercando al término de la vida! ¡Qué poco temor inspiraría la muerte, a medida que el hombre fuese haciéndose niño! En efecto, el que se vió en altas posiciones, sería meritorio; el que tuvo una inmensa fortuna, ganaría veinte pesos al mes, etc.; pero ¿quién piensa en eso cuando está en los floridos abriles de la vida? En cuanto a la vieja, que llegó a ser primera bailarina, ya la veríamos figurar sólo en la comparsa; de modo que los adoradores que antes la regalaban coronas de oro, empezarían a no darle más que yemas o caramelos; pero ella encontraría los dulces más *sabrosos* que las joyas y estaria contenta.

A LOS TRES AÑOS

Entonces seria cuando los viejos empezarían, en realidad, a volverse niños, y no acordándose de lo pasado, porque a la edad de tres años no hay recuerdos, ni ambiciones, ni verdaderas pesadumbres, nadie estaría descontento. Podría suceder que uno se muriese de viruelas o de garrotillo; pero de algo había de morir y poco debía importarle que fuera de una enfermedad o de otra, estando ya tan cercano a la tumba.

AL AÑO O AÑO Y MEDIO

A esta edad entraríamos en poder de la nodriza; lloraríamos mucho sin que otros supieran porqué, y no necesitaríamos hablar para embelesar a la gente con nuestras gracias.

He aquí, lectores, el plan de vida que propongo; pero debo advertir, que aunque me parece magnífico, no por eso respondo de que sea practicable.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS.



LOS CABALLOS DE HERODES

POR GUSTAVO FLAUBERT.
Traducción de Guillermo Valencia.

Iacín movió con ímpetu la puerta,
que resbaló en el muro...
Mientras bajaban por el antro obscuro,
sintieron ambos en la faz un soplo
tibio que de la bóveda salía.
Tortuosa galería
pérfidamente los llevó ante el quicio
de colosal caverna que se abría
en el linde fatal de un precipicio
que allí la ciudadela defendía.
En ágiles festones trepadores
los brazos de fecunda madreselva
caer dejaban a la luz sus flores,
y al ras del suelo perezosamente
un claro hilillo de agua murmuraba
en la oquedad de la discreta roca.
Reposaban allí caballos blancos
—tal vez una centena—
que en tazas a la altura de la boca
se comían la avena.
El sedeño prodigio de sus crines
prestigiaban azules colorines.
Tornasolada red de espartería
velábales el casco reluciente,
y cual una peluca les caía
en medio de las móviles orejas,
un pródigo mechón sobre la frente.
Las plumas ondulantes de sus colas
sus limpios corvejones blandamente
excitaban con júbilo moroso;
y enmudeció, mirándolos a solas,
y asombrado, el procónsul envidioso.
Eran inconcebibles animales:
ágiles como víboras y leves
como los leves pájaros del viento.
Sobre los encendidos arenales
volaban con el ímpetu violento
de las trémulas flechas iracundas;
aterraban, mordiéndoles el vientre,
a los hombres; hendían con sus cascos
las rocas, al volar en las profundas
simas, por entre abismos y peñascos.
Su galope frenético de un día
sin descanso, a través de las llanuras,
una palabra detener podía...
Y cuando entró Iacín, como corderos
ante el pastor, con franca algarabía
y tendiendo sus gráciles cervices,
albas con el albor de los armiños—
miraron inquietos y felices
con sus ojos de niños.
Al escucharle su marcial acento
ronco, se estremecían de contento
y miraban el éter de hito en hito
con ansias de cruzar el infinito,
¡con hambre de correr y sed de viento!

DIALOGO HEROICO

Cual dos sombras ilustres del Poema de Hierro
vagaban platicando Babieca y Rocinante,
y en una encrucijada toparon con el perro
de Diógenes, un can sarnoso y mendicante.
—Buenas noches, hermano filósofo.
—Corceles
heroicos, bien amados del lauro y los cinceles,
todos romanticismo y aventura y amor...
Yo meneo tres veces la cola en vuestro honor—.
Holgábanse de hallarse otra vez en la Tierra,
y, cosas de animales, hablaron de la guerra.
—¡Sombra de Don Quijote, mi señor, bien habría
la humanidad, agora, de tu caballería;
el mundo está cubierto de una enorme tristeza,
nadie siente el divino amor a la Belleza,
que es la Verdad y el Bien y la eterna Armonía!
¡Voto al Cid! Es que han vuelto los bárbaros.
—Yo he visto
a la luz del incendio la faz del Anticristo,
y el padre de los siete pecados capitales
reía al ver arder las nobles catedrales.
Y es bello y es gentil, lleva un casco de plata
como el de Lohengrín, una banda escarlata
y una capa de armiño; por una amarga ley,
el Cristo fué mendigo y el Anticristo es rey.
¿Qué dices tú, filósofo?
—Yo pienso tristemente,
¿por qué cuando el progreso baña el orbe en su gloria,
al rodar de esta rueda sangrienta de la Historia
han de volver los bárbaros... irremediablemente?
—Es el diablo que abre sus alas membranosas
sobre todas las almas, sobre todas las cosas;
cuando zumba en los campos la voz de los cañones,
y victoriosos van,
ebrios de sangre y fuego, los fieros escuadrones,
¿no escucháis a su paso la risa de Satán?
—En mis tiempos dorados de ensueño y de hidalguía
eran igual que un culto el amor y el honor.
¡Ya están mustias las rosas de las Cortes de amor,
y está el alma del mundo seca de poesía!
—¡Oh, sombra de Jimena,
la del blanco brial y rizada melena!
El mío Cid lleva tu nombre todo luz
en noble trinidad, con la espada y la cruz,
y lleno de ideal luchaba frente a frente.
¿En dónde brilla ahora la luz del ideal?
—En honor de Mercurio se lucha fieramente,
y ¡oh sarcasmo brutal!
los hombres se asesinan muy... científicamente—.
Ya amanecía. En medio del campo devastado,
hallaron un enorme cañón abandonado,
y los tres nobles brutos, con un pavor profundo,
contemplaban al monstruo que desquiciaba el mundo.
—¿Este es el portavoz de la cultura humana?
¿El espiritual blasón del siglo veinte?—
Y el can filosofante, cínico e indigente,
pensó un poco en la Grecia luminosa y lejana
y levantó la pata... filosóficamente.

EMILIO CARRÉRE.

EL CIGARRO

En la cresta de una loma,
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate si sopla el viento.

Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansión pacífica, donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos:
—¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!

Pueda, al fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.

Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro:
A quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.

No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana;
El mirar mío fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana:

La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro;
Pero ya, ¿qué soy? Apenas
La ceniza de un cigarro.

Por la patria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas,
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras:

Aun mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro.
Pero ¿qué es la gloria? Nada;
Es el humo de un cigarro.

¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores:

La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro,...
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.

Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta:
No dobléis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa,
El hombre como un cigarro.

FLORENCIO BALCARCE.

Recorte este aviso en la línea punteada y consérvelo: forma parte de una colección de láminas con costumbres Nacionales





Talleres Gráficos de Caras y Caretas